

LOS REBELDES

JANE ROBERTS



GALAXIA
Ciencia-Ficción

En un peligrosamente superpoblado estado de Nueva York del futuro, Gary Fitch vive en una celda y se entretiene con sus obras de arte. Él altera escenas de la calle Utrillo, por ejemplo, uniendo las casas o quitando los árboles. Su idea es que cada insinuación de que el mundo fue una vez más habitable, incita a una posible rebelión.

Pero la rebelión ya está en marcha. Fitch es arrancado de la galería donde vive y trabaja y se junta con los líderes de dos grupos rebeldes un reformado agente del gobierno y un intransigente rebelde, que no se gustan el uno al otro. Mientras tanto, una plaga amenaza con acabar con todas estas irrelevantes disputas.



Jane Roberts

Los rebeldes

Galaxia - 06

ePub r1.0

Titivillus 11.05.16

Título original: *The rebellers*

Jane Roberts, 1963

Traducción: R. Ramio

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



I

Gary Fitch miraba hacia abajo desde su celda del quinceavo piso de la Galería de Aficionados al Arte del Noroeste. El edificio era el mas alto de aquellos alrededores, y bajo la vista de Gary se extendía una inmensidad de alojamientos, que cubrían las montañas y los valles hasta donde alcanzaba el horizonte. Los hombres habían erigido sus cabañas y apartamentos por todas partes. Las chozas más inmundas se arremolinaban sobre las orillas del Chemung River, y refugios de todas clases se levantaban sobre las colinas en lugar de árboles.

Mandy Brail, compañero de celda de Fitch, estaba sentado a su lado, sobre el viejo y sucio camastro. Mandy dijo con ansiedad:

—¿Ves ya los camiones de provisiones?

Fitch miró a un lado y otro antes de responder, con intención de asegurarse. Las sucias calles que se extendían bajo su vista estaban negras por el gentío. Un muro de veinticinco pies rodeaba la galería para proteger a los que en ella se encontraban del populacho, pero desde los pisos más altos se podía ver el exterior fácilmente. Los camiones de provisiones no estaban por allí. No se veían por sitio alguno. El patio de entrada estaba vacío.

Mandy dijo:

—¿No ves los camiones? Seguro que los han asaltado o algo por estilo.

—Bueno, no nos pueden enviar comida desde las cocinas si los camiones no les llevan lo que necesitan —dijo Fitch débilmente—. A decir verdad, no creo que les importen mucho los artistas en ninguno de los sentidos. Nuestras raciones de comida se han hecho cada vez más escasas, han ido disminuyendo poco a poco. Tal vez otra plaga ha matado a todos los trabajadores. Quizás las cosechas no hayan ido muy bien esta vez en los campos químicos. También

está dentro de lo posible que el Gobierno nos quiera dejar morir de hambre; esto también es factible.

—De lo que yo estoy seguro es de que nos cuidarán y se ocuparán de nosotros —dijo Mandy—; somos muy importantes para la economía.

—¿Qué economía? —respondió Fitch con impaciencia—. Inanición no es economía.

Mandy se encogió de hombros:

—De nada sirve discutir. Nunca nadie ha estado lo suficientemente contento. Pero lo que es, es. No puedes discutir sobre este asunto.

Los dos se sentían hambrientos. Era la hora de cenar, pero era ya el tercer día que la cena no llegaba hasta ellos por medio de los fámulos desde las ruidosas cocinas. Hacían un desayuno muy limitado y eso era todo. Gary Fitch estaba de pie junto a la ventana refunfuñando. Tenían sed también. El agua no era suficiente para las necesidades del edificio. En realidad, no había habido bastante durante muchos años. Todos los artistas tenían barba y en la mayoría las barbas tenían piojos.

Fitch dijo:

—Realmente tampoco me gusta el aspecto que tiene la gente. Durante bastantes días han estado más revolucionados que de costumbre. Si llegan a sentirse hambrientos de verdad atacarán este lugar. Espera y verás. Rodearon estos muros la pasada noche y la anterior. El hecho de que nunca hayan atacado esta galería no quiere decir que no lo hagan ahora. Si llegan a sentirse hambrientos y creen que aquí hay comida, harán cualquier cosa.

Mirando a través de la ventana con barrotes, Mandy dijo:

—¿Cómo puedes decir lo que están haciendo o pensando? Están demasiado lejos de aquí. Y desde esta altura parecen repugnantes insectos. Si nos atacan, cosa que no harán, el Gobierno nos protegerá.

Fitch tenía treinta años. Mandy veintisiete. Eran compañeros de celda desde hacía quince años. La única vida que conocían era la de la galería. Fitch se tumbó sobre el petate y dijo:

—No me importa lo que opines. No me gusta. Hemos estado privados de una dieta decente durante tanto tiempo que no podríamos ni protegernos a nosotros mismos si tuviéramos que

hacerlo. Y si quieres que te sea sincero, creo que ni siquiera razonamos debidamente. Hemos estado aislados aquí dentro durante tan largo tiempo, que no tenemos ni idea de cómo es el Exterior.

—Sí, tal vez están más hambrientos allí a fuera que lo estamos nosotros mismos —dijo Mandy.

Atravesó la habitación y se sentó. La habitación, como todas las demás, era pequeña. Sobre el suelo aparecían cucarachas y mucha humedad. Pero sobre los muros, colgaban viejas obras maestras, tan cerca unas a las otras, que la pared no podía verse entre ellas. Viejos cuadros descendían desde el techo hasta el suelo. Nadie, excepto los artistas que estaban encarcelados en aquellas galerías, gentes que procedían de todo el continente, había visto aquellos cuadros. Absolutamente nadie desde hacía trescientos años.

Algunas de las telas estaban un tanto arañadas y un tanto peladas, pero algunas otras se conservaban en bastante buen estado. Fitch dijo con tono un poco irritado:

—No puedo comprender cómo los artistas pueden causar o provocar guerras, cuando en realidad son seres que crean cosas como éstas, como estos cuadros. Me refiero a que estas pinturas nos parecen vacías y carentes de significado para nosotros, porque en realidad no llevan en su expresión, en su significado, ningún mensaje. No incitan a las gentes a producir o cultivar alimentos. No tienen lo que podríamos llamar esencialmente arte, porque no son económicamente vitales, y, sin embargo, hay que reconocer que tienen vida propia, una expresión inigualable. No puedo comprender que hubieran artistas que las estuviesen pintando, al mismo tiempo que incitaran a las gentes para la guerra. No hay ningún trazo, ningún gesto, nada que nos muestre el menor signo de guerra en esas telas.

—Sí, pero no eran los únicos artistas —dijo Mandy, con convencimiento de su opinión—. Los escritores y los músicos hacían lo mismo. No pensaban más que en sí mismos. Ellos tenían ideas y las ideas causaban las guerras.

—Has estado leyendo libros de historia: los del Gobierno —dijo Fitch—. Deberías leer los otros libros, los que han sido escritos por autores de genio, los de los pisos inferiores.

—¿Para qué? —dijo Mandy—. Lo que explican esos libros no

ocurrió en la realidad. Todo es ficción. En la actualidad los escritores se tienen que pasar interminables horas para volver a escribir en manuscrito todo aquello y ponerlo de tal forma que se pueda comprender. La mayor parte de aquellos libros son una porquería. Casi nadie sabe leer hoy; eso es lo que tenemos de más que los escritores. La gente sólo observa. En realidad, apostarí a cualquier cosa a que el Gobierno tiene razón y el populacho sigue odiando a los artistas a través del tiempo. Si son realmente los artistas quienes causan las guerras, tenemos suerte de que nos dejen seguir existiendo. De este modo trabajamos en nuestro arte al tiempo que ayudamos a la civilización.

—¿A la qué? —dijo Fitch—. ¿Civilización? ¿Qué civilización? El mundo está tan superpoblado que nadie puede respirar. Nada es más barato que la vida. Mira la gente ahí fuera. No trabajan ni para producir su propia comida, ni no se ven impulsados por algo. Si no fuese por eso, no haría falta que nosotros plastificásemos cada rinconcito aprovechable y les mostrásemos cuadros de comida y producción. Motivos artísticos. ¡Ya estoy harto de esta expresión! ¡Haced que la gente produzca más comida, para alimentar así a más gente que producirá, a su vez, más comida! Es un círculo vicioso. Y no sólo eso, sino que para empezar es imposible alimentar a todos. Bueno, las plagas siempre llegan. Tal vez la próxima acabe con el círculo.

Mandy hizo una mueca de desagrado:

—En centurias anteriores el problema era la guerra, pero ahora es la superpoblación. ¿Así, qué? Si no es una cosa es otra. ¿Acaso deberíamos volver a la guerra? —Hizo un gesto despreciativo—. No, no serviría de nada. La gente estaría demasiado hambrienta para luchar. Además, no haríamos sino provocar una epidemia nacional de enfermedades. El resto del mundo, según se dice, está más agotado, más extenuado que nosotros. Ese es el inconveniente, no se sabe cuándo ya no se puede más. Los Estados Unidos son la ciudad más floreciente del mundo, la mejor alimentada. ¿Acaso debo suponer que Ciudad 16, en la que estamos, estaba mejor en el pasado porque se llamaba Elmira?

—Pero entonces había espacios libres entre las ciudades —dijo Fitch—. No era todo una ciudad, una sólida masa continental de gentes.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Mandy—. Eso es otro de tus errores. Crees todo lo que lees, y lees demasiadas cosas de la literatura, basada en fuentes poco fidedignas.

Fuera, en el corredor, sonó una campana. Fitch se levantó refunfuñando. Tenía un genio muy vivo y era de mediana estatura, con pelo negro y gruesas cejas. Los otros artistas le habían puesto el sobrenombre de «Malhumor» y algunas veces le llamaban el Rebelde, porque nunca estaba contento de ver cómo eran las cosas en la realidad.

Mandy era más bajo, con rubios rizos de pelo recio. Los dos eran delgados como los otros artistas y tenían la piel de color aceitunado.

Los dos salieron de sus celdas hacia el corredor. En sus rostros se reflejaba como el sello de una apatía perpetua y una triste ironía. Caminaban despacio, hablando en voz baja. Tenían todo el aspecto de prisioneros contentos y resignados. Fitch dijo en voz alta:

—A mi modo ver, charlar en lugar de comer no es el modo más apropiado de pasar el rato de la cena.

Al oír esto unos cuantos hombres, susurraron algo ininteligible. Al fin, uno de ellos, dijo a Mandy:

—¿Acaso ése va a empezar otra vez?

—Oh, no. Se encuentra muy bien. ¿Verdad que sí, Fitch?

—¡Porras! —dijo Fitch ceñudamente.

La rutina de la galería parecía eterna. Los artistas comían un escuálido desayuno, trabajaban desde las siete de la mañana hasta el mediodía, comían cuando la comida era comestible, trabajaban otra vez hasta las seis, cenaban y trabajaban desde las siete hasta las ocho y media. La galería albergaba escritores, artistas y unos cuantos músicos. Había segregación de sexos. Cada dos semanas se permitía que los hombres y las mujeres se mezclaran a discreción. Si nacía algún niño, se le llevaba a las casas cuna del Gobierno, donde se les educaba como trabajadores, empezando sus tareas a los seis años en los campos o en los jardines químicos.

La habitación del piso quince, destinada al arte, estaba al final de aquel corredor. La habitación era grande, rellena de cosas por todas partes. Los artistas trabajan hombro con hombro bajo tenues luces fluorescentes, copiando las pinturas que se apoyaban sobre los muros. En ocasiones, cuando el fluido eléctrico se cortaba, trabajaban con bujías. No obstante, a Fitch le gustaba la habitación.

Fue hacia su sitio, el rincón más alejado, y cogió sus pinceles. Tenía suerte, pues trabajaba al lado de las ventanas sobre el muro exterior. Algunos de ellos habían caído por allí y se habían descuartizado al caer sobre las barras de hierro, pero a él le gustaba estar allí y mirar hacia fuera cuando podía.

No había guardias en los pisos superiores y la razón era muy simple. No había medio de escapar de allí. El jefe superior y sus subordinados estaban en los pisos más bajos, en otras oficinas de administración, y desde el quinto piso hacia abajo los corredores estaban repletos de guardias. De no haber sido así, podría haber intentado escapar por las bóvedas. Pero también había guardias estacionados allí, y la condena por intentar escapar era la muerte.

En realidad la mayor parte de los hombres no necesitaban la amenaza del castigo. Que supiera Fitch, ninguno intentó nunca escapar. Dónde se hallaban estaban todos a salvo. Tenían sus pinturas y sus necesidades. La galería era un medio de vida. De todos modos, Fitch vio a uno de los guardias de pie en la base del muro exterior, y como siempre, frunció el entrecejo. Los prisioneros eran prisioneros al fin, pensó.

Hasta las obras maestras sobre los muros parecían mofarse de él. Por el hecho de haber existido tantos años, daban sensación de seguridad. Si pudieran hablar, pensó, podrían decir más cosas del pasado que él mismo. Algunas veces pensaba que tal vez Mandy y los otros tuvieran razón al juzgarle, y ahora lo repetía otra vez. Pero la verdad era que todos estaban contentos con su suerte menos él. Miró a todos. Trabajaban tranquilamente. Aceptaban las limitaciones de cuanto les rodeaba, como hombres razonables, y sin embargo, él no podía reprimir un gesto de desagrado ante aquella apatía.

Sabía que estaban todos muy débiles y pobremente alimentados para hacerse preguntas acerca de su situación o del mundo en general. Sus energías estaban limitadas hasta el final de una jornada de trabajo. Pero él había nacido con algo distinto, con una energía que le permitía llegar a concentrarse en sus propios pensamientos. Jamás se daba por vencido. Siempre se hacía preguntas.

Más tarde, sus temores se hicieron mayores, pues se habían acortado las raciones de comida. Las avalanchas humanas en el exterior se habían hecho más frecuentes y periódicas. Al menos así

lo creía ver él. Ninguno de los otros se preocupaba por mirar a través de las ventanas de la celda. Ninguno podía colaborar en sus observaciones. En ocasiones, temía estar tan obsesionado con el exterior como llegar a imaginarse cosas, leer desde su celda significancias y riesgos de peligro donde en realidad no los había. Ahora, trataba de analizar las cosas en su imaginación con el máximo cuidado, para ser muy exacto en sus temores cada vez más crecientes. Y empezó la escasez de las raciones de comida. Para que estas raciones fuesen más pequeñas, pensó, podía haber varias explicaciones. Quizás las condiciones exteriores se habían hecho peores y no había bastante comida a disposición. También el hambre del pueblo podía explicar las horribles avalanchas que le había parecido ver desde su ventana. Estaba tan lejos y el muro que tenía debajo tapaba una parte tan sensible de visión, que era difícil estar seguro de lo que aquellas oleadas de gente significaban. Era tanto como tratar de controlar inmensos desfiles de insectos. Era también una realidad, pensó para sí, que gentes hambrientas harían cualquier cosa por conseguir comida. Atacarían la galería si Sospechaban que había comida escondida en el Interior. Una gran masa de ellos podrían derrotar a los guardianes.

La boca de Fitch estaba seca y su pulso latía con fuerza. A fuer de honesto, tenía que admitir que sus temores estaban mezclados en una excitación y nerviosismo anticipados. Un ataque a aquella fortaleza le podría dar una ocasión para escapar.

Tenía que sobreponerse o dejarse llevar como los demás, pero tenía que hacerlo pronto, pues quizás tuviera que tomar una determinación con toda rapidez. Pero cuando esto ocurriera, ¿acaso tendría el valor suficiente? La galería era la única casa y lugar seguro que conocía. Una cosa era hablar de libertad y otra buscarla cuando el esfuerzo podría costarle la vida.

Por una parte, pensó, las condiciones en el exterior tal vez eran peores de lo que él mismo imaginaba. Todo cuanto sabía eran las pequeñas informaciones que conseguía por sí mismo y por sus deducciones a través de los barrotes. Pero su curiosidad era insaciable. Su vitalidad le había vuelto loco, trastornado, como a un adolescente, lo que hizo que leyera cuantos libros cayeran en sus manos. Los otros artistas le consideraban como un tipo inofensivo, pero sus lecturas le habían hecho formular preguntas, y esas

preguntas necesitaban respuesta. Él no quería que la gente atacara la galería, pero sus razonamientos le decían lo contrario. Ahora se preguntaba si tendría la fuerza, el valor de dar rienda suelta a sus convicciones, en caso de que la ocasión se presentara.

Miró hacia los viejos cuadros. La mayoría de ellos estaban podridos. Trozos de ojos y árboles y piernas habían desaparecido. Él estaba copiando de un cuadro, la escena de una calle, hecho por alguien que se llamaba Utrillo. En el cuadro, pequeñas casas muy limpias se alineaban a lo largo de la inmaculada calle alineada de árboles. Fitch no había visto nunca un árbol. Que él supiera, no había ninguno en la ciudad ni en las montañas. Los árboles habían quedado relegados a algo de otros tiempos, algo que ya no existía, y así iba copiando el cuadro, mostrando las casas juntas y cambiando la calle por un campo lleno de trigo. Hizo una pausa y miró nuevamente el cuadro con irritación.

Los otros artistas pensaban que esas escenas descritas por los antiguos maestros no eran más que fruto de la imaginación, y en realidad, algunos de ellos no parecían tener ninguna conexión con la vida ni haberla tenido nunca. Unos cuantos de ellos, por ejemplo, carecían de significación e incluso totalmente faltos de objetos reconocibles. Fitch, sin embargo, convertía siempre los círculos en soles abrasadores, y los rectángulos en campos y tierras laborables.

Pero Utrillo era diferente. Van Gogh era diferente. Fitch creía, sin lugar a dudas, que las escenas que se mostraban en aquellos cuadros tenían en realidad bases reales. Estaba completamente seguro de que el mundo, en un determinado momento, había sido como Utrillo y Van Gogh lo pintaran.

Esta convicción, junto con sus lecturas en la sección de viejos libros, le convencían de que en un tiempo las familias humanas habían vivido en casas individuales, al menos en alguna parte de la tierra. Las alusiones a tales condiciones de vida, estaban demasiado extendidas, tanto en los cuadros como en los libros, para ser un mito. Trataba de imaginarse cómo debió haber sido todo aquello, y tenía que admitir que tu teoría estaba fundada sobre bases muy firmes.

Si los cuadros de Utrillo describían escenas reales de la vida, si no eran fantasías imaginativas pictóricas, entonces el mundo entero había tenido que ser completamente diferente a como era ahora. Si

las representaciones de Utrillo eran válidas, entonces había que reconocer que la especie humana se había degradado hasta un extremo increíble y sorprendente. Todo lo que Fitch consideraba que eran los bienes supremos de que podían disfrutar los hombres —dignidad, soledad e integridad— habían existido y se habían experimentado en el pasado. Y, sin embargo, esto era imposible. Si los hombres, en algún momento, hubiesen disfrutado de estos beneficios, nunca los hubieran abandonado.

Estos y otros pensamientos rondaban por su imaginación mientras trabajaba. Al mismo tiempo el cielo se había teñido de oscuro. Las antorchas parpadeaban en las laderas de las colinas y las luces de neón difundían su luz aquí y allá. Se hicieron las ocho y media sin apenas darse cuenta. Se puso en fila para salir al corredor tras los otros, después de haber limpiado sus pinceles. Él y Mandy se fueron hacia la celda.

No había luz más que en las habitaciones de trabajo. Fitch fue hacia la ventana embargado por el nerviosismo. La ciudad completa parecía azotarse con furia. Las antorchas se movían con dirección determinada. Entonces dijo:

—Vienen hacia aquí. Se puede ver el movimiento de las antorchas, aunque no se puede ver la gente.

—¿Y qué? —dijo Mandy—. Siempre se reúnen y forman tropel para una cosa u otra. Cercaron este lugar la noche pasada y la anterior, y no ocurrió nada, ¿no es eso? ¿Qué me dices de los guardias? En caso de que haya revuelta, ¿no se van a quedar ahí con los brazos cruzados sin hacer nada, no?

—Tal vez se pongan de parte del pueblo si piensan también que hay comida aquí. ¿Quién sabe? Algunas veces los guardias están vendidos a otras agencias gubernamentales. Y ahora, suponte que la gente asalta esta fortaleza. ¿Os sentaréis todos bien tranquilos para ver lo que ocurre como si no os concerniese?

Mandy dijo tranquilamente:

—Mira. Métete en la cama, ¿quieres? Estas galerías han permanecido aquí durante trescientos años, desde el fin del siglo veinte. En todo ese tiempo, nunca se han visto atacadas. ¿Por qué iban a serlo esta noche o mañana?

—Les estoy viendo. Tú no. Las condiciones de vida son peores que lo hayan sido nunca. Estás tan acostumbrado a todo esto, que

no te puedes imaginar que todo puede cambiar y que este *statu quo* puede tener un fin. Tú pasas día tras día, sin preocuparte del mañana, concentrado en tus propios intereses. Créeme, la gente se subleva cada vez más a menudo. Nunca solían acercarse a este edificio. Y ahora lo hacen. Quizás ya no somos tan importantes para el gobierno como lo éramos antes. Tal vez este gobierno ya no se puede permitir el lujo de mantenernos. O quizá ha perdido el control del pueblo, o que el esqueleto social se tambalea. Mira allí.

Al decir esto, señalaba con el dedo hacia la ventana. Las antorchas se movían a lo largo del Chemung River en la distancia y se encaminaban hacia allí. Fitch dijo con soberbia:

—Esas antorchas hablan por sí mismas. Esas gentes están más frenéticas que nunca.

—Lo mismo dijiste el año pasado —dijo Mandy burlón.

—También entonces tenía razón. Las cosas tomaban cuerpo entonces y ahora siguen formando su misma contextura.

—Lo mismo dirás el año próximo —dijo Mandy. Se tumbó sobre el camastro y volvió el rostro hacia el muro. Fitch volvió a su puesto de vigilancia en la ventana. Continuó preguntándose si realmente estaba equivocado, aunque no podía creerlo. En primer lugar, pensó, el planeta estaba superpoblado. No había sitio para nada que no fuese humano y tampoco para ningún humano que no trabajase.

América era la última en sucumbir y se preguntaba cuánto tiempo aguantaría. África, China y la India ya habían desaparecido. Las gentes eran más bien animales que hombres. Había oído esto, hacía bastantes años cuando las radios aún funcionaban entre las ciudades. Ahora lo que el gobierno sabía se lo guardaba para él. De algunas cosas estaba seguro. La Constitución de los Estados Unidos era aún la ley de la tierra. Los estados individuales existían todavía, pero él presumía que la estructura sería irreconocible para un hombre del siglo veinte.

Durante un momento se perdió en sus pensamientos, pero de pronto miró afuera. Ahora se distinguían mucho más cerca, distintos grupos de gente, moviendo de un lado a otro sus antorchas. Al fin, el viento le hizo llegar los sonidos tumultuosos de voces desgarradoras. Mandy se levantó y dijo:

—Están más irritados que la noche anterior nada más. —Pero su

rostro estaba pálido.

Las antorchas teñían de rojo la noche alrededor del muro. Sin embargo, aún los lugares menos inclinados resultaba imposible escalarlos. Las luces se reflejaban en el patio. Fitch no podía ver directamente abajo, pero oyó a los guardias que salían corriendo para tomar posiciones en la parte interior del muro.

Fitch dijo:

—Ya te lo decía. No tienen bastantes guardias. No son suficientes ahí fuera. Apostaría cualquier cosa a que no se esperaban esto, al igual que los artistas y que no estaban preparados.

Estalló. Las pesadas puertas se derrumbaron por el empuje de un camión. Él y Mandy veían aquel espectáculo con horrible fascinación. Desde la ventana el camión parecía un juguete.

Mandy susurró:

—Han debido robar un vehículo del gobierno, aunque no comprendo cómo pudieron...

Fitch sólo miraba. Los atacantes atravesaron las puertas de entrada esgrimiendo palos y antorchas.

II

Fitch y Mandy miraban sobresaltados hacia abajo. Allí estaban los guardias. Al fin sonó un disparo de advertencia. El sistema de altavoces se hacía oír con fuerza en el patio.

—No hay comida aquí. Repito. Aquí no hay alimentos. La galería es propiedad del gobierno. Los guardias tienen orden de abrir fuego si os acercáis más.

Por un instante la masa de gentes titubeó. De pronto los altavoces callaron. Hubo ruido de lucha y una voz triunfante llamaba a través del micrófono:

—Tenemos cinco guardias que hemos capturado con nosotros en calidad de rehenes. Necesitamos comida y vamos a entrar a buscarla. Nadie sufrirá ningún daño, si hacéis lo que deseamos, pero si dais un paso en contra, estos guardias morirán.

Fitch esperó para ver lo que ocurría. Al cabo de unos minutos el jefe superior dijo con voz autoritaria:

—Guardias, deponed vuestras armas.

No se oyó más el altavoz. Fitch miraba alrededor de la celda, dándose cuenta por primera vez en su vida de lo feroz que era un ataque. A pesar de todos los razonamientos que anteriormente se había hecho, nunca había llegado a sospechar cómo sería la realidad y lo que ocurriría. En aquellos momentos no podía creerlo. Todas las órdenes que había recibido estaban viéndose amenazadas. Su resistencia física parecía haber decrecido por la emoción; el monótono ritual de sus días, destruido.

Rápidamente tomó una determinación, y miró de nuevo alrededor de su celda por última vez. Aquí se había pasado su vida. Conocía todos los detalles de cada uno de los cuadros que colgaban de los muros. Sabía cómo la luz se filtraba en la habitación por las

mañanas. Desde el exterior llegó el chillido de aquellas voces cuyos gritos se elevaban desde la parte baja de la galería. Salió corriendo al pasillo.

Los otros todavía permanecieron en sus habitaciones mirando hacia el patio. Estaban demasiado sorprendidos para moverse. Fitch sabía con toda certeza donde se dirigía. No sabía si su idea se resolverla como tenía imaginado, pero al menos tenía un plan establecido. Mandy, mirando todavía hacia atrás, le seguía a toda prisa. Fitch dijo muy excitado:

—¡Vamos, entra!

Abrió una de las puertas que conducían a los comedores, y empujó a Mandy tras él. Al tiempo que cerraba la puerta, pudo oír a los demás que empezaban a salir al pasillo.

—Hay un viejo refugio de aviación —murmuró Fitch. Se metieron en un ascensor de los que se empleaban para subir la comida desde el piso inferior y pulsó la palanca de descenso. Con un chirrido un tanto alarmante el ascensor empezó a moverse lentamente hacia abajo. Fitch no sabía si el artefacto soportaría el peso de los dos. El rostro de Mandy estaba mortalmente blanco y Fitch tenía miedo de que Mandy no se atreviera a descender solo en otro viaje. El ascensor empleó unos diez minutos largos en bajar los quince pisos. En el séptimo piso pudieron oír voces estridentes por los pasillos. Pies que corrían hacia arriba y hacia abajo. Voces que llamaban. Luego, con un vaivén que sobrecogía el ánimo de los dos compañeros, el ascensor se detuvo en la oscura cocina con aspecto de caverna que estaba instalada debajo del edificio. Fitch puso las manos sobre la boca de Mandy, y contuvo su propia respiración escuchando atentamente antes de abrir la puerta. En aquel momento Fitch se preguntaba por qué había llevado con él a Mandy, pues en cierto modo se sentía responsable de su suerte. Mandy le había seguido porque se había sentido de pronto muy conmovido para poder pensar y obrar por sí mismo. Encogido en el ascensor Fitch se sentía un poco arrepentido de no haber venido solo. Abrió la puerta con toda precaución.

Como se temía los atacantes habían entrado por la cocina y le era absolutamente necesario atravesarla para llegar hasta las bóvedas y poder escapar. Miraba a través de la puerta entreabierta. Alguien gritó: «Quemaremos todo». Había un ruido ensordecedor.

La masa de gente estaba concentrada en el extremo más alejado de la habitación. De pronto una voz gritó: «Eh, aquí hay pan, aquí hay pan» y las voces se apagaron. Todos corrieron hacia las paneras de la cocina. Fitch abrió la puerta al mismo tiempo que saltaba. Habían abierto las puertas y Mandy y él se apresuraron hacia ellas.

Oyóse un disparo. Fitch se sintió sorprendido, aunque había oído tiros en otras ocasiones, las armas de fuego eran casi inexistentes entre el pueblo. Poco después se percató de que le habían herido en una pierna. El grupo de hombres empezó a chillar de nuevo. Se volvió hacia ellos, cayó y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, Mandy se había ido. Las cocinas parecían tranquilas.

Las pesadas puertas de hierro de las cocinas estaban abiertas de par en par y desde allí se podían ver todos los utensilios de las mismas en el mayor de los desórdenes. En la distancia, Fitch oyó chillidos y gritos como si la lucha se desarrollase ahora sobre los pisos superiores. A los guardias les habían encerrado en alguna parte. Podía oír el ruido que producían contra los muros, y al fin el estallido de una puerta que había sido forzada. Se puso de pie dolorosamente y buscó a Mandy por los alrededores.

Todo aquel piso estaba desierto y desbaratado. Los atacantes habían estado buscando comida por todas partes, y después se decidieron ir a buscarla a los pisos superiores. Pero Mandy había desaparecido. Sabía que no estaba muerto, pues en tal caso hubiera encontrado su cuerpo. Los gritos por la parte de arriba se hicieron cada vez más fuertes. Parecía como si los guardias hubiesen conseguido liberarse. Con la mayor rapidez que le permitía su pierna herida Fitch se dirigió hacia el extremo del recinto en busca de aire acondicionado. Había sido instalado hacía una centuria, poco antes de que la nación china se viese destruida por la plaga. El gobierno pensó que podría desencadenarse una guerra y el sótano de la galería habríase convertido en un refugio. Un viejo artista, muerto ya, se lo había dicho a Fitch y éste encontró el lugar del aire acondicionado un día que estaba de servicio en la cocina.

Al fin alcanzó la bóveda. Algunas de las viejas pinturas caían al apoyarse en ellas. Fue buscando el camino que debía seguir, mientras permanecía alerta a la búsqueda de Mandy. Al fin sus manos alcanzaron el acondicionador, y se detuvo. Encontró el enmohecido filtro y lo puso en marcha. Un golpe de aire frío le

indicó que el agujero venía del exterior. Temía que en contra de sus planes, el agujero fuese menor de lo que se había calculado, pero serpenteando consiguió atravesarlo saliendo al patio.

Todo estaba oscuro. Mirando hacia arriba, vio que algunos de los circuitos de electricidad estaban desconectados y otros no, de tal modo, que algunos tramos de la galería estaban encendidos y otros oscuros como un túnel. Se puso de pie cojeando por el dolor de su pierna. La bala le había atravesado el muslo. Se apoyó en el muro del edificio para descansar y volvió a buscar nuevamente a Mandy llamándole en voz baja en la oscuridad, pero sin recibir respuesta.

Esperó hasta el último momento tratando de recuperar sus fuerzas. Uno de los pisos de la galería que hasta aquel momento se había mantenido en la oscuridad, se iluminó de pronto. Parecía que los atacantes estuvieran perdiendo terreno. En cualquier caso, Fitch sabía que los refuerzos llegarían pronto. Si no se daba prisa tal vez las luces se encenderían en el patio, y entonces... El sudor empezó a resbalar por su frente.

Miró nuevamente hacia arriba. La galería le daba la impresión de formar parte de sí mismo. Aquella familiaridad le atosigaba de tal modo que, por un instante creyó que le sería imposible dar los últimos pasos hacia la libertad. Casi se sintió tentado de serpentear de nuevo a través del agujero del aire acondicionado, atravesar las bóvedas y volver a su sitio. Casi deseaba encontrarse en su celda. Se preguntaba si no sería allí donde Mandy habría ido.

A pesar de todo seguía hacia adelante y atravesó el patio hacia el muro más alto, buscando el refugio en su sombra. La puerta estaba abierta. La impresión que le produjo este espectáculo fue más sorprendente que ninguna de las recibidas hasta aquel momento. No podía ver por encima del muro, pero oía perfectamente el tumulto de la ciudad. Se escondió tras el camión que los atacantes habían dejado. La puerta principal estaba ante él. El primer golpe de vista al exterior le emocionó tanto que le hizo retroceder. Después sujetándose la pierna, atravesó aquel umbral como colofón a la primera parte de su huida.

La ciudad le azotó como si le hubiesen dado un bofetón en pleno rostro. Aun en aquel momento sintió deseos de retroceder, pero una decisión iracunda le sostuvo y fue cojeando hacia lo que parecía un mundo de locura.

Inmediatamente la ciudad le rodeó, atenazándole inexorablemente. Era como algo que no había visto ni experimentado hasta entonces. Se dio cuenta al instante de la diferencia entre ver el exterior a distancia, a sentirse atrapado por él. Se sintió sobrecogido e indefenso ante aquella multitud que pasaba por su lado chillando endiabladamente. Contrastes, los más extraños e increíbles, le saltaban a la vista por todas partes. Por encima de la sólida masa del populacho y por encima de las sucias avenidas y desagües, brillaban las luces de neón.

Fitch se mantuvo allí aturdido, incapaz de moverse por unos instantes. Nunca hubiese pensado que las condiciones de vida pudiesen ser tan malas. Sus grandes y despiertos ojos describieron un amplio círculo, recorriendo desde aquellas cuevas pobremente iluminadas sobre las montañas, hasta las cabañas más humildes y sucias de la orilla del río. Casas de hasta diez pisos se elevaban por algunas partes en el corazón de la ciudad, pero enfrente mismo de esos edificios se albergaban un montón de enfermedades y suciedad. Por donde quiera que extendía su mirada veía luces que parpadeaban. Había rostros fantásticos, terribles contorsiones de huesos y músculos, una pesadilla salpicada de sonidos, formas y colores.

Se estremeció. Algo chocó contra su pie enfundado en una sandalia. Lo que fuera se revolvió malhumorado. Era un hombre o quizá una mujer, no lo hubiera podido decir, enfundado en una especie de saco de plástico. Fitch se inclinó hacia aquel cuerpo yacente y le murmuró: «¿Se encuentra usted bien?». Aquel ser se revolvió de nuevo por un instante y se encogió sobre sí mismo con una especie de convulsión, encerrándose como un monstruo prehistórico en su cáscara de plástico y de temor.

El pequeño círculo de aislamiento que se cernía sobre Fitch se cerró. Quince o veinte personas que gritaban desaforadamente bajaban por la calle y al llegar a su altura, le apartaron a un lado abriéndose paso, pero de un modo tal, que parecieron no apercibirse de su presencia. Pisotearon a su paso el cuerpo que estaba sobre el suelo. Llegó otro grupo de gente cantando, pero ahora Fitch se hizo a un lado, estrechándose cuanto pudo contra el sucio muro del edificio.

De pronto, un brazo le alcanzó y le rodeó. Una voz gritó: «¡Eh!

¡Baila! Es un baile. Estamos alegres bailando en la noche que se va, que se va, que se va...». El tono de voz era desgarrador y agudo. El rostro que Fitch tenía ante sí era rojo, brillante y picoteado. Los ojos brillantes y enfermizos y la boca tenía un rictus insano, que inmediatamente hizo sentir repulsión a Fitch.

Él dijo: Sí, claro... y se dejó arrastrar unos pasos por aquel grupo que danzaba al son de unas voces. Se detuvieron ante la puerta de un establecimiento y el brazo que sujetaba a Fitch le soltó. Inmediatamente con el cuerpo y el corazón llenos de dolor se dejó caer al suelo y se arrastró hacia un rincón donde reinaba la oscuridad. El hombre murmuró: «¿Dónde se ha metido ese? ¿Dónde está ese condenado?». El clamor de aquellas voces y unos pasos precipitados llegaron muy cerca de él. Luego se alejaron.

Fitch se dio cuenta de que no estaba solo en aquellas sombras. Se agarró con fuerza a lo que parecía ser un montón de piedras o madera, pero aquella masa se estremeció. Unos manotazos y patadas se desasieron de él, al tiempo que un repugnante olor le llegaba como si de golpe hubiese estallado el corazón de una flor venenosa. Instintivamente retrocedió. En unos momentos se sintió con fuerzas para deslizarse a lo largo de los edificios que se elevaban a ambos lados de la avenida. A su derecha, estaba la avenida con su caótica e incesante marabunta de gentes gritando y las aceras cubiertas de gente durmiendo.

Al propio tiempo, había gente sobre la calzada que bailaba frenéticamente, formando y deshaciendo círculos y componiendo figuras que tan pronto eran obscenas como sacramentales. Lanzaban a voz en grito sus cantos enfebrecidos y a lo largo de las aceras se veían innumerables peleas, comenzando una donde la otra acababa. Los actos más violentos se sucedían bajo el parpadeo de las estrellas. En un reflejo de la luz de la calle, Fitch vio a cuatro pilluelos persiguiendo a un escuálido perro entre los grupos de bailarines.

Fitch sacudió la cabeza. Su pierna le dolía de tal modo que no le dejaba pensar. Iría a un médico si pudiera encontrar uno. Hasta llegó a imaginarse que estaba delirando y que todo lo que se mostraba a sus ojos, no era otra cosa que visiones de mente enfebrecida. Intentó sobreponerse. La calle se abrió ante él como una gran avenida iluminada pareciendo un lugar carnavalesco.

Grupos de gentes dormitaban sobre las aceras y el resto del populacho caminaba ciegamente sobre aquellos montones humanos como si no fueran otra cosa que badenes en el suelo. Los bailes salvajes se extendían por doquier, duraban cinco minutos y de pronto se ahogaban. Los danzarines caían exhaustos sobre otros cuerpos y otros ocupaban seguidamente sus lugares.

Fitch se apercibió de la imperiosidad de unas voces agudas y conminatorias, que procedían de un lugar indeterminado.

Altavoces instalados sobre los tejados de los edificios. Estaba tan débil, que cuando miró hacia arriba tratando de levantar y avanzar unos pasos, cayó de nuevo. Inmediatamente la gente pasó sobre él. No podía levantarse, lo único que pudo hacer fue esconder su cabeza lo mejor posible, sacudiéndola poco después a causa de que sus mejillas descansaban sobre el cuello de alguien lleno de piojos. Los altavoces dictaban con monótona insistencia:

—¡Producid, ciudadanos! El primer mandamiento es Producción. Trabajo, trabajo, trabajo. Adelante, adelante, adelante. Trabajo, trabajo, trabajo. Divertíos si queréis, pero debéis trabajar mucho.

Fitch dijo algo entre dientes. Algunos piojos subían por su brazo y se estremeció con el ímpetu de la desesperación. Se sentía como si la pierna fuera a desprenderse de su cuerpo. Dolorosamente se inclinó, consiguiendo levantarse, intentó caminar, sabiendo que si caía, no tenía esperanza de poder levantarse de nuevo.

Ansiosamente, buscó un lugar donde poder descansar. Vio un grupo que estaba cerca de él y se encaminó hacia allí como única tabla de salvación. Unas trescientas personas se mantenían de pie en círculo, y esperaba poder esconderse entre aquella multitud. Estaban entrelazados por los brazos los unos a los otros moviéndose al frente y atrás y escuchando a alguien que no estaba al alcance de la vista de Fitch. Llegó hasta uno de los extremos del grupo. Un hombre cogió su mano casi automáticamente. Fitch se dejó llevar como un cuerpo muerto, yendo hacia adelante y hacia atrás con los otros y apoyándose contra los hombros del lado opuesto al suyo.

Se sentía incapaz de concentrarse. Con los ojos cerrados estuvo balanceándose hacia delante y atrás durante un tiempo que le pareció siglos. De lo único que se daba cuenta era del dolor que sentía en su pierna, pero de pronto la pierna pareció insensibilizarse y miró a su alrededor. Era todavía de noche, pero una luz tenue

brillaba en el cielo por encima de los edificios. Su cabeza cayó hacia atrás. Pasó el tiempo y al abrir nuevamente los ojos estaba balanceándose con los demás. Mirando por la avenida vio al fin algo que le era familiar.

Reproducciones de cuadros, algunas de ellas hechas por él, colgaban de los lados de los edificios y de los aleros de las casas. Estaban iluminados con neón, desvirtuados los colores por una luz brillante e irreal. La copia que había hecho él de la Mona Lisa, le sonreía, descubriendo el secreto de sus enigmáticos y curvados labios.

El dolor se manifestó de nuevo sobre la pierna de Fitch. Con horrible estremecimiento miró hacia abajo. Él y los otros pisoteaban dentro de su alocado círculo a los cuerpos que exhaustos se habían desplomado. Una voz de hombre gritó desgarrada desde el centro del círculo, pero no pudo comprender lo que decía. Intentó desembarazarse, salirse de allí. «Dejadme» murmuró. Trató de gritar, pero estaba demasiado débil para hablar. Nadie le hacía caso. Aquel balanceo le estaba trastornando. Sus brazos hicieron un supremo esfuerzo para libertarse.

Automáticamente, los hombres que se mantenían a ambos lados de él, estrecharon con más fuerza sus manos. Miró sus rostros y descubrió con estupor que estaban febriles. El círculo completo se desmoronaría contra el suelo como marionetas si se rompiera un solo eslabón. Miró hacia arriba de nuevo, desesperadamente. Presidiendo otro de los edificios había otro Van Gogh, Campo de Trigo. El trigo se movía furiosamente, como un millón de llamas rojizas. Una vez más los pinceles habían conseguido dar una actividad mágica, pero el efecto de la violencia era sobrecogedor. Se sentía como si se estuviese consumiendo por llamas. Su cabeza se relajó y sus manos y brazos quedaron rígidos. Sin saber dónde y sin importarle el círculo le transportó.

III

Cuando Fitch volvió en sí, estaba de espaldas sobre el suelo. Era de día. Un cielo negro se veía por encima de los edificios. Intentó moverse, pero no pudo. Oyó una voz que le llegaba clara, firme y vehemente.

—Un cielo. Eso es cuanto necesitáis como mansión, hermanos y hermanas. ¡Oh! ¡Qué placer! ¡Qué dulce placer! Un cielo completo para cada hombre. Un dulce hogar como no hay otro en todo el universo para vosotros; para ti, hermano; para ti, hermana. Amén, amén, amén. Decidme vuestros pecados y os liberaré. Confesaos y liberaré vuestras almas.

Fitch intentó volver la cabeza. Otra voz más tranquila y reposada, dijo:

—Estás muy enfermo. No te muevas.

Sin embargo, intentó moverse para ver quién estaba hablando, pero la pierna le producía un dolor intensísimo. En el estupor de su semiinconsciencia oyó la voz hablar de nuevo:

—No dejes que nadie te lleve a ningún otro sitio. Debo irme, pero volveré.

Y al mismo tiempo la otra voz retumbaba, suplicando, ordenando, condenando, pidiendo:

—¡Despojaos de vuestros pecados. Estad en gracia de Dios como la comida de los cielos, como el pan y el trigo de los campos!

El conocimiento le aparecía y le desaparecía. Sintió como un aire frío resbalaba por el vello de su brazo y su piel se contrajo. Alguien ponía un tarrito de agua sobre su boca. Temblaba e intentó volver su rostro. Unas manos forzaron la vasija contra su boca y tuvo que tragar. El agua sabía a barro. Vio con más claridad. Una muchacha se hallaba arrodillada a su lado. Su vestido,

confeccionado con un tejido que hacía mucho tiempo que había perdido el color y los trazos de la confección, colgaba de su cuerpo delgado y estaba roto por las rodillas. Sus mejillas y su barbilla eran prominentes. Sus grandes ojos grises tenían un fulgor y un brillo febril, nada natural, y aparentaba unos veinte años.

—Llegaste arrastrándote hasta aquí esta noche —dijo ella—. Este es el rinconcito que yo habito. Tienes suerte de haber escapado a la muerte. Me cuidé de ti, pero tal vez hubiera sido mejor que murieras. Mi padre ha salido temprano y no tardará en volver.

Fitch hizo una mueca de asentimiento. Le era difícil pensar. Ella le forzó para que bebiese un poco más y le dijo:

—Mastica esto —poniéndole unas hojas verdes sobre sus labios. Un gusto amargo le hizo reaccionar un poco y se dio cuenta de que tenía hambre. Le dio más sin moverse de su anterior postura, mirándole. Al fin él consiguió sentarse. Se hallaba en un sucio refugio hecho con viejas maderas y pizarra y un tanto protegido del viento que soplaba por las calles.

—Soy Janice. Mi padre es aquel hombre que está allá afuera.

Él se volvió para mirar. Fuera, en la entrada del refugio había un hombre alto y encanecido, gritando y moviendo las manos hacia las gentes que estaban detenidas ante él.

—Abandonad vuestra comida por este trozo de cielo —gritaba—. Os he visto como la quitabais de mi vista. Pero Dios os ve, y en el infierno no tenéis sitio ni para mover un condenado dedo. No tendréis pan, ni agua. Sólo os quedarán los vientres secos.

La gente empezó a adelantarse hacia él, arrojando trozos de pan y otras cosas, en unos saquetes que el predicador tenía tras él en el suelo. Fitch dijo:

—¿Tu padre? ¿Estaba yo en ese círculo la noche anterior?

Ella asintió.

—La multitud es mayor por la noche. Entonces ayudo a mi padre y hablo cuando tengo que hacerlo. Mejor será que salgas de aquí ahora si puedes hacerlo.

—¿Podrás llevarme a un médico? —dijo él.

El rostro de la muchacha se contrajo con una mueca de desagrado y se llevó las manos a la cara:

—¿Un médico? ¿Para qué? ¿Estás loco? —Y continuó como en un murmullo—. Si estás verdaderamente enfermo espera un minuto.

Olvida el doctor, ¿quieres? Sólo de pensarlo me pongo enferma.

Antes de que él pudiese responder, ella se había levantado y volvió a caer de rodillas y se arrastró hacia las gentes que continuaban en círculo. Mientras Fitch miraba, ella se mantenía de rodillas tras la multitud que continuaba moviéndose en círculo, y esperó. Su padre sacudió con fuerza los brazos en el aire, dio un paso violento, se volvió y señaló a un hombre que se hallaba en primera fila.

—Tú escondes algo —gritó—. Condenación para ti y los tuyos.

—Condenación para ti y los tuyos —repetía el pueblo—. Que tu alma sea errante para siempre, para siempre. Que no tengas donde reclinar tu cabeza.

El padre de Janice corrió hacia el hombre, gritando. En aquel momento y cuando toda la atención estaba concentrada en aquel punto, en aquella dirección, ella se arrastró hacia los saquitos y hundió sus manos en ellos. En aquellos instantes su padre estaba condenando al ofensor, y poco después ella estaba de nuevo con Fitch. En sus manos tenía un puñado de hojas de pino.

—Es lo mejor que pude encontrar. Cómetelas aprisa —dijo.

Él la miró como si no comprendiese nada.

—Bueno, mástícalas —dijo ella con impaciencia—. Debes estar más enfermo de lo que pensaba. Son hojas de pino. No te puedo dar té de pino porque no tengo suficiente agua, pero también son buenas masticadas.

Diciendo esto se metió algunas hojas en su boca.

—¡Pues son buenas! —exclamó ella.

Masticó unas cuantas y se sentó apoyándose en el codo. El refugio estaba en la parte posterior de aquel sector de la ciudad. Vio en aquellos momentos que había menos gente en aquel lugar, pero los que quedaban se balanceaban ininterrumpidamente, como la noche anterior, observando que todos tenían una cosa en común: eran totalmente indisciplinados, carentes de todo sentido de la razón. Un hombre empujaba con todas sus fuerzas un asta de bandera que se erguía al lado de un edificio. Después trepó por ella y cuando se hallaba a media distancia, comenzó a gritar y ondear su mano al aire llamando a la gente.

Los altavoces continuaban lanzando al aire su mensaje de diligencia, productividad y ambición, pero incluso estas voces eran

agobiantes y carentes de normal expresión. De todos modos nadie les hacía caso. Los cuadros que la noche anterior había visto colgados de las paredes, continuaban todavía en sus puestos, que ahora estaban sin iluminación. Las pinceladas parecían gusanos sobre el rostro de Mona Lisa.

Fitch dijo débilmente:

—¿Y están así siempre?

—¿Quién? —respondió la muchacha. Y añadió como si de pronto hubiese comprendido la pregunta—: ¡Oh! La gente. Ellos. Claro. Mi padre cuando menos trabajó, cosa que ellos no pueden decir. En cuanto han trabajado un poco se vienen hacia aquí. Entonces pierden la razón. Algunos se vuelven locos o caen en manos del doctor. —Y luego añadió sombríamente—: Son estúpidos. No tienen ningún orgullo.

—No es difícil adivinar que no eres muy amiga de los médicos.

Ella respondió fríamente:

—Sólo los cobardes van al médico —y luego sonrió.

—¿Y tú estás aquí siempre? —dijo él señalando los troncos que había sobre sus cabezas.

—Pues claro —dijo ella—. Es uno de los mejores cobijos de la ciudad. Al menos para nosotros. No podríamos estar a salvo ahí afuera sin ninguna protección. Dentro de unos veinte minutos mi padre volverá y, a decir verdad, en aquel momento este lugar no será el más apropiado para ti. Tenemos bastante espacio, pero no el suficiente para compartirlo con otro. Por regla general, echo de aquí a los que entran. Una vez maté a uno. Tú murmurabas y decías tales cosas en voz baja durante los momentos de fiebre más alta, que me hiciste gracia y dejé que te quedaras. Pero a todo esto, ¿de dónde has llegado hasta aquí? ¿Tienes algún refugio por algún sitio, o es que han vuelto a bombardear las casas? ¡Y has estado bien alimentado! Hacía tiempo que no veía a un hombre en tan buenas condiciones físicas, a no ser por tu pierna. Tuviste suerte de que fuera una herida en el muslo. Quizás si le explicas a mi padre cómo has venido hasta aquí, te ayude a regresar al lugar de donde procedes. No se me había ocurrido antes.

—No tienes aspecto de haber podido matar a alguien —dijo él. Se sentía mejor. Intentó sonreír. La muchacha tenía un pelo negro muy corto y ojos grandes y muy vivos que le hicieron pensar que

sería una chica estupenda si no fuera porque estaba muy delgada. La prominencia de los huesos de sus mejillas le daban el aspecto de tener la cara más larga de lo que era en realidad, y la barbilla le formaba un triángulo por debajo de su boca.

—Escucha, se hace lo que se tiene que hacer, matar o lo que sea —dijo ella con cierto desprecio—. Yo no soy cobarde. Si lo fuera, no viviría.

Los pequeños restos de energía que le quedaban le abandonaban. Moscas y tábanos volaban continuamente a su alrededor. Unas cuantas abejas zumbaban enérgicamente. Él dudaba en decirle que se había escapado de la galería. Si era verdad que la gente odiaba a los artistas, sabía que al confesar su fuga, no haría más que enredar más las cosas sin ningún provecho. En lugar de eso dijo:

—He oído decir que asaltaron la galería esta noche pasada.

—Sí —respondió ella sin ningún interés—. Siempre corren rumores de que los artistas se dan grandes banquetes todos los días. Yo creo que es mentira. Seguro que destruyeron todo aquello buscando la comida. No tienen sentido. Si encontraron algo, se lo comieron con glotonería, se pusieron enfermos de tanto comer y no guardaron ni una migaja. Son así. Los campos químicos están que revientan en ocasiones pero de nada sirven. ¿Quién se aprovecha de todo eso? Nadie más que los del gobierno y el Mayor. La gente no tiene más que lo que encuentra o roba. Mira ese grupo que está escuchando a mi padre. Han estado trabajando en los campos mientras han podido y ¿crees que parecen estar bien alimentados? Casi da risa. Cuando ya no pueden trabajar más los arrojan de allí para que se relajen. ¡Relajación!

Su rostro parecía feo en aquellos momentos por la amargura con que hablaba.

—Les odio —dijo ella—. Estoy contenta de engañarles. Tendría que estar agradecida por el poco de comida que nos dan porque mi padre les fuerza a ello, pero no lo estoy. No tienen ningún sentido.

—Bonita postura —dijo él forzando una sonrisa.

—¿Por eso? Son idiotas. Mi padre es un hombre de negocios. Tiene un sentido práctico de las cosas. Comemos y guardamos cuanto podemos para más tarde. Y trabajamos regularmente. Pero esos imbéciles, no. Son como mariposas. Se meten de cabeza a todo

cuanto encuentran. —Movía la cabeza con rabia mientras hablaba. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, pero eran lágrimas de disgusto y coraje.

Él dijo:

—¿Dónde se puede encontrar trabajo por aquí?

Ella le miró como si estuviera loco.

—¿Trabajo? —respondió—, pero tú estás mal de la cabeza. Deliras. El que tienes ahora es el único trabajo que encontrarás.

—Pero, yo vi tiendas —dijo él—, debe haber gente trabajando en ellas.

Ella le miró con suspicacia:

—Creo que existió un tiempo en que acostumbraba a haber comerciantes, no sé —dijo ella—. Ahora, siempre hay alguien que se hace cargo durante un día poco más o menos, hasta que alguien más fuerte entra allí y le echa. Toda la noche se la pasan robando cosas que luego venden durante el día. Hasta ocurre que entres en una tienda y salgas con menos de lo que llevabas al entrar. Pero... ¿es que naciste ayer?

Se dio cuenta de que la muchacha se movía con agilidad, se iba hacia la puerta e, irguiéndose, bloqueaba la entrada de la misma.

—Oye —dijo ella—, será mejor que me digas de dónde vienes. Si quiero, no tengo más que echarte fuera, entregarte a aquellos que ves gritar y se arrojarán sobre ti. Las ropas que vistes son de buena calidad. Tuviste suerte de que no te las quitara y me las quedara para mí o para mi padre. Y ahora, habla. Yo no soy idiota.

Se sobresaltó. No veía ante él más que un cuerpo que se movía sin propósito aparente, muy delgado y lleno de huesos. Oyendo a la muchacha casi se olvidó de la marabunta que había en el exterior. El rostro de la muchacha estaba blanco, pero lleno de un algo que reflejaba un firme propósito. Él se dio cuenta de que hablaba muy en serio.

—Te lo diré —dijo Fitch—, pero te advierto que no me creerás.

Los labios de la muchacha se apretaron en gesto amenazador.

—Escucha, si eres un espía, dilo —dijo fríamente—. No sabemos ni una palabra de nada, de modo que pierdes el tiempo. Si supiéramos donde tienen los Rebeldes escondidos los alimentos, no estaríamos luchando continuamente para conseguir unas miserias de manos de esos idiotas que están ahí fuera. Y si no eres un espía,

¿por qué eres entonces tan reservado? Tampoco tienes aspecto de venir a raptarme, si ese es tu propósito.

—¿Y cómo puedo saber si debo confiar en ti? —dijo Fitch.

—No tienes por qué confiar en mí —dijo con agudeza—, pero en el caso de que yo no confíe en ti, tengo todas las de ganar.

—¡Cuidado! —gritó él. Una piedra gruesa llegó por el aire y fue a tropezar a un lado cerca de la cabeza de la muchacha. Fitch, de un tirón, la hizo retroceder, empujándola contra una de las paredes del refugio. La piedra cayó pesadamente rodando por la habitación.

—Siempre están arrojando cosas como ésta —dijo la muchacha furiosa—. Me podían haber matado.

Una vez repuestos de aquella sorpresa, ella se acercó y miró la pierna de Fitch.

—Esto no va mejorando —dijo con aire de disgusto—. Bueno, creo que te debo algo.

—Bien, pues no dejes las cosas así —comentó Fitch—. Dime dónde puedo encontrar un médico. Pese a tu opinión, creo que las prácticas médicas podrían arreglarme esto.

Ella desapareció un momento tras él. Vio la sombra de su brazo que se elevaba por encima de su cabeza. Fitch se volvió rápidamente, pero la sombra y el brazo habían descendido a su posición normal. Fitch volvió a caer al suelo, oyendo todavía unas voces que se acercaban. La muchacha habló al hombre y ambos le rodearon.

Cuando volvió en sí, permaneció con los ojos cerrados. Podía oír al hombre y a la muchacha que merodeaban por allí. El padre de Janice dijo:

—¿Aún no ha vuelto en sí?

La muchacha miró a Fitch con disgusto:

—Ir a buscar a un médico. Eso era lo que quería.

—Muchos se ponen así —dijo el padre—. Aún no le hace falta un médico. —Ambos rieron.

—Vigíle —dijo él—. Por el aspecto que tiene no creo que pueda ir muy lejos. Tiene todavía los ojos cerrados, pero nunca se sabe...

Con los ojos semiabiertos, Fitch pudo ver al hombre que salía fuera y se mezclaba con la masa de piernas y pies descalzos. La muchacha se tumbó sobre una pieza de tela. Fitch esperó durante

un tiempo, que le pareció siglos, antes de asegurarse de que se había dormido. Luego, muy despacio, empezó a arrastrarse sobre el vientre en dirección a la puerta. Dos veces se pensó atrapado, pues al cambiar la muchacha de posición presentía que iba a darse cuenta de su fuga. Salió e intentó ponerse en pie.

Se había producido un cambio entre las gentes que había por aquella avenida. Parecía que huían movidos por el pánico. El pálido sol se hacía pesado como el plomo. Todos cuantos podían se movían con rapidez. Nadie le seguía, pero la desesperación de la masa de gente le hacía correr. Se preguntaba por qué corrían de aquel modo. La gente se estremecía y se daba con los codos al correr y todo ello le daba la impresión de una masa en pleno éxodo. Por cada ocho o nueve pasos que daba perdía tres o cuatro. Su pierna le abandonó nuevamente, y cayó dando una voltereta. Dándose ánimos, mantuvo los ojos abiertos, intentando ver lo que ocurría.

La vista que se le ofrecía desde el suelo era horrible. El que podía caminar o arrastrarse había desaparecido. La calzada y las aceras estaban repletas de heridos, de débiles y de exhaustos. Cuerpos amontonados en masas informes. Quienes todavía conservaban algo de fuerza intentaban moverse. Fitch intentó alejarse del centro de la calzada, pero su pierna le dolía horriblemente y otros se le adelantaban. Al mismo tiempo un nuevo sonido llegó a sus oídos. Se dio cuenta de que los altavoces hacía rato que no se oían y que un susurro de motores los reemplazaba.

Moviéndose débilmente miró hacia el extrema de la calzada. Una batería de viejos camiones venía hacia allí como una armada conquistadora. De pronto se detuvieron. Una voz llena de temor dijo a la espalda de Fitch:

—¡Los limpiacalles!

Fitch se volvió para ver quién había hablado. La extraña figura que estaba tras él temblaba. Los hombres con las palas se acercaban. Hablaban a gritos con toda naturalidad de unos a otros. Eran hombres de gran estatura, que parecían estar en buena salud y bien alimentados.

Algunos de los que había por tierra eran totalmente incapaces de moverse. A aquellos desgraciados los limpiacalles los arrojaban a los camiones. Fitch se dio cuenta de que aquellos que mostraban algún signo de vida eran arrojados con rudeza a unos camiones y

los que estaban débiles para responder a los gritos y chillidos de los limpiacalles eran arrojados a otro grupo de camiones. No se hacía ninguna distinción acerca de los que mostraban más o menos signos de vida. Muertos a un lado, vivos o moribundos a otro. Trató, inútilmente, de descubrir aquella especie de juego grotesco. ¿Debería mostrar que vivía o no? Una respuesta instintiva le resolvió la pregunta. Cuando uno de los limpiacalles se acercó a él pegándole con la pala, gritó y quiso, sin conseguirlo, ponerse en pie.

—¡Vamos, tú, gusano, levántate! —gritó el limpiacalles—. ¿Aún queda algo de vida en ti? ¡Pues al médico! —gritó riendo.

Volvió a pegar con el canto de la pala a Fitch, quien al mismo tiempo pensó que era una endemoniada forma de obtener asistencia médica, pero hizo suavemente cuanto pudo para ponerse de pie, pero cayó. El hombre que antes había gritado tras Fitch fue recogido por otro limpiacalles y arrojado a un camión como si fuese un montón de desperdicios.

Lo inhumano de la escena era sobrecogedor, a pesar de que los limpiacalles no actuaban de un modo vicioso, sino como hombres haciendo un trabajo rutinario, hecho día tras día, hasta que éste había perdido todo su significado, o hasta que sus sentidos se habían embotado por el horrible aspecto de dicha rutina.

El limpiacalles que estaba al lado de Fitch gritó:

—¡Uno para el doctor!

Cogió a Fitch por debajo de los hombros y otro hombre le cogió por las piernas. El primero de ellos se lamentaba por el peso de Fitch, y comenzó a decir en voz alta:

—Uno, dos, ¿quién tiene un zapato...? Gracias a que vas al médico.

Fitch no comprendía nada. Cayó como un pesado fardo dentro del camión, que se puso en marcha para detenerse a los pocos metros.

Fitch miraba a su alrededor horrorizado. La mitad de los camiones estaban cargados de seres vivos, la otra mitad de muertos o moribundos. Se había descongestionado bastante la calzada. Una mujer yacía bajo Fitch; respiraba con dificultad, y Fitch intentó apartar la cabeza para que la mujer pudiese respirar. Un hombre que se hallaba al otro extremo del camión se puso en pie, entrechocó las manos y volvió a caer. Los limpiacalles pusieron en

marcha al camión nuevamente y se alejaron gritando estúpidos *slogans*. Se volvieron a detener y un hombre llegó por los aires como un fardo de paja, cayendo sobre la pila humana. Fitch tuvo que hacer una finta para que no le cayese encima la última de las personas cargadas tan poco ceremoniosamente. Continuó moviéndose hasta lograr situarse en un extremo del camión. Uno de los limpiacalles vio a Fitch cuando había esta maniobra y gritó:

—¡Demonio, tú necesitas descansar! Yo, en tu lugar, estaría contento de esto —dijo.

—Gracias —respondió Fitch, irónicamente y con mala cara.

—¡Oh!, ¡pues no es tan malo! Mi hermano estuvo allí dos años. No es tan malo como dicen. Tú no sabes una cosa —dijo el limpiacalles en tono amistoso.

—¿Qué? —preguntó Fitch.

Pero el hombre ya se había ido. Los camiones emprendieron su marcha de nuevo, descendiendo por la avenida. Ahora, de pronto, todo volvía a la vida. Los altavoces chillaban: Trabajo; trabajo; trabajo. Adelante; adelante, adelante: Sembrad los campos; que crezca el trigo; trabajo, trabajo, trabajo, y luego un dulce sueño. La misma avenida parecía respirar con alivio cuando desapareció el último de los camiones. La gente volvía a emerger de todas partes. Por un momento Fitch creyó haber visto a la muchacha pero no estaba seguro. Unas manos le cogían con fuerza por debajo de la pila de cuerpos que se movía constantemente como un organismo masivo en los estertores de la muerte. Estuvo sin conocimiento durante la mayor parte del viaje. Ahora los gritos y los chillidos le volvieron a la realidad.

A los que podían moverse se les hacía caminar por su propio pié; él pudo mantenerse derecho. Estaban en un garaje subterráneo. Lo condujeron a empujones junto con los otros y, a través de una puerta, llegaron a un amplio pasillo donde había bancos alineados contra los muros. Se les indicó que se sentaran, una mujer estaba al lado de Fitch, sus ojos eran enormes.

—Nunca saldré bien de esta prueba —dijo ella— ya lo sé —sus dientes estaban podridos y castañeteaban.

—¿Qué prueba? —preguntó Fitch.

—Hacen esta prueba, si ya no eres lo suficientemente fuerte para trabajar te ponen a dormir —hizo una pausa—. Para siempre —

añadió.

—¿Los médicos lo hacen? —preguntó nuevamente Fitch.

—Eutanasia —respondió la mujer.

Rápidamente Fitch miró arriba y abajo del pasillo. Se tocó la pierna con mucho cuidado, encontrándosela más fuerte. La gente desaparecía de los bancos uno a uno por un extremo. Dos ayudantes cogían a cada uno con firmaza, se introducían por una puerta y esta se cerraba tras ellos. Fitch calculó sus posibilidades. Había una salida por alguna parte al otro extremo del pasillo. Recordaba el garaje y sabía que podría encontrar una salida por allí. Cuando los ayudantes llevaron al siguiente «paciente» al interior Fitch se levantó cojeando; pero, con determinación y energía, caminó con la mayor cautela posible, pasando por delante de los bancos, en dirección al garaje. Nadie habló. Todos los ojos le miraban, pero sin curiosidad, como si ya inevitablemente estuvieran muertos.

Entonces un hombre, que a duras penas parecía mantenerse con amargura en vida, comenzó a gritar continuamente hasta que los guardias aparecieron. Entonces se postergó de nuevo falto de vitalidad. Fitch echó a correr con todas sus fuerzas, pero era demasiado tarde. Le alcanzaron, le pasaron por delante de rostros impassibles y abrieron una puerta.

El doctor era un hombre muy pequeño enfundado en un traje arrugado. Aquel hombre hizo una mueca y dijo:

—¿Te encuentras con energías, eh?

—Con demasiadas energías como para que me pongan a hacer la siesta, si es a eso a lo que se refiere —dijo Fitch—. ¿Es usted un doctor o no?

La habitación estaba casi vacía y sucia. El ayudante colocó a Fitch en una silla que había ante la mesa y el doctor dijo con voz muy educada:

—El deber de un médico es aliviar el dolor y no prolongar la miseria.

—Yo no soy un miserable —dijo Fitch—. Tengo una herida en el muslo de mi pierna y quiero que se me cuide. Eso es todo. Creía que el deber de un médico era proteger la vida.

—¿Para qué? —dijo el doctor—. Eso son ideas pasadas de moda, muchacho.

Durante todo el tiempo estuvo haciendo anotaciones. Sólo

durante un momento sus ojos grises se posaron sobre el rostro de Fitch. Luego dijo al ayudante:

—Enterrador número siete.

El doctor se levantó, dio unos golpecitos a Fitch en el brazo y dijo:

—No tienes por qué preocuparte.

Fitch se estiró un tanto inconfortablemente. Un ayudante le pasó una cuerda por los hombros obligándole a entrar por una puerta que había al otro extremo de la habitación. Otro paciente estaba ya sentado ante la mesa del doctor, en el lugar que antes ocupara Fitch. El ayudante abrió la puerta. Fitch lanzó una rápida mirada por toda la habitación que estaba desnuda. Detrás de la puerta un brazo se abalanzó sobre él y una aguja se clavó en su brazo por encima del codo.

Su último pensamiento fue de sorpresa; ¡que la vida pudiese terminar tan rápidamente y ser tratada tan a la ligera! Un ultraje infame se estaba desarrollando en su propia raza. La parálisis empezó hacerse notar en sus huesos, sumiéndole poco a poco en un pesado sueño. Lágrimas de rabia resbalaron por sus mejillas. Poco antes de perder el conocimiento se reconfortó a si mismo con el pensamiento de que la raza humana no podría sobrevivir mucho tiempo.

IV

Fitch creyó que estaba muriendo y tuvo la impresión de que le trasladaban a algún vehículo, tal vez otro camión. Un fuerte golpe de aire le azotó las piernas. Oyó la palabra «enterradores» y notó cómo su espina dorsal se erizaba, sin embargo, aún no podía abrir los ojos. Volvió a perder el conocimiento. Cuando volvió en sí, se sorprendió de encontrarse todavía vivo, aun cuando ya le estaban llevando a los enterradores. Daba por descontado que enterrarían a los hombres vivos, de modo que ¿para qué estaban los enterradores? Su mente tuvo un arrebato de movilidad, de acción, pero no podía mover el cuerpo.

Se palpó el cuerpo con las manos. No podía oír nada; pero el hecho de que se diera cuenta de la impresión que le producían sus manos al tocarse, le constataba que sus sentidos volvían poco a poco. Sus ojos se abrieron. Yacía sobre una mesa suspendida en el aire y se le había atado con una cuerda. Había otros hombres tumbados a ambos lados. Sin duda alguna la habitación era subterránea, con muros de grandes piedras y por cuyas uniones brotaba el musgo. Aquellas extrañas mesas se extendían desde un lado a otro de la habitación y los hombres yacían sobre ellas tocándose los unos a los otros. Fitch, desde el lugar que ocupaba, podía llegar a ver unos cincuenta hombres. Sentía los labios acartonados, pero dijo débilmente:

—¿Dónde demonios estamos?

Por un momento nadie respondió. Cualquiera que fuese la droga que les hubieran dado, les hacía efecto a intervalos. El hombre a quien Fitch había dirigido la pregunta, le miró febrilmente.

—«Enterradores» —respondió.

—Pero no estamos muertos. No creo que vayan a enterrarnos en

vida.

—¿Qué tiene eso que ver? —El hombre cerró los ojos rápidamente, oprimiendo hacia atrás la cabeza contra el tablero. Fitch oyó una puerta que se cerraba por algún sitio, mientras el hombre a quien había estado hablando susurró:

—Deja de descansar tu cabeza hacia atrás. —Otra puerta más próxima se abrió y se oyó el ruido de unas pisadas. De cuando en cuando se detenían. Rápidamente pasaron por delante de Fitch hacia el otro extremo de la habitación. Otra puerta se abrió para volverse a cerrar rápidamente.

—Nos quedan aproximadamente diez minutos —dijo el otro hombre.

Fitch abrió los ojos. A su alrededor otros hombres volvían en sí. Al fin, Fitch dijo:

—Diez minutos, ¿para qué?

—Prefiero despertarme aquí que muerto —dijo otro hombre.

Otro hombre al lado de Fitch objetó:

—Cuando menos no tendremos hambre.

—¿Pero qué es lo que van a hacer? —dijo Fitch.

—Un juego. Nada más que lo que necesitamos —dijo el que había hablado primero.

Pero otra voz añadió:

—Nos hacen dormir durante dos años. Yo ya es la segunda vez que vengo. Luego te llevan de nuevo a trabajar. Es lo que ellos acostumbrar a llamar unas vacaciones pagadas. Cuando vienen con la aguja estás fuera de combate, muchacho.

—Pues lo que es a mí no me hacen dormir —gritó alguien. Y empezó a mover el cuerpo, debatiéndose arriba y abajo. Otra voz gritó:

—¡Eh! ¡Cierra el pico!

Otra voz más joven dijo:

—Sí, pero siempre no se vuelve en sí. Yo conocía a alguien que jamás volvió en sí.

El hombre que estaba al lado de Fitch dijo:

—No tendremos esa suerte. Tienen una necesidad muy apremiante de cuerpos aptos para el trabajo, como para dejar que muramos. No lo hacen más que para hacerte recuperar fuerzas. Es como dormir bien una noche. Yo dejo que me pinchen. Estaba

demasiado hambriento como para mover un dedo. Me arrojé a la calle y allí me quedé. Es mucho mejor que esperar estar medio muerto. Cuando esto llega es tanto como estar determinado a dormir para siempre.

La voz joven añadió:

—¡Ya pare de hablar de eso!

Fitch, con disimulo, tocó los nudos de la cuerda, comprobando que no era ni estaba muy fuerte.

El hombre que estaba a su lado continuó:

—Te congelan y eso es todo. No envejeces. Te inyectan eso en las venas. No se siente nada.

La voz mas joven interrumpió de pronto:

—Mi padre estaba en el otro camión. En el otro. ¿Comprendéis lo que eso significa, no? Ya no tenía fuerzas para continuar trabajando. No le darán otra oportunidad.

Hubo un silencio sepulcral. Alguien comentó:

—No importa, chico. Así se encontrara mejor. Es preferible que meterse en un, digamos, baile de la muerte. Mucho mejor.

—Pero estaba en el otro camión. Estaba en el otro camión — continuó el joven.

Fitch continuaba tocando los nudos, y el hombre que tenía a su lado dijo:

—No servirá de nada. No te desatarán.

Fitch iba a contestarle cuando la puerta se abrió por el extremo opuesto de la habitación. Los hombres levantaron las cabezas cuanto podían, tratando de ver al enterrador que llegaba con su ayudante. Este dijo con tono que parecía querer reanimarles:

—Bueno, esto no duele. No tenéis porqué preocuparos. No os servirá más que de descanso de las actividades mundanas y destruiréis sin ninguna clase de preocupaciones.

Mientras hablaba se inclinó hacia el primer hombre y con destreza clavó la aguja hipodérmica en su brazo. El ayudante levantaba la manga de la camisa y enjugaba el círculo de músculo con desinfectante.

El hombre dio un grito, intentó escapar del alcance de la aguja, dio un suspiro y quedó inerte. Fitch sintió como su piel se erizaba. Ocupaba el décimo lugar. La operación no duraba más que un momento. Mientras el enterrador ponía las inyecciones continuaba

con su nervioso charloteo profesional:

—Realmente sois envidiables. Pensad en los otros que quedan ahí fuera, trabajando día tras día, noche tras noche, y siempre con hambre. Cuando despertéis estaréis más sanos y os encontraréis más fuertes.

—¡Mi padre estaba en el otro camión! —continuaba gritando la voz del joven.

—¡Desgraciado, desgraciado! —dijo el enterrador.

—Pero ahí afuera no hay bastante sitio o comida para aquellos que están demasiado enfermos para trabajar. No es más que por precaución. Al menos no mueren de inanición.

Al mismo tiempo hizo un gesto al ayudante. Rompieron la orden de sucesión de inyecciones y pasando por delante de Fitch, se dirigieron hacia el joven. El muchacho chillaba. Su voz iba en *crescendo* con pánico y de temor.

—Te encontrarás muy bien —dijo el enterrador. Suavemente el ayudante iba pasando el algodón por el brazo que temblaba. Acabada la inyección la voz se apagó. Entonces los dos hombres volvieron al lugar donde habían quedado antes. Estaba a tres hombres de distancia de Fitch. Este trataba de mover las piernas para ver si podía dar una patada lo suficiente fuerte como para protegerse al menos durante un momento cuando llegara su turno, pero no lograba levantar las rodillas suficientemente. Los demás estaban ahora en silencio.

De nuevo volvió a la memoria de Fitch el recuerdo de que nunca se hubiera imaginado que las condiciones en el mundo exterior fuesen tan malas, y que nunca hasta entonces se hubiera dado cuenta. Todo cuanto podía hacer era mirar, con cierto fatalismo, cómo el enterrador se acercaba con su charloteo y su aguja. El hombre de al lado de Fitch dijo:

—Bueno, pues, aquí está. Yo voy a continuación. Que tengas sueños agradables y que no sientas hambre.

Aún no podía creerlo Fitch. Le dolía el cuello por haber mantenido la cabeza levantada durante tanto rato. Estaba rígido por la rabia y por el nerviosismo. Entonces se dio cuenta de que habían vendado su pierna. El enterrador estaba en pie frente a él.

—Te arreglaron la pierna cuando estabas inconsciente. No pienses en ello. Quedará como nueva.

El ayudante se acercó. Fitch trató de defenderse. De pronto las luces se apagaron. El enterrador y el ayudante dieron un paso hacia atrás.

—Otro corte de fluido eléctrico —dijo el enterrador. Se separaron de allí con precipitación. Fitch se relajó, debilitado por el esfuerzo que había hecho al tratar de defenderse. Una puerta se abrió en la oscuridad y una voz dijo:

—¿Cuál de los hombres es el de la galería?

Fitch gritó:

—¡Aquí!

Un ruido de pasos pertenecientes a dos personas distintas se extendió por la habitación. Los dos hombres se apresuraron en ayuda de Fitch. Unas manos cortaron sus cuerdas.

—¿Y qué hay de los otros? —dijo Fitch preocupadísimo.

—No podemos entretenernos ahora. ¡De prisa, por aquí! — Algunos de los hombres gritaron. Otros suplicaban la libertad. Fitch dudó, pero los hombres que tenía ante él le empujaron hacia delante. Encendieron una pila un momento para que Fitch se hiciese una idea del plano de la habitación. Los tres atravesaron corriendo la puerta y continuaron por la oscuridad. Oyeron unos pasos que se aproximaban. Uno de los hombres encendió de nuevo la luz.

El enterrador quedó sorprendido mirando.

Fitch se apoyó contra el muro queriendo ocultarse, pero el enterrador gritó:

—¡Sacadle de aquí! —Sacó una llave de su bolsillo, abrió una puerta que había empotrada en el muro, y se puso a un lado—. Has tenido suerte —continuó—. No hubiera podido esperar ni un minuto más. No sabes lo cerca que estuviste de sentir el pinchazo de esa aguja. —Entonces dijo a los otros—: ¡Daos prisa! Diré que llegasteis a tiempo. —Entonces hizo un gesto a Fitch para que les siguiera. Cuando hubieron pasado la puerta ésta se cerró.

Se detuvieron para recuperar el aliento. Fitch dijo:

—¿Quién demonios sois? ¿Qué es lo que ocurre?

—Ahora no tenemos tiempo —dijo uno de ellos—. Ya perdimos bastante. Queríamos que primero te arreglaran esa pierna.

—Con las prisas y los nervios me olvidé de ella. —Con sorpresa y contento Fitch se dio cuenta de que su pierna estaba mucho mejor; la preocupación por ella le llegó de nuevo; al menos podría

caminar y valerse por sí mismo. Empezaron a descender por el pasillo. Nadie hablaba ahora. El aire se hacía más frío y más húmedo. Descendían cada vez más con relación al nivel del suelo. El pasillo se torcía nuevamente hacia un lado. Los hombres abrieron otra puerta, llegándoles una corriente de aire fresco, pero todavía estaban en la oscuridad.

—Tenemos que encontrar la salida. No podemos usar ninguna luz y tenemos que hacer el menor ruido posible —dijo uno de ellos.

Se hallaban en un largo túnel subterráneo. No se podía ir completamente derecho. No había espacio más que para poner un pie tras otro, y caminaban en fila india, con las manos apoyadas en ambas paredes para orientarse mejor.

Todo había sido muy extraño. De pronto toda clase de sonidos llegaron por encima de ellos, los altavoces gritaban su «Adelante, adelante, adelante», «Trabajo, trabajo, trabajo». Se oían camiones en movimiento, llegaban a ellos gritos y chillidos, todos ellos alarmantes después del silencio de la huida. Fitch presintió que iban por debajo de la calle. Por el ruido que hacían parecía que los camiones iban a desplomarse de un momento a otro sobre ellos. Tardaron dos o tres minutos antes de que el túnel derivara por otro sitio, para luego, continuar descendiendo. Sabía por deducción que debían estar cerca del Chemung River. Después el túnel se hizo más amplio, llegándoles una tenue luz. Fitch y los dos hombres se hundían ahora en el barro. Fitch apenas podía ver después de la oscuridad del túnel pero los tumultuosos sonidos de voces le hicieron sospechar que habían saltado la sartén para caer en el fuego.

—Date prisa, salta —dijo uno de los hombres, lo hizo y aterrizó sobre algo duro y húmedo. Empezaba a ver mejor, grupos de hombre y mujeres se arremolinaban por aquellos alrededores sobre la orilla del río, intentando pescar en aquellas aguas. Algunos de ellos reñían entre sí.

La dura superficie que Fitch había encontrado bajo sí, era el fondo de una vieja embarcación a remos. Uno de sus rescatadores empezó meter uno de ellos en el barro para llevar el barco sobre la superficie del agua. Con el rabillo del ojo, Fitch vio a un hombre que se alejaba de prisa como si acabase de llegar con el bote. Al mismo tiempo una mujer les vio y advirtió a los otros. Se

detuvieron en su lucha, miraron y vinieron corriendo.

El hombre de los remos los levantó amenazador. Desde el bote el otro hombre levantaba un pesado bastón de madera. El grupo se detuvo, pero la mujer gritó:

—No son más que tres y nosotros seis. —Ella encabezaba la formación. Tras ella un hombre dijo:

—¿De dónde ha salido este bote? No estaba aquí hace un minuto.

—De prisa —dijo el de los remos hundiendo con fuerza los mismos en el agua.

Fitch se percató de que el bote empezaba a alejarse. La mujer arrojó una piedra, pero esta cayó inofensivamente sobre el agua.

El que mantenía el bastón dijo a Fitch.

—Arrójales comida, la encontrarás en el fondo del bote.

Con rapidez miró hacia abajo y encontró una masa desordenada de hojas verduscas que arrojó a puñados hacia la gente. La mujer cesó de gritar momentáneamente. Luego, dijo casi chillando:

—Girasoles —y los cogía del agua, probándolos en seguida. El hombre tras ella se los quitaba y Fitch arrojó el último puñado.

El bote se fue hacia el centro. Estaba a más de veinte pies de la orilla. Mientras aquellas gentes reñían por aquellas hojas verdes de girasol, el bote había desaparecido por la parte baja del río. Fitch se volvió para ver que el hombre que antes se alejó con el bote, había vuelto. Ahora gritaba al grupo de gente y señalaba en dirección contraria. Había algo en los movimientos de aquel hombre que le llamaba la atención. Estaba seguro de que le había visto antes.

Entretanto el bote seguía bajando por el río. De cuando en cuando tocaba en el fondo del río. Tenían que bajar y empujarlo. Era muy penoso porque el agua estaba llena de detritus. El olor que de allí se desprendía era horrible. Las cabañas más insanas se levantaban a ambos lados del río. Ahora Fitch las podía ver claramente, juncos y trozos de pizarra amontonados en desorden con un aspecto que recordaban más bien montones de basuras que refugios. La tierra, a la izquierda, estaba más o menos a nivel, pero las colinas empezaban a la derecha, dotadas de innumerables cuevas y grietas y todas ellas con señales de gente y basura.

El más alto de los dos hombres remaba. El otro oteaba el terreno con ansiedad. Ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar a Fitch,

de modo que Fitch se limitó a contemplarles. Además observó que le volvían las fuerzas, decidiendo descansar mientras pudiera. Por otra parte, quería conocer la configuración del terreno. Se sentía invadida de curiosidad y de añoranza. Su celda en la galería le parecía ahora un Edén perdido, hasta tal punto le había deprimido el mundo exterior.

Había gente por todas partes. El río estaba lleno de toda clase de embarcaciones construidas de cualquier modo. Todos estaban pescando, pero ninguno parecía atrapar pez alguno. El agua estaba tan sucia de barro que más bien parecía una salsa espesa oliendo de un modo extraño.

Nadie parecía seguirles, pero el más pequeño de los hombres continuaba su constante vigilar mirando con aparente preocupación los lugares por donde pasaban. El otro remaba de prisa, golpeando el agua con tal fuerza como si fuese un enemigo a quien hubiera que abatir.

Los de los otros botes continuaban su movimiento normal. Todas las embarcaciones parecían tener agujeros.

La tarde era ya muy entrada. Fitch estaba tan acostumbrado al silencio de los hombres y al movimiento acompasado del barco que cuando uno de sus compañeros hablaba se sobresaltaba.

—Limitate a seguirnos —dijo él mas alto.

Siguieron adelante con el bote hasta que éste tropezó con el suelo y entonces lo dejaron allí. Esta parte del río estaba en proporción rala de gente en relación a las otras.

—Ten cuidado con las ratas —dijo uno de los hombres. Un montón de madera y algas del río estaba frente a ellos y se encaminaron hacia allí. Fitch se dio cuenta de que ellos ya no se preocupaban en absoluto de si alguien les seguía. A medida que se acercaban a aquellos despojos, Fitch vio una entrada hecha con mucha astucia. Los tres entraron en aquel lugar que estaba cubierto de basuras y luego se encaminaron hacia el interior. Era tan oscuro todo aquello, que Fitch apoyó una mano sobre el hombre que estaba frente a él para poderse guiar. De pronto apareció un espacio que estaba más claro. Era una habitación pequeña y limpia donde el primero al entrar había encendido una bujía.

Había una mesa y unas cuantas sillas en el centro. No había ventana alguna y los muros eran de adobe. El hombre más alto se

sentó. El más bajo estaba entretenido con algo inconcreto en el rincón más alejado. Se oía un ruido cerca. Un hombre llegó con una vasija llena de agua y jabón. Se lavaron todos en la misma agua y entonces el más alto sacó una pastilla de una cajita pequeña y se la dio a Fitch. Le explicó lo que era y añadió:

—Cógela. Aun tardarás un par de días a sentirte mejor de tu lesión y esto te ayudará a recuperarte.

Fitch dudó. El más bajo le dijo con malhumor.

—¿Quieres coger la peste? Pues la cogerás si no tomas esa pastilla.

Fitch la cogió. Los hombres se sentaron, relajando sus músculos. El más alto dijo:

—Acomódate. Te diremos quien somos.

El otro dijo:

—Antes hay que hacer otra cosa.

Se fue hacia el rincón volviendo con un pan y leche en polvo que mezcló con agua. Comieron despacio. Con algo dentro del estómago, Fitch empezaba a sentirse más recuperado. El hombre más alto dijo:

—Yo soy Sloat Brail. Y éste Gunny Bragan. Nos costó mucho trabajo localizarte. Supongo que reconocerás que ni a propósito hubieses podido hacer estupideces mayores...

—¿Te refieres a que buscaba un médico? —dijo Fitch—. Pues en aquel momento parecía bastante razonable.

—Si te hubieras quedado con el viejo y la muchacha nos podríamos haber evitado muchos disgustos —dijo Sloat.

Fitch se dio cuenta de que le era simpático aquel hombre. Sloat tenía más de seis pies de estatura, un gigante comparado con la mayoría de los hombres, con ojos muy profundos y un rostro muy pequeño que casi no tenía barbilla. Sus movimientos eran muy deliberados. Había sido él quien se ocupó de los remos del bote durante todo el trayecto. El otro hombre, le era menos simpático a Fitch. Tenía ojos muy enérgicos y rápidos y el pelo negro.

Fitch dijo:

—La muchacha me golpeó en la cabeza.

—Por tu bien. Pensó que estabas loco cuando querías ir al médico e insistías en ello —dijo Sloat.

—¿Cómo lo sabes?

Sloat se encogió de hombros.

—No hago más que pensar en aquella inyección; desde luego llegasteis bien a punto —dijo Fitch—. ¿Para qué me ayudasteis? ¿Y en primer lugar, cómo sabíais que era de la galería? —Y añadió con una sonrisa—: Me gustaría llegar a conocer cosas como ésta.

Pero mientras hablaba se percataba de que todavía formaba parte de un mundo que desconocía. Empezaba a meterse de lleno en aquella inmensidad de problemas que se abrían ante sus ojos. Si no le convencían las respuestas que le diese Sloat, tomaría unas cuantas iniciativas. Y como sabía que su ignorancia respecto al mundo exterior era patente, dijo:

—Supongo que me explicaréis desde el principio.

V

Durante unos minutos hubo un breve silencio. Al fin, Sloat Brail, aclarándose la garganta, dijo:

—En primer lugar, sabemos que procedes de la galería, pero no sabemos tu nombre.

—Gary Fitch.

—De acuerdo. Te contaré cuanto pueda antes de que nos vayamos. Nosotros nos vamos de aquí en cuanto anochezca, y esta noche el viaje será muy peligroso. En primer lugar, te diré que formamos parte de un grupo llamado los Rebeldes. No sé si habrás oído hablar de nosotros. Siempre hemos estado al acecho de cuantas noticias, en caso de que las hubiera, procediesen de la galería. Sabíamos que la galería iba a ser asaltada. La gente no se ha dado cuenta todavía, pero la peste bubónica ha aparecido de nuevo y se está extendiendo con toda rapidez. Los trabajadores han caído enfermos. La comida cada vez escasea más. Pronto el gobierno cogerá a cuantos pueda para reemplazar a los muertos en los campos químicos. Concluyendo, uno de nuestros hombres vio que te escapabas. Tenemos espías para informarnos de cuantos acontecimientos creamos interesantes, y hemos estado ansiando durante mucho tiempo ponernos en contacto con los artistas allí recluidos. Opinamos que podrías darnos algunas informaciones que son de vital importancia para nosotros.

Hizo una pausa mirando al rostro de Fitch y continuó:

—Ya entraré en detalles mas tarde, pero de momento te diré que perdimos tu pista. Complicaste en extremo las cosas dejándote coger por los limpiacalles y todavía las pusiste peor con tu intento de escapar de los doctores. En aquel momento hiciste que pusieran los ojos sobre ti. Si no hubiera sido por esto nos hubiésemos hecho

contigo con toda facilidad. Pero estando las cosas en este punto tuvimos que hacer uso de uno de nuestros agentes: el enterrador. No solemos llevar las cosas a ese extremo, porque no podemos permitirnos el lujo de meternos en excesivos riesgos. Uno de nuestros hombres tuvo que ponerse en tu sitio, y por si te interesa te diré que, como consecuencia de cuanto te vengo explicando, ha sido puesto fuera de... digamos, de combate para dos años. De todos modos el gobierno se ha ocupado de tu pierna y al menos nosotros no tendremos que preocuparnos por eso.

—¿Y para qué queréis a alguien de la galería? —preguntó Fitch—. No hace falta mucha inteligencia para comprender que estoy como un niño perdido en un bosque.

Sloat sonrió:

—Es tu conocimiento del pasado lo que nos interesa. Los manuscritos y toda clase de informaciones importantes han sido retirados del público durante tantos años que estamos completamente perdidos. Tenemos que saber cómo iba el mundo antes, para saber donde fracasó y se hundió la raza. Nos hallamos en una situación muy particular. Hubo un tiempo en que los Rebeldes tenían un plan positivo de acción. Sabemos contra lo que nos estamos rebelando, pero no tenemos ni la menor idea de la clase de civilización que queremos implantar, en lugar de la que tenemos ahora. Y esto se llevará a cabo poco a poco.

Sloat continuó:

—Nuestro viaje presenta algunos peligros esta noche, te lo advierto. Al gobierno le gustarla echarnos la mano encima. Hemos cometido el único delito reconocible de privar a la nación de nuestra capacidad de producción, haber cogido a las mejores especies de hombres que pudimos encontrar, formarlos a nuestro modo lo mejor posible y usarlos para nuestros propósitos. Haciendo un paréntesis a todo esto, he de señalar que si te unes a nosotros será voluntariamente.

—Si quiero marcharme de aquí ahora, ¿soy libre de hacerlo? —preguntó Fitch.

—Puedes hacerlo ahora —dijo con cierto énfasis Gunny. Su inciso en la conversación lo hizo con el aire nervioso y excitado que anteriormente había observado Fitch—. Tienes que ponerte en contacto con Toby. Él te dará más instrucciones. Entonces, si

quieres unírte a nosotros, te indicaremos el cuartel general. Tras esto, eres nuestro. Tienes que decidirte antes de que conozcas cuanto se refiere a nosotros. También queremos saber, como comprenderás, el rendimiento que puedes darnos.

—Eso lo tiene que juzgar Toby y no nosotros —dijo Sloat con rapidez.

Gunny continuó con desdén aparente en sus palabras:

—Sin embargo, es verdad, Fitch. Hemos corrido muchos riesgos por ti.

Y continuó:

—¿Recuerdas a aquel muchacho que decía sin cesar que su padre estaba puesto en mejor vida?

—¿En mejor vida?

—El que decía que estaban asesinando a su padre y el que en realidad recibió el pinchazo en tu lugar. Al menos le inyectaron cuando no era su turno y esto nos dio la oportunidad de rescatarle. Buenos, pues era un amigo mío. A él tampoco le hacía gracia que lo usásemos de aquella manera.

Sloat intervino con cierta irritación:

—Necesitaba descansar. Estaba agotado por el trabajo y enfermo. Algunas veces empleamos las facilidades que indirectamente nos ofrece el Gobierno, cuando es conveniente. Esto les da a nuestros hombres un período de recuperación y les pone al mismo tiempo fuera de circulación cuando empiezan a ser sospechosos. Nunca piensan en buscar espías en sus propios cementerios de seres vivos. Dos años más tarde el hombre despierta, es enviado a los campos químicos y entonces nosotros le traemos aquí. Esto es lo que ocurrirá con ese muchacho. Al mismo tiempo, le usamos en este caso para un doble fin. El ayudante no es nuestro. Sólo el enterrador. —Se inclinó hacia adelante y susurró—: Un poco complicado para comprenderlo en seguida, ¿no es así?

—Podías haber quedado en el anónimo —dijo Gunny—. Sabíamos que estabas herido. Pensamos que podríamos cogerte fácilmente pero lo que no podíamos comprender era porqué tenías el firme propósito de ver al médico. Eso hacías.

—Los médicos acostumbraban ayudar a la gente —dijo Fitch— no a sacarles de sus miserias. Ya os dije que sabía más del pasado que del presente.

—No tiene sentido —dijo Gunny—. ¿Cómo podían aliviar a los enfermos y de qué les servía el hacerlo? ¿Quién alimentaba a los que no podían trabajar? Terminarían haciendo esclavos del resto de la población.

—Podemos discutir eso más tarde —intervino Sloat—. Ya es hora de que nos vayamos. Aún tenemos que atravesar la ciudad. Fitch, tú harás lo que hagamos nosotros. Lo que no comprendas lo haces como nosotros. Vamos a mezclarnos entre la muchedumbre y atravesar la parte nordeste de la ciudad, y por si esto no fuera suficiente, tenemos que atravesar un sector de campos químicos y campos de trabajo.

Dijo en tono de advertencia:

—Nadie presta mucha atención a la gente en la ciudad. Allí no hay mas que los incompetentes, y los enfermos. Tarde o temprano son recogidos y eliminados de un modo u otro. Pero allá están las cabañas de los trabajadores que están estrechamente vigiladas. Por lo general nadie puede entrar ni salir. Tenemos dos hombres allí, pero el resto tenemos que hacerlo nosotros mismos.

—¿Y cómo es que no hay nadie por aquí? —preguntó Fitch.

Gunny respondió:

—¿Quieres saberlo? —Y señaló hacia el exterior—. ¿Recuerdas que te dije que tuvieses cuidado si veías alguna rata cuando veníamos? No hace mucho ésta era un área de plaga. Nadie viene ahora por aquí. ¿Ves cómo están esos muros? Hemos inventado una sustancia que repele a las ratas y mata la infección. En estos días las ratas no se emplean como alimento, pero si podemos desinfectar las ratas, entonces las añadiremos a nuestros aprovisionamientos como proteínas aprovechables. Tenemos que aguzar el ingenio...

Fitch no respondió. Miró a Sloat, pero en aquel momento el hombre estaba de espaldas. Estaban empaquetando toda la impedimenta.

Gunny dijo:

—¿Así que, qué piensas de esto? ¿Rata cocida?

—Yo tengo mis reservas —dijo Fitch con soberbia—. Después de todo, sobrevivir es sobrevivir, pero no abandoné la galería por el dudoso privilegio de comer ratas. De cualquier modo preferiría combatir las condiciones presentes del exterior que entendérmelas con ratas. Hay cosas que sólo conducen a mayor degradación.

Sloat dijo:

—Para hacer algo hay que estar vivo. Es lo principal. Por tanto hay que comer.

—La gente que vi en las calles la noche pasada, estaban vivos, pero no tenían nada de hombres —dijo Fitch despacio—. Quizá cuando se llega a un cierto punto sobrevivir es lo de menos, no significa nada. Tú cambias, o la razón cambia. Si no sobrevives como ser humano razonable, en realidad lo que haces no es sobrevivir.

—¡Oh!, le gustarás a Toby —dijo Gunny con desagrado.

Sloat apagó la bujía. Subieron por encima de los escombros. Una vez fuera, el río estaba muy oscuro y un viento gélido soplaba desde las montañas. Las antorchas reflejaban su luz mortecina y no habrían caminado más que media milla, cuando empezaron a encontrar masas de gente. Las luces de neón brillaban en el exterior de las tiendas. Los nervios se agarrotaban en la columna vertebral de Fitch. Más allá, había una plaza más pequeña que la que había visto la noche anterior pero idéntica.

Fitch oyó otra vez los altavoces. Las pinturas se movían con ese algo de grotesco con su aspecto viviente sobre los muros de los edificios. Sloat y Gunny se asían a cada grupo de gente que pasaba, formando parte de los extremos de los mismos, copiando sus movimientos faciales y expresiones. Fitch seguía su ejemplo cautelosamente. De pronto una especie de canto al estilo de negro espiritual se apoderó de él con su ritmo hipnótico. A su derecha unos diez hombres y mujeres cantaban y bailaban al mismo tiempo, moviéndose hacia adelante y hacia atrás.

Mientras Fitch miraba el ritmo se aceleró. La gente se detenía y después casi involuntariamente se unía a ellos. En unos segundos, los recién llegados estaban retorciéndose y dando vueltas con la misma frenética expresión que los anteriores. Durante unos instantes Fitch lo olvidó todo viendo aquello. El abandono de aquellas gentes y su entrega total era contagiosa. De sus esqueléticos cuerpos colgaban harapos que se movían al viento. El ritmo se aceleró nuevamente. Bailaban más de prisa cada vez en aislados movimientos chillando y cantando.

Un golpe seco hirió a Fitch en la nuca. Sacudió la cabeza confundido. Tuvo la impresión de que se desplomaba.

Gunny dijo:

—Un movimiento más y lo habrás echado todo a rodar.

Con un tanto de estupor, Fitch miró a su alrededor. Se había encaminado hacia los bailarines que en esos momentos se retorcían y danzaban casi más rápidamente de lo que sus ojos podían seguir.

La cara de Sloat sonrió con un algo de triste tolerancia reflejada en ella.

—Estábamos convencidos de que estabas con nosotros; pero pronto miramos alrededor y vimos que habías desaparecido; estabas a punto de unirme a los Danzarines de la Muerte. Creo que la culpa fue nuestra por no considerar lo que pasaría por ti al ser la primera vez que los veías.

—¿Qué? Yo estaba... mirando. Al menos es que lo pensé que estaba haciendo o —dijo Fitch. Sloat tenía razón. Casi se había metido en aquello. ¿Danzarines de la Muerte?, pensó.

Sloat le cogió por un brazo. Se unieron a los extremos de otro grupo de gente que corría por la calle gritando.

—Es una especie de enfermedad sicopática; Danzan hasta morir extenuados —dijo Gunny—. Es muy peligroso mirarlos.

—En realidad produce pánico cuando se experimenta por vez primera —dijo Sloat. Fitch no pudo hacer otra cosa sino mirarle con gratitud, pero todo aquello era como una pesadilla. Le daba la impresión de que no se había movido de la calle donde había estado la noche anterior. Aunque lo intentara no podía escapar a aquellas masas de cuerpos apretándose. Era un esfuerzo inmenso aislarse del ruido lo suficiente como para poder componer pensamientos coherentes.

De pronto él, Sloat y Gunny cayeron hacia delante. Fitch intentó levantarse, pero otros cuerpos estaban amontonados sobre él. Al fin se liberó. El grupo de hombres a los que se habían unido había tropezado y cayeron juntos como un castillo de naipes. Los de atrás habían caído encima. Gunny soltó una exclamación injuriosa. La gente empezó a reñir y debatirse por quien había sido el que cayó primero. Inmediatamente Sloat adoptó una postura que denotaba malhumor, al mismo tiempo que decía con bastante alegría:

—Sí, pero no pongas más atención a cantos de muerte —dijo Gunny.

En aquel instante una mano salió de entre la masa y golpeó a

Sloat en la cabeza. Sloat de un manotazo tiró por tierra sin sentido al hombre que le había golpeado. Las venas se marcaban notoriamente en su frente. Parecía presto a matar. Fitch se aprestó a defenderse en el caso de que Sloat se volviese contra él. El rostro de Sloat se hizo más sereno por un segundo y dijo:

—Parece muy auténtico, ¿eh?

—Cuestión de protección —dijo Gunny—. Ya te irás acostumbrando.

Al mismo tiempo tuvieron la suerte de encontrarse con un grupo que se movía contento de una parte a otra, y el rostro de Gunny se iluminó de pronto con una expresión de estúpida amabilidad, de este modo atravesaron las zonas, tumultuosas hasta que la muchedumbre empezó a hacerse menos densa. Gunny dijo por compañerismo:

—No te quedes atrás —pero Fitch observó un tono de superioridad en su voz y no respondió.

Fitch aún sentía una especie de desvanecimiento de su imaginación. Por un momento, mientras escuchaba los Danzarines de la Muerte, un tibio sentido de arrebato se había hecho en él, un estado de bienestar que se evadió, tan pronto Gunny golpeó al hombre.

Oyó la voz de Gunny. Vio que la tierra se estrechaba, perdiéndose en un cielo de pocas estrellas. Miraba con descontento las formas inconcretas de los viejos edificios en la distancia. Le parecía que todo cuanto ocurría era culpa de Gunny, la pobreza, la miseria y la dejadez de aquellas gentes. Gunny le había impedido unirse a los danzarines. Odiaba el rostro de Gunny y marchando a su lado por la oscuridad podía presentir su falsedad. El destino del hombre estaba en los danzarines, no lo dudaba. Quedaba todavía el recuerdo en su memoria de la entrega total de aquellos seres y el abandono de sus gentes. De un golpe arrojó a Gunny al suelo y saltó sobre él, Sloat le retiró rápidamente y empezó a abofetear el rostro de Fitch.

—Tengo que matarle. ¿No te das cuenta? —decía Fitch.

—¡Cierra el pico! —dijo Sloat sin desdén ni malhumor en sus palabras. Arrancó un trozo de trapo sucio de entre los enseres que había en su impedimenta y amordazó la boca de Fitch. Luego le sentó en el suelo:

—Tenemos que salir de aquí —dijo con avidez en sus palabras—. El menor murmullo nos puede hacer caer en manos de los guardias. Y ahora escúchame...

Gunny estaba a su lado vigilando con precaución. Sloat dijo:

—Ya te dije que el Baile de la Muerte es un desarrollo sicopático, endiabladamente contagioso. Siempre tras esto hay una reacción. Estábamos esperando la tuya. Y se manifestó en tu odio hacia Gunny. ¿Te encuentras mejor? No podemos esperar aquí toda la noche... Vámonos cuanto antes.

Fitch asintió. El odio hacia Gunny había desaparecido con la misma rapidez que se había manifestado. Su mente empezó a funcionar de nuevo. Ahora, sin embargo, se sentía embarazado de disgusto por una civilización en la que un individuo podía estar tan hundido, y en la que él mismo tenía que estar bien al tanto para preservar su salud. Sloat le quitó el pañuelo y Fitch dijo:

—Lo siento Gunny —había una nueva severidad en su voz y una resolución determinada en sus palabras. Gunny asintió.

Aquellas cabañas se iban haciendo cada vez más aisladas y daban paso al campo abierto. Las formas extrañas que Fitch había visto antes, se elevaban ahora ante él, pero con tal magnitud y extensión que de cerca llegaban a ocultar el infinito del cielo. En la oscuridad era difícil verlas claramente pero se apreciaba su magnitud.

—Todo eso es comida —dijo Sloat—. Principalmente producción química que ocupa veinte pisos de alto en muchas millas alrededor de aquí. A medida que los espacios de tierra se hacen menores hay que ganar el espacio en altura. Todo el continente está sembrado de cosas como ésta. Tal vez creas que aquí habría comida suficiente para alimentar a todo el mundo, pero no es así. No se puede contar con la ayuda de la gente. Tienen que estar vigilados a cada momento, de lo contrario no trabajan. Cuando pueden se acercan hasta la comida y engullen de tal modo y con tal avidez que mueren poco después.

—¿Y el agua? —dijo Fitch.

—Nunca hay suficiente. Hasta los niveles de los océanos han bajado. Los pocos ríos que quedan nunca llegan debidamente a su destino, porque el agua es empleada antes de que llegue al océano. Y ahora escucha y te diré lo que vamos a hacer. Un cuarto de milla

más adelante llegaremos a las sendas que hay entre los *stocks* de comida. No nos servirla de nada hacer este trayecto por tierra. Nos cogerían inmediatamente.

—Pero parece que esté desierto todo eso —dijo Fitch.

Gunny repuso con una risita entrecortada:

—Mira otra vez.

Fitch levantó los ojos y los paseó por la extensión de tierra que se abría a su izquierda. De pronto se dio cuenta de que lo que había tomado en un principio por llanas colinas regulares, eran largas formas rectangulares que se elevaban una tras otra en toda la extensión de la vista.

—Cabañas de trabajadores —dijo Gunny— construyen los silos para la comida y, créeme, están muy bien guardados.

—No tendríamos ninguna oportunidad de salir con bien por allí —dijo Sloat—. Ya te dije que tenemos dos hombres allí. Uno es el que guarda de noche en la parte delantera de la primera rampa. No podremos verle, pero él sí nos puede ver. Las rampas se levantan como puentes. Vamos a subir a la primera rampa de sujeción y arrastrarnos por ella, teniendo por encima el nivel superior. No hay más que un espacio de unos tres pies entre ambos, de modo que no podemos ir de pie. Hay que arrastrarse sobre las manos y las rodillas. Si caemos nada puede salvarnos. Hay una altura de treinta metros.

VI

Los tres hombres se arrastraron muy despacio. Cuando estuvieron arriba del todo Fitch miró hacia abajo. Todo era oscuro y los hierros donde se cogían estaban muy fríos. El viento azotaba fuertemente proviniendo de las montañas. Ninguno dijo nada. Los guardas estaban estacionados abajo a intervalos regulares. De cuando en cuando el sonido de sus voces se elevaba con el viento.

Las manos y las rodillas le dolían mucho a Fitch. Él y los otros se habían arrastrado a gatas para que su silueta no se pudiera apreciar desde abajo. Les costó una hora atravesar las rampas. Cuando llegaron al otro extremo Sloat se dirigió hacia Fitch y le dijo:

—Gunny y yo bajaremos por distinta rampa. Tú vienes conmigo. Un guarda estará estacionado a cada extremo y tenemos que quitarlos de en medio simultáneamente. ¿Preparado?

Fitch asintió con la cabeza. Bajar era mucho más difícil que subir. Existía el constante peligro de resbalar. Debajo mismo, un guarda estaba de pie a pocos metros de distancia mirando hacia la oscuridad. Adelantándose a Fitch y Sloat, Gunny se fue hacia él con el sigilo de un gato salvaje. Durante un momento los tres hombres estuvieron rígidos. Entonces Sloat dio la señal de atacar. Juntos saltaron los pocos pasos que quedaban para llegar a tierra. El guarda más próximo a Fitch se volvió sorprendido, pero Sloat salió por detrás y le derribó de un experto golpe en la nuca. Sin embargo, Gunny tenía inconvenientes. El ruido de la reyerta era peligroso. Fitch y Sloat fueron corriendo hacia allí en el preciso momento en que el guarda daba un chillido y caía en tierra. Gunny, Sloat y Fitch, en zigzag fueron hacia un grupo de diseminados y pequeños edificios.

Un vehículo estaba allí esperando y saltaron a él. Gritos de todas

clases se elevaban tras ellos. Se oyó un tiro. El vehículo marchó rápidamente. Sorprendido Fitch se encontró suspendido en el aire a cinco pies del suelo.

—Ya estamos a salvo —dijo Gunny satisfecho—. Nunca lo hubiéramos conseguido si Toby no nos hubiese situado este vehículo esperando. Aquel condenado guardia se movía con rapidez, y no es que yo sea lento.

—Sí que es verdad que eres rápido —dijo Sloat— pero después de todo tenemos suerte. —Hablabla con voz seca. Fitch miró a ambos lados y se apercibió de que a Sloat no le era simpático Gunny en absoluto.

—Pero ¡demonios!, lo conseguimos, ¿no? —dijo Gunny.

—Tienes razón, no podemos operar con la máxima eficiencia siempre —dijo Sloat.

En esta ocasión escondió su antagonismo tan bien, que Fitch se preguntaba si no habría sido producto de su imaginación lo que antes había observado.

—Con este aparato, como ves —dijo Gunny— se puede ir por todas partes, aunque no se eleva mucho y es algo ruidoso. Se le puede retirar con este mando las alas y elevarse un poco más cuando se llega a alguna colina. También funciona como un coche, ya que rueda por el suelo. Antes la nación estaba llena de aparatos como éste. Sloat se entendió para robarlo a los oficiales de Elmira borough. Esto casi le convirtió en un héroe a los ojos de Toby.

—¿Elmira borough?

—Llámale Ciudad 16 si prefieres —dijo Gunny—. El nombre antiguo aún se emplea.

—¿Y cómo es que los campos químicos estaban en la oscuridad? Creo haberte oído decir que trabajaban de día y de noche.

—Y así es —dijo Sloat—. Esas construcciones son antiguas, construidas durante la guerra chino-americana. Rusia y los Estados Unidos eran aliados, sólo que la guerra no terminaba nunca. Así fue como los campos químicos eran camuflados de tal modo que nunca se veían las luces. Desde el aire esos camuflajes parecen montañas. Cuando se construyeron, las montañas y comunas de los alrededores estaban inundadas de árboles, de modo que cubrieron las construcciones con follaje artificial.

—Creí que no sabías nada del pasado.

—Tenemos datos del comienzo de los Rebeldes, pero no más allá —dijo Gunny—. Pensamos que antes el mundo era completamente diferente, pero no estamos seguros. A decir verdad, no me importaba mucho. La gente tiene lo que se merece. Así lo veo yo.

Sloat hizo un gesto de extrañeza y se disponía hablar pero cambió de opinión. Gunny continuó:

—Por la noche no parece que sea así, pero esas colinas están llenas de gente por todas partes.

Fitch no podía ver mucho a causa de la oscuridad, pero llegaba a percibir los senderos y caminos que se abrían a sus pies.

—Las cimas de las montañas están superpobladas y llenas de cuevas y cabañas —dijo Gunny—. La tierra ya no sirve para nada. Está cargada de rocas. Las gentes que viven allí comen raíces y limpian de gente aquellos lugares pero inmediatamente después ya están pobladas nuevamente.

—¿Y qué clase de gente son? —preguntó Fitch.

—Traidores —dijo Gunny malhumorado—. No puedo verlos sin sentirme irritado y enfermo.

—Observo que, como vulgarmente se dice, no tienes pelos en la lengua —dijo Fitch.

—Me alegro de que pienses así —continuó Gunny—. Intentamos hacerlos de los nuestros para que se unieran a los Rebeldes. Toby les habló claramente una noche y ellos le arrojaron por un lado de la montaña. Se odian entre ellos. Van allí, y allí viven para sentirse alejados de la raza humana, y cuyo lugar está tan poblado como cualquier otro sitio. Por todas partes bulle la gente, aunque con ellos va mezclado el odio y cosas parecidas. Tenían un Baile de la Muerte que es famoso. Alrededor de quinientos mueren en esa trágica danza en una noche.

—Un bonito comentario, ¿no? —comentó Sloat.

—Sí. Muy halagüeño. ¿Pero ya que hablamos de estas cosas, cómo es que las carreteras están tan vacías?

Gunny sé encogió de hombros.

—Sólo los ladrones y maleantes merodean por ahí. Cualquiera que tenga algo de sentido común, se esconde en algún agujero y pasa allí la noche hasta que rompe el día. Sólo los campos químicos separan las diferentes subdivisiones de la centrópolis.

—Otra cosa —dijo Fitch—. Mi compañero de celda en la galería

intentó escapar conmigo. Entonces me desvanecí y nunca he vuelto a saber de él, y hemos estado corriendo tanto de un lado a otro que no he tenido tiempo de preguntar por él.

—Quizás le cogieron los guardas de la galería. Llegaron refuerzos inmediatamente —dijo Sloat— y los atacantes fueron repelidos. No se puede culpar a la gente. Estaban hambrientos. Los dirigentes tratan de mantenerlos tranquilos pero un nuevo ramalazo de peste está llegando. Los campos químicos están empezando a reflejar la falta de trabajadores.

Durante unos momentos guardaron silencio. El vehículo continuaba su carrera, pero en aquellos momentos el terreno se hizo más montañoso y Sloat cambió el control del mismo para convertirlo en aéreo y el aparato se elevó.

—Las colinas se hacen cada vez más altas —señaló Fitch—. ¿Acaso nos dirigimos hacia el norte?

El aparato era un biplaza con cabina de plástico. Fitch se sentaba delante con Sloat. Un extraño movimiento desde la parte trasera le hizo volverse, pero era demasiado tarde. Gunny le había metido por sorpresa una mascarilla sobre la cabeza y rió con su característico nerviosismo.

—Lo siento —dijo Sloat—. A partir de este momento nuestro viaje tiene que ser secreto. Pero no te preocupes, que no será largo.

Durante unos momentos el vehículo siguió su curso hacia el frente, pero luego se volvió hacia un lado. Fitch estaba totalmente seguro de que habían variado su dirección completamente y estaban en cierto modo volviendo hacia atrás. Poco después, el aparato fue directo aunque despacio hacia abajo. Sloat y Fitch le ayudaron a bajar pero no le quitaron la máscara. El aire era demasiado tibio para últimos de octubre, pero al mismo tiempo un aire frío salía de alguna parte desde el suelo.

—Vamos a tener un verano muy caluroso —susurró Gunny—, un tiempo muy apropiado para la peste.

Sloat asintió en silencio. Fitch estaba tranquilo, tratando de orientarse. El terreno era húmedo y olía a moho, pero por los recuerdos del viaje que habían hecho, sabía que estaban muy lejos del Chemung River y que quedaba a varias millas al este. Algo se movió a su lado. Pensó en que sería una roca. Sloat quedó a un lado mientras Gunny conducía a Fitch al interior. Luego, la puerta, si es

que eso era, se cerró. Por otra parte la humedad se había acentuado mucho más que en el exterior y los sectores de aire frío eran estacionarlos, como si estuviesen en un lugar provisto de aire acondicionado. Avanzaron uno tras otro y luego cambiaron la dirección, inclinándose directamente hacia la izquierda.

Por un momento Fitch quiso extender la mano pero la retiró inmediatamente. Los muros estrechos estaban llenos de algo que le pareció barro, aunque no era más que la humedad que resbalaba por las paredes. Tras él Gunny vio el movimiento de Fitch y le contuvo. Descendieron algunos escalones. El terreno continuó uniforme. Cuando hubieron descendido completamente, Sloat le quitó la máscara.

Se hallaban en un pasillo largo y estrecho, débilmente iluminado y tan largo que Fitch no podía ver el final. Los muros de piedra estaban estratificados. En el techo se unían apoyándose el uno sobre el otro, como si una vez en posición perpendicular se hubieran visto obligados a unirse a consecuencia de un terrible cataclismo. Se veían puertas a ambos lados. Sloat se inclinó de modo burlesco y abrió la primera puerta.

—Tu habitación para esta noche.

Gunny dijo en tono amistoso:

—Que duermas bien, lo necesitas. Por la mañana te harán varias pruebas de sangre y luego te entrevistarás con Toby.

Fitch miró alrededor de la habitación no creyendo lo que veían sus ojos. Sonriendo todavía Sloat dijo:

—¿No está mal, eh? —Cerró la puerta rápidamente. Una llave dio la vuelta en la cerradura. Fitch se encogió de hombros y se internó en la habitación que le tenía sobrecogido. Nunca había visto un lugar tan lujosamente amueblado. Alfombras cubrían el suelo. Había dos sillones de alto respaldo. Luces tenues brillaban en el techo. Los muros de roca tenían un color verde y al final de la habitación había una cama grande donde no faltaban los almohadones y mantas. Al lado de la cama había una mesita donde reposaba una vasija llena de leche y una bandeja con pastas secas. Un aparador y un espejo habían sido colocados tras la puerta y sobre el aparador habían todos los enseres necesarios para el afeitado. Había también una vasija con agua. Siempre había dormido en un estrecho petate en la galería, y la cama en aquellos

momentos le parecía lo suficientemente amplia como para poder descansar diez en ella. Soltó un silbido. ¡Si Mandy pudiera verle en este momento! A no ser por los pocos ruidos que él promovió, la habitación estaba muy tranquila. El aire llevaba consigo un calor tibio. ¿Por qué le ponían ante tal lujo? Lo tomó como una deferencia que habían tenido con él, pero después pensó que tal vez era la única habitación que había allí.

Tenía hambre y sed, pero no se atrevía, por sospecha, a probar la leche y las pastas que se le ofrecían. ¿Y si estaban envenenados? Echó otro vistazo a la cama con entusiasmo, pero parecía tan atractivo aquel ambiente y aquella cama le invitaba tanto a acostarse, que luchó contra el deseo de tumbarse allí. Se despojó de las ropas que llevaba y se puso un traje de lana que le habían dejado sobre la cama. Aquel traje era extraño y tejido de un modo bastante rudimentario, pero era sin embargo, el más bonito que había visto desde hacía muchos años.

Sintiéndose un tanto loco por los acontecimientos de aquel día y aquel momento, empezó a dar vueltas por la habitación tratando de descubrir algo que le mostrase algún contrasentido. Se acercó a la cama y cogió el almohadón, le dio un puñetazo y lo tiró nuevamente. Luego lo recogió cuidadosamente. Todo parecía normal pero sus dedos descubrieron pequeños nervios como hilos en el interior. Sin deshacer el almohadón, no podía saber lo que había dentro, y al mismo tiempo no quería que se diesen cuenta de que había llevado a cabo una inspección.

A su lado estaba la mesa con las pastas y la leche. Cogió una de aquéllas y la miró escrutadoramente. Tenía hambre como para comerse toda la bandeja. Después arañó un poco una de ellas y algo atrajo la atención de sus ojos. Extendió toda la bandeja sobre la mesa. Las pastas en su superficie estaban cubiertas con una horrible crema seca de color verdinegro. Unas cuantas notas estaban formando el relleno de siete u ocho de ellas. El mensaje decía: «La comida es buena. La cama no. No te fíes».

La letra era casi ilegible, pero la advertencia era patente. Empezó a reír. Comerse la evidencia, se dijo a sí mismo, muy sagaz. Dejó a un lado las pastas, preguntándose quién le habría enviado el mensaje. Se volvió para examinar nuevamente el sospechoso almohadón.

Pero sus temores que sentía acerca del almohadón, no dieron ningún resultado. Frunció el ceño. ¿Debía suponer que el almohadón y la cama eran inofensivos a menos que hubiera alguien escondido sobre el lecho? Miró alrededor buscando algo que se equiparara al peso de un hombre y vio las dos sillas. Rápidamente las puso sobre la cama reclinadas sobre los almohadones, en el lugar donde hubiera reposado su cabeza. Luego se mantuvo a un lado y esperó.

Estaba preparado para todo menos para lo que ocurrió. Empezó a elevarse un suave murmullo. Luego más fuerte. Estaba boquiabierto. Un ruido muy agradable llegaba a sus oídos. Durante un instante estuvo demasiado sorprendido para hacer un sólo movimiento. Entonces se acercó a la cama y apoyó el oído sobre el almohadón. El sonido de gimientes violines era tan agradable que hizo una pausa. Luego rápidamente saltó hacia atrás. La música era totalmente diferente al canto y el ritmo de las Danzas de la Muerte, pero sin embargo era todavía más sugestiva, más atractiva. Era... tentadora. Se separó todavía más.

La curiosidad pudo más que él. ¿Qué era el propósito de todo aquello? Su sentido del humor no le abandonó en aquel instante. Pensó que era muy extraño arrullar a un hombre crecido para que durmiese. Con cautela se acercó a la cama de nuevo. La música tenía ahora un tono más profundo. Pero un hombre que estuviera acostado, debería oírla perfectamente. Esporádicos recuerdos llegaron a su memoria; antiguos recuerdos olvidados de cuando estaba en los brazos de su madre; subconscientes ansias de dependencia y... sumisión; una variedad humillante de sugerencias infantiles. Se separó de nuevo, teniendo que hacer uso para ello de toda su fuerza de voluntad. Su frente estaba inundada de sudor. De pronto la música se disipó. Una voz empezó a hablar suavemente de modo muy confidencial.

En esta ocasión Fitch se adelantó impaciente. Estaba de muy mal humor y quería saber cual era el juego que se traían entre manos los Rebeldes. La voz decía claramente:

—Los Rebeldes son la esperanza de la raza humana... tu esperanza. Los Rebeldes son la esperanza de la raza humana... tu esperanza. Los Rebeldes son la esperanza de la raza humana... tu esperanza. Los Rebeldes... —Se acercó corriendo a la cama y tiró

las sillas fuera de la cama. Desprovista la cama del peso, el mecanismo que accionaba sobre el almohadón se detuvo y la habitación quedó en silencio y tranquila.

Fitch se ensombreció. Las condiciones exteriores le habían atraído. En verdad que el pueblo necesitaba esperanza y ayuda, pero si tales eran las intenciones y propósitos de los Rebeldes, ¿para qué tantos trucos y propaganda? Tal vez se hallaba ahora en una prisión también, aunque distinta a la galería. El reto que le presentaban le exasperó. Empezó a dar vueltas por la habitación. Sus ojos acostumbrados durante tanto tiempo a juzgar la línea y el color, se dedicaron a observar cada detalle que tenía ante sí.

De pronto se le ocurrió que aparentar no haber visto ni oído nada podría ser una ventaja a su favor. Una de las sillas estaba todavía al lado de la cama. Cogió las dos y las volvió a poner sobre el almohadón. Si había algún mecanismo capaz de demostrar si se había hecho uso de la cama, el peso de las sillas haría que tal mecanismo funcionase toda la noche. Ante los ojos de los demás, sería como si el aleccionamiento hubiera sido completo.

Entretanto, decidió aprovecharse de aquel susurro para descansar. Se comió las pastas, bebió la leche y se fue a dormir sobre la alfombra y lo suficientemente alejado de la cama, como para no oír los sonidos que salían del almohadón. Cuando despertó no tenía ni idea de la hora que era. La habitación no tenía ventanas, y aunque pensó que sería muy temprano, no podía asegurarlo.

Se levantó, quitó las dos sillas de la cama y arregló un poco ésta, cosa que le pareció lo más normal. Luego hablando imperceptiblemente para sí, empezó a lavar su rostro y sus manos en la vasija de agua. No hacía un momento que había acabado, cuando una llave dio vuelta en la cerradura. Rápidamente se puso tras la puerta alerta y presto. La puerta se abrió pausadamente.

VII

La puerta se abrió sin ningún ruido y luego volvió a cerrarse. Fitch se escondió tras ella al lado de la vasija que servía para lavarse presto a defenderse si era necesario. Oyó unos pasos y luego apareció la cabeza de Sloat. Se volvió con rapidez. Fitch vio el rostro casi sin barbilla que miraba sorprendido hacia la cama vacía. En tono un tanto extraño preguntó:

—¿Buscas a alguien, Sloat? —Y éste se volvió.

—Vine para ver si estabas levantado.

—¿Estabas muy intranquilo por eso? ¿Te importa mucho? —dijo Fitch. Pensó que Sloat le había lanzado una mirada escrutadora, pero no podía estar seguro, porque el otro hombre escondía sus sentimientos muy bien. Si Sloat era su aliado no lo demostraba. Parecía como que no hubiera dormido en toda la noche. Fitch pensó en mencionarle este detalle pero decidió lo contrario.

—Toby está esperándote —dijo tranquilamente Sloat.

—¿Así como voy? —inquirió Fitch. Se rió señalando el traje de lana que colgaba desde sus hombros hasta el suelo.

—Yo también llevo uno. Es lo corriente aquí.

Fitch se encogió de hombros y Sloat dijo:

—Te darás cuenta de que esta conversación que vas a tener con Toby será una ocasión memorable. Es un hombre poco común. —Hablabla de un modo seco, pero como si quisiese decir más cosas. En lugar de esto Sloat sonrió débilmente y salieron de la habitación.

Una vez en el pasillo Sloat dijo:

—Primero tomarás algo. Tantas enfermedades hay actualmente que ni siquiera tenemos nombre para ellas y no podemos correr riesgos. Por de pronto saneamos tu habitación tanto como pudimos. Hasta las sábanas de tu cama estuvieron tratadas con un

desinfectante especial que se introdujo por tus poros mientras dormías.

—Buena idea —dijo Fitch. Su cuerpo no había tocado las sábanas. Miró de reojo a Sloat para descubrir lo que éste sabía, pero su rostro era inescrutable.

—Toby quería que supieras que hemos tomado precauciones para asegurar tu salud —dijo Sloat, y esta vez había un tanto de ironía en sus palabras.

—Lo agradezco —dijo Fitch, y se detuvieron frente a una de las muchas puertas que había en el pasillo.

—El doctor está aquí. Te está esperando —dijo Sloat. Empujó una puerta y Fitch miró toda la habitación antes de entrar. No tenía ventanas, una silla, una masa y algunos pequeños armarios era todo el mobiliario. Un médico esperaba vuelto de espaldas. Sin ver el rostro del doctor, Fitch le reconoció. Era el mismo que le había tratado antes. Un escalofrío recorrió su espina dorsal pero no permitió que esto se reflejara en su rostro. Por una parte era mas confidente de lo que le había sido anteriormente. Por otra no había «ayudantes» en esta ocasión. No había más que el doctor que sin volverse dijo:

—¿Su nombre?

—Fitch Gary Fitch.

—Ah, sí —dijo el doctor. Escribió su nombre en un libro y le miró. Sus ojos se encontraron. El doctor no daba muestras de reconocerle y Fitch nada dijo. Sin embargo, estaba seguro de que el doctor recordaba el último encuentro que habían tenido.

—Ahora, joven, le daré unos antibióticos —le dijo. Sin embargo, su voz estaba cargada de unos vagos tonos de inquietud y Fitch sintió ganas de reír. Ahora las cosas se habían vuelto de otro modo. El doctor tenía miedo de que se resistiese a sus antibióticos como lo había hecho anteriormente y que rehusase las inyecciones. Y Fitch era de mucha mayor estatura que el doctor.

Aunque se encontraba bastante bien, Fitch sabía que estaba corriendo riesgos, pero estaba seguro de que nada le ocurriría hasta que viese a Toby y necesitaba cualquier protección médica que los Rebeldes le pudieren dar. El doctor le examinó rápidamente. Todo terminó en quince minutos. En la puerta Fitch dijo:

—Bueno, ¿no hay enterradores? —Y vio con satisfacción que los

ojos del doctor mostraban cierto temor.

Fuera, en el pasillo, estaba todavía esperando Sloat.

—¿Tú no tienes mucha confianza en mí, verdad Fitch? —preguntó.

—¿Acaso debo tenerla? No tengo ninguna razón para confiar en nadie.

—Ya sé que has visto a este médico antes —el estoicismo habitual del rostro de Sloat se rompió para dar paso a una tenue sonrisa—. Médicos. Los colegios médicos dan diplomas que no quieren decir nada —continuó Sloat—. No tiene ninguna importancia que la gente tenga tanto miedo a la profesión médica. Este hombre es realmente bueno y no dirá nada mientras nosotros le paguemos bien.

—¿Es un Rebelde?

—Quién sabe —dijo Sloat sonriendo.

Fitch se detuvo para mirar a lo largo del pasillo, que era húmedo y pobremente iluminado. Por primera vez el traje de lana que llevaba le servía para algo; era caliente.

—Y ya que hablamos de esto, ¿dónde guardáis a todos vuestros hombres?

—Yo tengo que llevarte a dar una vuelta por estos alrededores cuando te hayas entrevistado con Toby —dijo Sloat— entonces lo verás todo.

Mientras hablaba, Sloat se volvía y apoyaba su espalda contra el muro de piedra. De pronto un trozo del mismo se abrió dando paso a un pequeño vestíbulo escondido. Entraron dentro, y una vez dentro, la parte posterior del muro de la habitación se volvió a cerrar dejándoles en un amplio estudio.

—Dentro de unos minutos Toby estará aquí —dijo Sloat— buena suerte —y se marchó.

Fitch no hizo nada por detenerle.

La habitación tenía una mesa y una alfombra cubría el suelo. Aquel lugar parecía desierto pero Fitch presentía que estaba siendo observado. Espejos de gran talla cubrían los muros. Había una silla frente a la mesa y se sentó tranquilamente ocultando su impaciencia. La puerta a través de la cual había entrado era la única que podía verse en la habitación. El muro se deslizó hacia un lado, abriéndose. Se volvió reposadamente para mirar al hombre que

aparecía.

Había sido siempre muy metódico al estudiar los detalles. Ahora, le daba al líder de los rebeldes un rápido pero completo examen visual, sin darle muestras de ello. ¿Sería aquel hombre un enemigo o un amigo o ambas cosas a la vez? Toby caminó tranquilamente a lo largo de la habitación. Era casi tan alto como Sloat pero más fuerte, con pelo negro y pequeños ojos. Se movía con una energía poco común. Llegó hasta Fitch sonriendo de un modo extraño.

—Soy Toby. Al fin nos encontramos —dijo.

—Eso parece.

Toby se sentó en la mesa y Fitch se quedó donde estaba antes resistiendo a la natural inclinación de llevar su silla más cerca. Era más pequeño que Toby pero más compacto. Mirándole, Fitch sabía que él tenía una ventaja sobre los otros hombres. No le importaban nada las apariencias, pero a Toby si que le importaban. Con un reflejo de intuición se dio cuenta de más cosas acerca de la personalidad de Toby. Los espejos que colgaban de las paredes y la mesa donde no faltaba el más curioso detalle, por ejemplo. Fitch pensó en todas estas cosas rápidamente y se mostró cauteloso. Había adivinado algo ya, acerca de las debilidades de Toby, pero todavía tenía que saber dónde residía su poder.

Tenía ya alguna idea. Las muestras amistosas de Toby eran más contagiosas de lo que él hubiera deseado admitir. Sabía que aquel hombre le era agradable aunque apenas habían hablado.

—Estás observándome cuidadosamente —dijo Toby con una sonrisa. Esta observación sobresaltó a Fitch.

—¿Que yo...?

—Algo llevas en la cabeza. Estás luchando contra mí y todavía no he abierto la boca.

—¿Acaso espera usted lealtad inmediata sin unas bases para confiar?

—Salvamos tu vida —la expresión en el rostro de Toby se mostraba sonriente—. Tal vez algún día se nos pida explicaciones por esto.

—Eso parece —dijo Fitch. Aunque no dijo nada, la voz de Toby le era muy familiar. Fitch continuó intentando localizar dónde la había oído antes, mientras Toby hablaba, pero no lo consiguió. Dijo:

—Yo quiero saber más acerca de los Rebeldes por una cosa.

Quiero saber qué es lo que estoy haciendo aquí. Quiero saberlo todo.

Toby se encogió de hombros con un rápido movimiento.

—Estoy con un evadido, conversando con un artista. Nunca había conocido antes a ninguno. Pregúntame lo que quieras. Te aseguro de antemano que mis intenciones son las mejores.

Fitch se decidió de pronto a dar a Toby el beneficio de la duda. Pero no iría más lejos.

—De acuerdo —dijo— se me debe una explicación y estoy interesado en oír lo que tienes que decirme. Por ejemplo, ¿qué hay de los almohadones con micrófonos y el espionaje hecho a un hombre mientras duerme? Eso no me parece que sean buenas intenciones —dijo mal humorado— hay algo amenazador en todo esto. No me gusta. No me gustan los juegos.

Una amplia sonrisa se extendió sobre las facciones del rostro de Toby. Riendo respondió:

—Debía haberme dado cuenta de que te percatarías porque no estaba concebido para un hombre de tu calibre.

—Me siento muy honrado por la apreciación que tiene de mí —dijo Fitch—. Pero no se van a beneficiar mucho de mí, se lo anticipo. Mi conocimiento del Exterior puede ser limitado pero estoy aprendiendo muy aprisa y no me gusta ser el hazmerreír de nadie.

—¿Acaso te advirtió alguien en lo de la cama? ¿Cómo lo descubriste?

Fitch decidió que la honestidad ya no debía existir.

—Nadie me advirtió —dijo—, no hace falta ser muy suspicaz para darse cuenta de los hilos que iban por el almohadón.

—De acuerdo. No te guardo rencor por esto —Toby mostró una sonrisa y dijo inmediatamente—: Los Rebeldes son la esperanza de la raza humana, en el caso de que haya alguna esperanza de salvar esta raza. Mi pequeño truco es solamente un medio de disolver prejuicios que podrían ser muy útiles para aquél que aún no ha ingresado en nuestro bando. —Toby hizo una pausa y continuó—: Como sabes, la sección noroeste de la centrópolis está dividida en veinte subdivisiones o boroughs. Bueno, Elmira borough local se sirve de nosotros.

—Dejaremos esto por el momento —dijo Fitch— ahora, ¿qué

hay de los Rebeldes?

—Es usted testarudo, créame —dijo Toby— tenemos alrededor de cuatrocientos hombres aquí, un pequeño número en realidad. Sin embargo, nuestro porcentaje de científicos y doctores es alto. Las condiciones exteriores no les ofrecen apenas posibilidades de trabajo en el exterior y nosotros les traemos aquí. Sin ellos apenas podríamos existir.

—De acuerdo. ¿Qué se propone este grupo?

Toby extendió sus manos sonriendo.

—Sí, todo y ahora.

—De acuerdo. Nuestros propósitos están implícitos en nuestro nombre. Somos Rebeldes contra la vida, tal como ésta se presenta a las masas del pueblo. Creemos que el hombre puede ser una criatura de dignidad, integridad y creatividad. La suciedad, la inanición, todo esto conduce al hombre a la degeneración como una especie biológica, y verdaderamente el resultado será la extinción.

La voz de Toby se elevó. Fitch no pudo dudar ni por un momento más de las convicciones de Toby. Era imposible, escuchándole, no darse cuenta de que aquel hombre estaba convencido de cada una de las palabras que decía. Toby se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—El hombre es una parte de la naturaleza. Debe de vivir de acuerdo con las leyes naturales o desaparecer. Cualquier especie debe de vivir por sí sola. —Toby miró a Fitch un tanto desafiante.

—De acuerdo. Continúe.

—Creemos que las únicas características del hombre, la imaginación, la comprensión psíquica, la simpatía y todas esas cosas, están en trance de desaparecer ahora. Aunque la raza sobreviva físicamente no será la misma raza. No seremos lo suficientemente Inteligentes para reconocer nuestra pérdida de la gracia. Es un infierno. Los tests nos muestran que actualmente nuestra capacidad mental no es tan grande como no lo haya sido nunca, aunque el uso de la misma se haya degradado de un modo sorprendente.

—Admitamos que todo esto es verdad —dijo Fitch—. ¿Qué hay del Gobierno Nacional? ¿No puede hacer nada?

—El Gobierno —dijo Toby con desdén—, ¿qué es eso? No queda más que las cáscaras, pues el resto se ha hundido. En lugar de hacer

cualquier cosa constructiva, impulsa sus energías decadentes para preservar el *statu quo*. El almacén perdura pero queda suspendido en el vacío. Se hacen elecciones pero nadie vota. El pueblo está demasiado ocupado con la única idea de permanecer vivo. Los oficiales se eligen a sí mismos para volver a sus despachos —bajó la voz—. Te diré una cosa. A causa de las deficiencias de dieta y de los horrores de la vida, siete de cada diez de la población son sicópatas. En éstos están incluidos los del Gobierno. No hay ningún sitio adonde ir —paró de hablar—. Su rostro estaba blanco y sombrío a la vez.

—Entonces, ¿cómo justifica usted el relativo lujo de este lugar? —dijo Fitch tranquilamente.

—¿Aún no lo comprendes? —dijo Toby—. Para ser efectivos los Rebeldes deben ser fuertes. Nosotros comemos bien. Creamos condiciones de vida bajo las cuales podamos seguir viviendo con el mejor empleo de nuestra capacidad. Debemos ser solitarios. Sin estas condiciones estaríamos tan pobremente equipados como las masas de gente con las cuales tenemos nosotros problemas. Cuando llegue el momento de actuar tenemos que estar prestos.

—¿Y entretanto qué están haciendo para resolver el problema? ¿Cómo están ayudándoles?

Durante un momento Toby se mantuvo en silencio. Continuaba paseándose por la habitación. Su rostro impasible se reflejaba en la multitud de espejos. El efecto que causaba el modo de hablar de Toby era poderoso. Fitch hizo una mueca. Verdaderamente Toby sentía lo que decía y estaba consciente también de cada uno de sus movimientos.

Fitch dijo nuevamente:

—Le he preguntado cómo se lleva a cabo la ayuda.

—Existimos —dijo Toby.

—Existir, existir. ¿Eso es todo? ¿Y qué ayuda significa eso? ¿Usted existe!

—Existimos como hombres verdaderos, como seres humanos con respeto a sí mismos, con integridad —dijo Toby— existimos como un pueblo a través del cual la raza puede continuar extendiéndose y haciendo crecer sus energías. Existimos como una esperanza y una promesa.

Fitch le miró.

—Usted no sabe lo importante que es esto —dijo Toby—. Escuche. Hemos perdido hasta nuestros orígenes. Durante tres generaciones los hombres han estado viviendo enterrados aquí mismo. ¿Cuántos podrían hacer esto mismo en otros lugares? Esta ignorancia del pasado es patente. Es por lo cual necesitamos hombres como usted que tienen algún conocimiento de lo que hubo anteriormente. Estas galerías han sido cerradas al público cientos de años. El Gobierno no tiene derecho a quitarnos conocimiento de la gente que hubo en otro tiempo.

—¿Y acaso enseñará usted a las gentes lo que existió en otros tiempos? —dijo Fitch.

Por primera vez cogió a Toby sorprendido.

Este dijo:

—Continuaré hasta que la gente pueda servirse por sí misma y comprender. Entre tanto los Rebeldes continuarán trabajando para acrecentar nuestras capacidades. —Luego continuó con una especie de susurro—. Créame, sin esto nuestras manos están atadas.

Esta vez fue Fitch quien hizo una pausa. Después dijo despacio:

—Suponga que usted se da cuenta más tarde que sus ambiciones, sus métodos, están equivocados.

Toby le miró. Dijo sin dudar:

—Entonces cambiaremos nuestros métodos.

—Tal vez le tenga que recordar esto algún día —dijo Fitch.

La conversación había acabado.

—Habrá una reunión general para esta noche —dijo Toby—. Me temo que tengamos otro problema de peste a resolver. Sloat le enseñará el lugar donde vivimos.

—¿No está usted corriendo algún riesgo? ¿Cómo sabe usted que yo no intentaré escapar?

Toby se mantuvo frente a Fitch. En la mesa había dado la impresión de un gran poder, pero ahora, de pie frente a él, parecía estar mucho más débil. Estrechó la mano a Fitch de un modo caluroso, con un gesto casi indefenso y sonrió:

—Corremos riesgos —dijo—, pero no muchos.

El muro se abrió para Fitch. Salió. No había nadie en el pasillo y Fitch trató de recordar por dónde había oído la voz de Toby anteriormente. Le preocupaban otras cosas. ¿Qué había realmente del hombre y qué era lo que mostraba sin sentirlo? Un hombre tan

contradictorio era algo digno de estudiar. No sabía si creer en el líder de los Rebeldes o no, pero le gustaba aquel hombre.

De pronto, mientras Fitch estaba en el pasillo, una corriente fría de aire azotó sus piernas como si se abriese una puerta. A continuación las luces se apagaron y se oyeron unos murmullos y una voz desafiante que gritaba:

—¡Fitch!

Era Mandy Brail, el compañero de celda de Fitch. De esto estaba seguro Fitch. Fue corriendo hacia el otro extremo del pasillo de donde provenía la voz. Luego las luces volvieron. El pasillo estaba vacío. Fitch se detuvo. Luego Mandy gritó nuevamente sólo que esta vez desde un punto diferente.

—¡Mandy! —gritó Fitch.

Sintió otra corriente fría de aire.

—¡Mandy! —gritaba de nuevo.

Desesperadamente empezó a golpear el muro con las manos buscando alguna entrada.

VIII

El muro era inmóvil. Fitch miraba arriba y abajo y por todas partes, pero el pasillo aparecía en silencio. Luego por la parte derecha oyó pasos y vio a Sloat que corría hacia él. Tan pronto como Sloat llegó a su altura susurró:

—No me hagas preguntas. Ya te explicaré más tarde.

—Me lo explicas ahora. ¿Dónde está Mandy? Oí su voz que gritaba mi nombre. ¿Dónde está? ¿Qué es lo que está haciendo aquí?

—Más tarde —dijo Sloat con desesperación.

—Escucha, me siento responsable por él y necesito saber lo que le ocurre. Ya estoy harto de todos estos trucos y me hastía el juego que estáis desarrollando. Si esperas que confíe en ti dime dónde está Mandy.

—Si fuera por mi lo hubieses sabido tan pronto que estaba aquí —dijo Sloat con cierto tono de enfado en su voz—. Si quieres verle, déjame que te dé una vuelta por los alrededores primero y así nada ocurrirá. Te doy mi palabra. Tu amigo está bien. En primer lugar no se esperaba que gritase, si no que sólo dijese tu nombre, para que tú reconocieras su voz. Casi nos ha metido en un lío.

Fitch miró con rara expresión el rostro de Sloat.

—Bueno, te seguiré gustosamente pero no quiero alejarme mucho.

Se fueron por el pasillo hacia abajo. Con voz un poco más alta de lo normal Sloat dijo:

—No tenemos tantas facilidades como quisiéramos, naturalmente, pero verás nuestro cuartel general.

—Pero dijiste que las plagas eran comunes —dijo Fitch— entre nosotros en la galería nunca morían muchos a causa de esto.

—Escucha, vosotros estabais bien aislados y bastante bien alimentados, en primer lugar —dijo Sloat— tú no tienes idea de lo que es esto. Según las noticias que hemos podido recoger últimamente, esta epidemia es verdaderamente un monstruo. En el pasado se han registrado, según noticias, epidemias más o menos fuertes sucesivas. Murieron tantos, que es imposible poder llegar a tener los suficientes trabajadores para procurar comida o hacer cualquier clase de trabajo. Una epidemia y una estación de hambre podría limpiar de la Tierra lo que queda de la raza. Esto en realidad no lo digo yo, sino que es cosa oficial. Tal vez creas que siendo un número tan elevado de seres podamos asegurar la existencia de la raza, pero precisamente esa gran cantidad que somos es lo que agrava las causas de la epidemia.

—Hay algo que no comprendo —dijo Fitch—, si tú sabes todo esto, entonces, ¿por qué el Gobierno no ha hecho prevalecer sus leyes de control de nacimientos? Si los gobiernos federales no podían, entonces, ¿por qué no lo hicieron las divisiones de los estados de borough? Has subrayado el problema, pero a decir verdad, ni tú ni Toby parecéis haber hecho nada para ayudar a estos asuntos.

—Unos cuantos hombres que estaban de acuerdo conmigo intentaron lograr esto en Elmira borough, pero el pueblo no hizo nada por conseguirlo, no votó por ello. —Sloat extendió sus manos con un gesto inútil—. El Gobierno nacional no está de acuerdo con la legislación del control de nacimientos y el Estado y las subdivisiones oficiales tampoco lo están. El inconveniente es que tenemos un grado tal de población, que necesitamos más gente todavía para ayudar a aquellos que lo necesitan porque éstos son incapaces de sostenerse.

—¿Y Mandy? Puedo obligarte a llevarme hasta él —dijo Fitch.

—Te llevaré tan pronto como pueda —susurró Sloat— unos diez minutos y estarás con él —continuó explicando— esta garganta solía estar antiguamente llena de agua. Creemos que había una especie de manantial pero el agua ha debido de derivar hacia otros sitios y ya no había cuando nosotros llegamos aquí. De todos modos hay un pequeño lago al final. De allí sacamos el agua.

Fitch estaba volviéndose loco de impaciencia. No sabía si creer a Sloat o no, pero Sloat parecía ser el único que podía conducirle

hasta Mandy. Sería que lo que Sloat le estaba diciendo podía ser muy importante. Así que procuró centrar su atención, pese al interés que tenía por Mandy.

—No sabes hasta qué punto es importante todo esto —dijo Sloat — piensa que todo esto es un proceso que depende también del quemado del azúcar. Las vitaminas B son esenciales para la combustión de los carbohidratos en el cuerpo. Inositol, ácido glutánico, vitamina E, iniafina. Sin estos cuerpos esenciales se obtiene una degeneración personal. Es imposible para el sistema nervioso central obrar sin ciertos específicos químicos. Sin ellos no podríamos obtener ningún resultado.

Fitch empezaba a interrumpirle, pero de pronto la enorme significación de las palabras de Sloat le hicieron olvidarse de Mandy para concentrarse en aquello.

—¿Quieres decir que las deficiencias dietarlas personales tienen parcialmente la culpa de la baja mentalidad y de la conducta extraña y errática de la gente? Esto parece algo de brujería.

—Brujería o no así es. Nuestros científicos están seguros de que el cuerpo empieza a deteriorarse tan pronto como está privado de nutrinas. La confusión mental sigue con una rapidez sorprendente. Las manías persecutorias siguen a continuación. Los temores son exagerados. Los nervios e insomnios se desarrollan. La personalidad se convierte en algo completamente desorientado. Nada más tienes que darte cuenta de las condiciones de gente que están medio muertos de inanición y de ese modo verás a lo que me refiero.

Mientras Sloat terminaba de hablar, se inclinó hacia Fitch y susurró:

—Haz lo que yo haga y con rapidez.

Luego con una calma extraordinaria continuó:

—Tenemos habitaciones de secado naturalmente. Usamos este proceso a menudo, en cuanto los productos terminados se ven un tanto enmohecidos.

Hizo una seña a Fitch y se movió rápidamente a lo largo de la habitación hacia el otro lado.

—Ahora —dijo Sloat.

Mientras se volvía se pusieron contra una de las bocas y ésta se movió. Fitch se apretaba contra ella. La puerta se abría con tanta facilidad y tan rápidamente, que le hubiera golpeado si no se

hubiese apercibido del movimiento que hacía. Entraron en una oscuridad absoluta. El pasillo era tan estrecho que tenían que avanzar uno tras otro. A medida que iban avanzando se notaba que descendía.

—Ahora estamos bajo los campos químicos —dijo Sloat.

Hubo una nota de inconfundible triunfo en su voz. De pronto el pasillo concluyó. Sloat se metió en la oscuridad, encontró una puerta y la abrió. La habitación estaba tenuemente iluminada. Era un arsenal completo; rifles alineados contra los muros que Fitch apenas podía percibir. Mandy Brail estaba mirándole.

Aquel momento en que Fitch vio a Mandy frente a él no se dio cuenta de lo preocupado que había estado.

—Pensé que te estaban matando por el modo que gritabas —dijo Fitch—, pero ¿cómo llegaste hasta aquí? No sabía lo que te había ocurrido.

—Escucha. No tenemos tiempo ahora —dijo Sloat—. Toby cogió a tu amigo prisionero, Fitch. Quería que lo supieras.

Fitch miró inquisitivamente a Mandy.

—Es verdad —dijo Mandy—. Ellos habían creído que te cogerían a ti también, pero en la confusión que hubo tú te escapaste, de modo que Toby mandó a Sloat y a Gunny tras de ti.

Sloat interrumpió:

—Mejor es que vuelvas, Mandy. Es mejor que Toby no sepa que tú has estado aquí.

Mandy estuvo el tiempo suficiente para susurrar a Fitch.

—Bueno no chilles de ese modo —dijo—, siempre te ha gustado mucho discutir. Ya te veré más tarde —y se fue.

—No comprendo nada —dijo Fitch a Sloat— entonces, ¿tú no eres un Rebelde?

—Es muy complicado —admitió Sloat—, lo dice un Experto en Nutriciones para la subdivisión de Elmira borough de centrópolis. Toby no sabe esto, ni hace falta decírselo. El Gobierno nacional ha requerido a cada borough para que investigue a cualquier grupo fugitivo para descubrir cuántas horas de cada ser humano se emplean en propósitos antisociales. Mayor Lyle me escogió. Sin embargo, en muchos aspectos yo soy adepto a los propósitos de los Rebeldes, junto con un pequeño grupo de otros oficiales, a pesar de que estoy bajo el mandato de Lyle. Y ahora prepárate para una

sorpresa —dijo Sloat.

Se metieron por un estrecho pasadizo que había cerca del pasillo. Sloat abrió una puerta. La habitación en la que entraron estaba llena de luz y Fitch dio un paso atrás sorprendido. Campos químicos se extendían por todas partes hasta donde la vista podía alcanzar. Allí crecía toda clase de plantas que eran alumbradas por potentes equipos de luz.

—Estas habitaciones están en la oscuridad durante mucho tiempo. La oscuridad en ciertos momentos es más importante que la luz. El florigen hormona hace crecer las plantas y no permite que estas plantas se desarrollen si las hojas tienen mucha luz.

A pesar suyo, Fitch estaba intrigado. Se sentía como si estuviera en otro mundo.

—¿Pero qué es todo esto?

Sloat hizo una mueca.

—Zanahorias y patatas. Ciertos cuerpos extraños no permiten que estas plantas se desarrollen. Estas otras que hay aquí son coliflores y alcachofas. Al exterior no se desarrollarían de este modo.

En voz baja Fitch dijo:

—De acuerdo, ya he visto bastante. Ahora, ¿qué el lugar dónde está Mandy?

—Me alegro de que me lo preguntes —dijo Sloat—. Esto es una garganta de tierra natural. Se extiende en unas quince millas. Son todo una serie de refugios antiguos contra las bombas que se han unido.

—¿Están los Rebeldes extendidos por toda la nación?

—No lo sé exactamente. Hay grupos escondidos por todas partes. Una nueva ola de peste se está extendiendo por todas partes y tememos que pueda ser la mayor que hayamos conocido nunca. Creo que el Gobierno nacional quiere reclutar a todos estos grupos y usarlos como trabajadores en caso de emergencia —Sloat frunció el ceño—. El inconveniente es que el Gobierno no es muy enciente y en caso de verdaderos males me temo que no pueda hacer nada.

—¿Fuiste tú quién me envió un mensaje de que no durmiera en mi cama esta noche pasada?

—No. Esta idea de indoctrinación es nueva. Toby me habló de ella por primera vez, de modo que yo no hubiera podido advertirte

aunque lo hubiese querido.

Fitch empezó a reír.

—No importa. Ya hiciste un buen trabajo mostrándome los campos químicos.

—En realidad uno de mis deberes oficiales para el borough reporta esto también.

Durante un momento los dos estuvieron en silencio. La sobriedad de Sloat, se daba cuenta Fitch, estaba comprendida en la posición de un oficial. No sabía hasta qué punto Sloat sería valiente, pero era consciente de lo que hacía. Incluso sus rasgos faciales tenían cierta dignidad. Fitch dijo:

—En este caso, ¿no estás entre los Rebeldes y el Gobierno del borough?

—Desgraciadamente sí. Toby quiere apoderarse de las galerías. Sólo en las galerías se encuentra otro grupo de gente aislada del mundo y bastantes sanos en proporción al resto de la gente. Estos hombres se añadirían al poder de Toby, pero esta pérdida debilitaría la contextura del borough. Sin la constante propaganda puesta por los artistas, el pueblo no serviría para nada. Las masas están tan exhaustas que no tienen fuerzas ni para luchar por su propia sobrevivencia.

Fitch empezó a interrumpirle, pero dijo Sloat:

—Espera, estoy a punto de terminar. Ya ves que Toby se cree que con la adhesión de los artistas a sus fuerzas, tendrá un sólido cuerpo con el cual reconstruir las energías de la raza.

—Bueno, ¿pues entonces dónde está tu punto de desacuerdo con él? —dijo Fitch— eso es poco más o menos lo que ya me dijo en los campos químicos.

—Método —dijo Sloat— creo que tienes que ir despacio y trabajar desde dentro a fuera, eso es, usar la contextura del Gobierno que nosotros ya tenemos.

Llegaron hasta ellos algunos ruidos desde el pasillo exterior.

Sloat cogió un rifle del muro:

—Creo que es uno de mis mensajeros. En ese caso no estarás muy seguro —dijo.

La puerta se movió suavemente. Unos cuantos papeles se colaron por debajo de la misma. Sloat los recogió y los leyó rápidamente. Su rostro grande y triangular se puso blanco.

—Estas son las últimas figuras de la muerte. Veinte han muerto a causa de la peste en la subdivisión borough Binghamton. Esto tal vez no te parezca mucho, pero no me gusta ni un pelo. Esta epidemia o plaga condenada como le quieras llamar, tiene un modo muy extraño de saltar sobre las gentes y borough Binghamton está muy cerca de nosotros.

—En otras palabras —dijo Fitch malhumorado—, que las cosas van de mal en peor. Parece como si los hombres razonables fuesen demasiado tímidos para actuar y aquellos que tienen entrañas suficientes para hacerlo, insisten en no ser razonables.

—Bueno, en estos momentos los oficiales tienen problemas muy acuciantes —dijo Sloat— aunque en realidad viven mejor que la mayoría, pero no mucho mejor. La falta de alimentos alcanza incluso a Washington. Si no se hace algo urgentemente la nación morirá en el caos.

—Pero en realidad la nación está muriendo en el caos en este momento —dijo Fitch— y al mismo tiempo, ¿tú sabías que Mandy estaba aquí?

Sloat asintió.

—Toby se ausenta frecuentemente de aquí... uno de sus viajes incitó a la gente para que saltase las galerías. Entonces cubriéndose en la avalancha, él y sus hombres capturaron a unos cuantos artistas. Entonces fue cuando cogieron a Mandy. No sospechaban que alguien pudiese intentar escapar. Entonces alguien cogió un revólver; esto tampoco lo tenían planeado. Tu iniciativa impresionó a Toby de una manera extraordinaria, y me imagino que él tiene un lugar muy destacado para ti en el esquema de las cosas que se van desarrollando.

—Pero yo no sé si eso me gustará o no —comenzó a decir Fitch.

Alguien golpeó la puerta. Sloat cogió un rifle y abrió. Mandy llegó corriendo sin respiración.

—Pensé que nunca llegaría a encontrar el camino verdadero... tu guardia me envió a Sloat. Dos de los rebeldes llegaron con la peste. Toby les aisló, pero ha ordenado que todo esté cerrado. Todos los contactos con el exterior están aislados.

Mandy se detuvo para recuperar su respiración.

—Muchacho, cuánto darla por volver a estar allá en la galería —dijo con una mueca.

—Sé lo que quieres decir —dijo Fitch. La presencia de Mandy era un alivio. Sabía que no podía contar con él en un caso de emergencia, pero al mismo tiempo se preguntaba cómo podrían salir de allí los dos.

Sloat les miró con aspecto más preocupado del que Fitch le había visto nunca.

—Esto no me gusta un pelo. Ahora todas las informaciones llegan a través de los canales de Toby —dijo— los hombres deben de haber cogido la peste en los alrededores y estamos muy cerca de ellos.

Sloat hizo una pausa.

—Gracias Mandy, será mejor que vuelvas.

—¿Pero por qué no puede quedarse aquí? —dijo Fitch.

—Demasiado arriesgado. Yo sé dónde podremos encontrarle. Podemos encontrarle cuando le necesitemos —le dijo Sloat.

Y se fue. Sloat sacudió la cabeza.

—Me preocupa mucho la reunión que tenemos que celebrar esta noche. Toby puede decidir aprovecharse de la epidemia para atacar la galería, y entonces tendré que enfrentarme a él. Por otra parte ellos me necesitan en el municipio. Me temo que algo grave va a ocurrir y que yo no estoy preparado para ello.

Se volvió hacia Fitch rápidamente:

—¿Si este momento llega, de qué lado estarás?

IX

Una hora más tarde, Fitch se hallaba en la parte posterior de un nutrido auditorio, donde Toby hablaba a los Rebeldes. Las luces eran tenues. Sólo un foco brillaba sobre las facciones de Toby. Más de trescientos hombres se hallaban pegados hombro con hombro, con los ojos puestos en él.

Fitch susurró a Sloat:

—¿De dónde sale tanta gente? ¿De las paredes?

Sloat sonrió:

—No diste la vuelta completa a nuestro cuartel general. En tu visita estaba previsto que conocieras las dependencias de estos hombres, pero no te preocupes pues te lo enseñaré nuevamente.

Toby se mantuvo erguido y quieto hasta que la habitación quedó en reposo total. Una vez más Fitch se sintió impresionado por el efecto dramático que infundía la personalidad de Toby. Se mantenía soberbio ante la audiencia. Volvió el rostro de un lado a otro despacio, escrutando con su mirada el auditorio, de tal modo que parecía conocer perfectamente el rostro de cada uno que estaba allí.

—Os he hecho venir aquí para anunciaros algo muy importante. Las condiciones exteriores están cambiando rápidamente y de un modo drástico. He tomado una decisión que estoy seguro aprobaréis.

Había atraído la atención de todos. Le escuchaban con creciente interés.

—Sin embargo, dejadme subrayar nuestra posición actual antes de continuar —decía Toby. Algunos suspiros se levantaron de la audiencia, oyéndose pies que se movían impacientes.

Fitch miró a su alrededor, pero los hombres más próximos a él reflejaban en sus rostros una expresión de inquietud. Toby señaló la

política general de los Rebeldes y algunas tosecitas se mezclaron con rápidos susurros de anticipación. Fitch estaba más impaciente a cada minuto.

De pronto cesaron los ruidos. Las cabezas se estiraban para prestar atención. Toby había dicho algo importante, pero en voz tan baja que todos quedaron confusos.

—La peste más horrible que nunca hayamos sufrido.

Al oír sus palabras el auditorio contuvo la respiración.

—La peste bubónica en sus aspectos más terribles se está preparando para lo peor. ¿Y por qué? A causa de la estupidez y la incompetencia.

La habitación se mantenía en un silencio total.

—Todos vosotros habéis sufrido ya la experiencia de la peste —siguió Toby— perdisteis a vuestros familiares y seres queridos. Mi corazón va para aquellos en el exterior, que son los que tienen tan poca esperanza. —La voz de Toby se hizo más baja. Extendió las manos y dijo con agudeza—: Sin embargo, debemos pensar en el futuro. Mi resolución es que, si un gran cuerpo de hombres sanos y fuertes no existe como un polo de esperanza para la raza, entonces la raza no tendrá ninguna oportunidad para sobrevivir. Si veinte millones de neuróticos hambrientos consiguen resistir a la peste, ¿significará eso que la humanidad sobrevive?

Hizo una pausa arrojándoles la pregunta y esperando hasta que se hubiesen formado su propia respuesta para continuar:

—¡No! ¡No sobrevive! Qué es la humanidad, ¿sólo una forma física? Yo diría que es más. La humanidad es intelecto, razón y dignidad. Son estas cualidades las que deben sobrevivir y no el número de cuerpos enfermos. Por tanto he decidido este plan para afrontar la peste a modo de emergencia.

Toby hizo una pausa de nuevo. Fitch se inclinó hacia adelante con ansiedad y muchas de las personas hicieron lo mismo.

—Nos quedaremos aquí encerrados y bien escondidos para salvarnos nosotros y también salvar la raza.

Tras esto se elevaron algunos murmullos. Unos de aprobación y otros de desacuerdo.

El siguiente punto electrificó a todos. Sloat soltó una exclamación:

—¡Condenado! Sabía que algo parecido se maquinaba en su

mente.

Lo que Toby había dicho era:

—¡Dejad que la peste les arrastre! Dejad que ésta lleve a cabo lo que ningún medio humano parece puede realizar. Barrer el exceso de población para que los supervivientes puedan continuar viviendo.

Un tumulto se levantó por toda la sala. Fitch estaba sorprendido por la decisión de Toby. Inclinandose hacia adelante, vio a Gunny Bragan. No le había visto desde que se despidió de él y Sloat la noche anterior. Gunny era uno de los que aplaudían la proposición de Toby.

Toby pidió silencio. Los que estaban de acuerdo con él callaron casi inmediatamente. Los otros continuaban gritando. Esperó hasta que el silencio fuera completo.

—Para aquellos que no están de acuerdo tengo algo que decir. El que vosotros os infectéis cogiendo la peste no servirá de nada y nada se habrá logrado. Si podemos confiar en nuestros científicos, entonces esta peste puede ser el punto final.

Pensaron que había terminado, pero Toby tenía otra sorpresa que decirles.

—Otra cosa —dijo. Los rostros se volvieron nuevamente hacia él—. Nuestro sentido de la responsabilidad nos pide que salvemos a aquéllos que merece la pena que sean salvados, a aquéllos que tienen algo que ofrecer, a los que tienen aún una esperanza de recuperación. Cuando las circunstancias nos sean favorables, nos arriesgaremos un poco, iremos a Elmira borough y traeremos a los artistas y escritores de la galería. Tengo un plan que puede llevarse a cabo cuando llegue el momento oportuno.

Fitch miró a Gunny Bragan. El rostro de Gunny estaba lívido. Era obvio que desaprobaba totalmente el salvar a nadie y envolver a los Rebeldes en algo parecido. Fitch refunfuñaba malhumorado. ¿Qué modo era aquel de hablar, de quién merecía la pena de ser salvado o no? Pensó en los limpiacalles arrojando cuerpos de enfermos y exhaustos dentro de los camiones. ¿No estaba Toby tratando de hacer lo mismo pero de modo distinto? ¿Era éste el mundo que había soñado en sus días de galería?

—Un momento —gritaba Toby—. Es un compromiso. Salvaremos a algunos, a aquéllos que tengan la posibilidad de poder

sobrevivir. No hay ninguna necesidad de arriesgar nuestros cuellos para salvar a la subdivisión completa de Elmira. ¿Hasta dónde esperáis llegar? ¿Deberíamos acaso intentar salvar a toda la subdivisión del noroeste? —Elevó el tono de voz y dijo con rabia—: ¡Esas masas de gente no tienen nada que ofrecer a la raza y todos vosotros lo sabéis! ¡Enfrentaos con la realidad! Las masas, con sus costumbres indiscriminadas de alimentación nos han llevado a este extremo.

Incluso aquellos que estaban de acuerdo con Toby se mostraban inquietos. Las luces se hicieron más tenues. Los hombres empezaron a desalojar la sala discutiendo entre ellos. En el momento en que Fitch se volvía, un hombre puso con disimulo una nota en la mano de Sloat. Este la leyó rápidamente.

«Vamos a ver a Toby en su oficina inmediatamente».

—¿Nosotros?

Sloat dijo en voz baja:

—Ya te dije que tiene algunos planes para ti. Vamos a ver de qué se trata.

Toby esperaba en su despacho:

—Bueno, vamos a ver cuáles son tus objeciones, Sloat, y aclarémoslas de una vez —dijo tan pronto como entraron corriendo de un modo especial. Fitch se puso inmediatamente en guardia, dándose cuenta de que Toby anticipaba la oposición y ahora se preparaba para llevarla a efecto.

El rostro de Sloat no mostraba ningún signo de contracción cuando empezó a hablar y Fitch se preguntaba si Sloat se habría apercebido del humor que tenía Toby. Este tenía el aspecto de un hombre presto a defender ante todo su posición.

—Estoy de acuerdo en que sería imposible intentar ayudar a la masa total de la población —dijo Sloat—. Pero hay algo horrible en sentarse cruzado de brazos y dejar morir sin ocuparnos de las circunstancias. Sin embargo, la propaganda suministrada por los artistas es la única arma que las autoridades tendrán para mantener el orden, y hacer que la gente continúe trabajando. No creo que tengamos derecho... a apoderarnos de esa arma y dejarles indefensos.

—Y te sientes impulsado a informar de mi plan a las autoridades, ¿no es cierto Sloat? —dijo Toby con calma aparente—.

Hace ya algún tiempo que tengo noticias de tu doble filiación. Sirvió para mis propósitos en el pasado y va a servir también ahora.

El rostro de Sloat se puso blanco. Toby sonrió de nuevo y se apoyó contra la mesa gozando con aquella escena. El rostro de Sloat no se movió ni un músculo. Sloat dijo con firmeza:

—Muy bien Toby. ¿Dónde vamos ahora?

—Ya os lo diré —respondió Toby—. Vas a servirte de tu posición oficial para introducirnos en la galería cuando llegue el momento. Cuando los padres de la ciudad, como les llamáis vosotros, huyan de pánico, cargaremos a todos los artistas en los camiones del municipio y los traeremos aquí. Mi plan es terrible. Usaremos camiones marcados con el signo de la peste. ¿Quién se preocupará por eso? ¿A quién le intrigará? A nadie.

Toda la entrevista se había desarrollado entre Toby y Sloat. Ahora Fitch se daba cuenta de muchas cosas. Viendo la expresión de su rostro Toby le dijo:

—Es cierto Fitch. Has adivinado. Tú eres el que nos orientará en la galería indicándonos el camino a seguir y convencerás a los artistas para que vengan con nosotros pacíficamente. Contigo tenemos asegurado el éxito.

La puerta se abrió y entró Gunny Bragan. Cogiendo los últimos hilos de la conversación dijo:

—Creo que deberíamos asaltar las galerías y coger cuantas provisiones encontremos.

Toby presumió no haberse dado cuenta de su presencia. Gunny se acercó hasta ellos y se sentó.

—Y... Sloat —dijo Toby—. Si piensas poner de manifiesto que no te sientes lo suficiente hábil como para llevar a cabo ese cometido con toda discreción, entonces podemos capturar a unos cuantos de tus amigos, teniendo en cuenta que tres oficiales son más efectivos que uno.

—¿Y qué hay de la posibilidad de contraer la peste en el momento que se salga al exterior? —dijo Fitch.

Un reflejo de sorpresa se delató en el rostro de Toby. Fitch sabía que Toby había estado esperando que él pusiese alguna objeción a sus planes, pero en cualquier caso, también sabía que éste no se arredraría. Respondió:

—Seremos todos vacunados. La mayor parte ya lo estamos. Si

alguna otra enfermedad se desarrolla, naturalmente nuestras oportunidades no serán tan óptimas como lo son ahora. Por otra parte, Fitch, quiero advertirte que este lugar está cerrado como una fosa. No intentes nada. Nadie entra o sale de aquí sin que antes nosotros estemos preparados para atacar.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes lo mío? —preguntó Sloat de pronto.

Toby le contestó:

—Primero me enteré de que eras un oficial de la subdivisión del borough. Gunny me trajo la otra prueba concluyente de información, al decirme que también espías al Gobierno nacional.

En esta ocasión Sloat no pudo impedir que se notase su conmoción. Fitch sintió pesar por él. Era obvio que al menos esperaba que su afiliación con el Gobierno fuese secreta. Tras Toby, Gunny se reía en voz alta y Fitch le miró con desagrado.

—Y esto es todo por ahora —dijo Toby—. Ya os veré a los dos más tarde. ¡Ah! Fitch, otra cosa. Tu amigo, Mandy. Ya sé que le has visto. Él va bien. —Toby se rió irónicamente y el muro se cerró.

—Vamos a mi habitación —dijo Fitch a Sloat. Le hervía el cerebro. De modo que Toby sabía lo de Mandy también. Condenado hombre, pensó.

Tan pronto como salieron del pasillo Fitch dijo:

—Escucha, antes de que te diga cuáles son mis planes necesito unas cuantas respuestas que me tienes que dar. Me extrañaría mucho que Toby nos dejara juntos mucho rato.

Sloat parecía haber envejecido rápidamente.

—¿Qué es lo quieres saber? —dijo con desgana.

—Toby parece indicar que las autoridades no harán nada por vacunar a la gente, ¿es cierto?

Sloat compuso una triste sonrisa.

—¿Vacunas? Lo dudo. La gente tiene mucho miedo a los médicos. Prefieren entendedérselas con la peste. Los médicos parecen hacerles un favor matándoles. Además, tan pronto como la comida escasee más, se matarán por apoderarse de lo que sea y comerán las peores cosas del mundo. Hablar de vacunas a la gente, causaría un pánico terrible, que se reflejaría con horribles avalanchas humanas.

—Apenas puedo creerlo —dijo Fitch malhumorado—. ¿Por qué demonios no empiezan por establecer un programa de educación

que los artistas mismos podrían llevar a efecto con carteles y otros medios de comunicación?

—No has estado en el Exterior el tiempo suficiente como para comprender todos los problemas y complicaciones.

—He estado en el Exterior el tiempo suficiente como para comprender que nadie da una patada en el suelo, excepto por su propio pellejo. Esas pinturas que yo copiaba durante tantos años me enseñaban más de lo que yo mismo me daba cuenta. Sé lo que la gente ha perdido. Tengo un punto de contraste entre lo que antes eran las cosas y del modo que son ahora. Tengo una visión sacada de esas pinturas de cómo la vida debería ser y voy a luchar por ello.

—No me has comprendido —dijo Sloat—. ¿Qué sacarás gritando lo que crees que puedes hacer? ¿Por dónde empezarás? —Hizo una pausa y luego se volvió. Había abandonado sus maneras premeditadas. Un rasgo de consternación le daba a su rostro un gesto deprimido y secreto—. ¿De qué lado estás? —dijo fríamente.

—Del mío. Del lado del pueblo. Estoy harto de ti y de Toby y de todas esas charlas acerca de las pobres masas ignorantes. Es más fácil hablar sin cesar que hacer algo para remediar, ¿no?

—¿Vas a ponerte del lado de Toby? Si lo haces me llevaré una decepción —dijo Sloat.

—Me estás destrozando el corazón —dijo Fitch con sarcasmo—. Por el momento estoy contigo y los oficiales, pero sólo por el momento y sólo porque conviene a mis propósitos. En realidad no creo que los oficiales abandonen el pueblo como parece indicar Toby. Saldremos de aquí. Vamos a informar a tus amigos y preparemos un ataque contra este lugar. Los Rebeldes van a ayudar al pueblo les parezca bien o no.

Una risa suave hizo volver la espalda a los dos hombres. Sloat había cerrado la puerta pero ahora estaba abierta. Toby se hallaba allí con Gunny tras él. Un revólver lucía en la mano de Toby.

—Yo también tengo mi llave —dijo Toby sonriendo—. No vais a ir a ningún sitio. Gunny cierra la puerta con llave. Sloat, Fitch y yo, vamos a charlar un ratito.

Gunny cerró la puerta y quedó de pie junto a ella con un revólver en la mano.

Un destello de gozo cruzó el rostro de Toby y se volvió hacia Sloat con burla. Sloat era superior a él físicamente, pero en

vitalidad y determinación no había comparación entre ambos. Fitch miraba encolerizado esperando una oportunidad para saltar sobre él. Gunny le cubría y Toby balanceaba el revólver amenazadoramente hacia Sloat. Fitch refunfuñaba. ¿Si él saltase sobre los hombros del uno se ocuparía Sloat del otro? Una cosa le dio esperanzas. Todavía no conocía muy bien a Sloat. Toby se consumía a sí mismo porque descubriría abiertamente su juego, mientras que Sloat reservaba sus fuerzas. ¡Si al menos agotara Toby con sus burlas la paciencia de Sloat y saltase sobre él!

—¿Así es como defiendes tu razonamiento? ¿Con un revólver? —dijo Fitch.

Con rapidez Fitch saltó sobre Toby. Le cogió por sorpresa y le hizo soltar el revólver que llevaba en la mano, pero había olvidado la rapidez de movimientos de Gunny. Este, con su agilidad característica, saltó sobre él y le arrojó al suelo. Toby recogió el revólver y cubrió a Sloat. Luego dijo:

—Tengo que reconocer que eres duro. De acuerdo, Gunny. Deshazte de él.

Gunny tenía el revólver pocos centímetros de su rostro. Por un instante Fitch pensó que Gunny iba a disparar sobre él, pero éste se echó a reír y bajó el arma.

—Desde luego lo podría hacer fácilmente —dijo sonriente.

—Bien, Gunny, el mocito no se ha asustado mucho. Ahora ya sabes dónde llevar a Sloat —dijo Toby—. Perdona que te pongamos bajo llave, Sloat, pero eres muy importante para nosotros por tu capacidad de oficial.

—Tengo una idea excelente para pasar el tiempo. Me puedes enseñar a pintar, mientras esperamos que pase la peste.

—¿Pretende que te dé clases de pintura mientras muere gente a centenares?

—Todos los Rebeldes trabajan en algo útil para evitar el pánico y el aburrimiento. A nadie le está permitida la entrada o la salida de este lugar y como eso ataca los nervios, para evitarlo les tengo ocupados. De momento, te aconsejo que no tengas ideas propias, pues aún tengo este revólver en la mano.

Gunny se llevó fuera a Sloat. Fitch se preparó con intención de saltar de nuevo sobre Toby, pero Gunny entregó a Sloat a otro que había fuera y volvió inmediatamente. A partir de aquel momento

Toby y Gunny estaban con él constantemente. Si el uno salía de la habitación el otro ocupaba su puesto. Fitch buscaba otra oportunidad para escapar. Al principio se negó a dar a Toby lecciones de pintura, pero al fin se decidió, esperando así se le diera una ocasión para poder hacerse con él.

Toby se metió de lleno en las lecciones. Fitch decía:

—¿Pero cómo demonios puede pintar sabiendo lo que ocurre ahí afuera?

—Mi pintura no hace aumentar los muertos por la peste, ¿verdad? —dijo Toby con endemoniada lógica—. Siempre me concentro con lo que estoy haciendo. También tú puedes disfrutar. No se lo diré a nadie.

Aún a pesar suyo, Fitch hizo una mueca de desesperación:

—¿Dónde cogiste todos los útiles necesarios para la pintura?

—Robados de la galería —dijo Toby con calma.

Fitch rió. Durante los últimos días había conseguido al menos parcialmente la confianza de Toby. Aunque el líder de los Rebeldes se mostraba alerta y suspicaz. Fitch descubrió una cierta animadversión entre él y Gunny y trató de servirse de ello para sus fines. Intentó no ser muy impulsivo adelantándose a las circunstancias, pero al fin la ocasión llegó.

Comenzó de un modo inocente. Él y Toby estaban hablando de Sloat mientras Gunny les escuchaba de un modo aburrido y displicente. Toby dijo:

—Sloat y un grupo de oficiales están de acuerdo con nuestros fines. Si hubiesen seguido sus propias convicciones, hubieran conseguido algo. Incluso consiguieron que los científicos trabajasen en la búsqueda de anticoncepcionales, pero las experiencias se vinieron abajo cuando estaban a punto de probarlo. Sloat y su bando fueron rechazados por el resto de los oficiales y entonces le enviaron aquí para espiarme y observar cuanto ocurre.

—No comprendo por qué no te limitas a asaltar los alrededores y las galerías y de ese modo reforzar nuestras provisiones. ¿Por qué correr el riesgo con un plan que depende tan sólo de Sloat? En primer lugar para nada necesitas los artistas.

—Tú lo comprenderás Fitch, aunque Gunny no. —Dejó a un lado el pincel. Uno de ellos estaba siempre cubriendo a Fitch y Toby automáticamente cogió el revólver para dejar descansar a Gunny—.

Yo veo las cosas así —continuó Toby—. Veo que el mundo se desmorona de podredumbre y suciedad y que el futuro nos llama pidiéndonos una nueva forma. Siendo un artista deberlas comprender mi impaciencia. He hecho cosas de las que no me siento orgulloso, pero tampoco me disculpo ni pido perdón por ellas.

—¿Y por qué me dices todo esto?

—Porque quiero que sepas que es muy fácil para Sloat y los suyos señalarme con el dedo, pero nunca hicieron más que dejar las cosas en un *statu quo*, tal como estaban y luego quejarse porque nada ha cambiado. —Los ojos de Toby se estrecharon—. Te diré una cosa —dijo— me meteré entre esa peste yo mismo y me apoderaré de los artistas ante las narices de los oficiales. Cuando la centrópolis no tenga más que muertos por doquier, la quemaré y empezaremos de nuevo. La justicia es la justicia. Deja, pues, que la peste haga su cometido.

Golpearon la puerta. Uno de los Rebeldes entregó a Toby un trozo de papel que éste leyó nerviosamente.

—Es la relación diaria de la muerte. Setenta y tres en el departamento de Elmira. En Binghamton borough todavía es peor. Allí doscientos tres. No tardaremos mucho en que habrá tal confusión que podremos ir a cumplir nuestros propósitos.

—No creo que por adoptar la postura que usted quiere hacernos ver, nos convenza de que le preocupa la raza, porque si no, ¿cómo estar ahí sentado sin hacer nada? —espetó Fitch. La relación de muertos hasta el momento le había sobresaltado—. Haga algo por ayudarles.

El rostro de Gunny se puso lívido:

—¡Tú te callas!

—Fitch no va a cambiar mi opinión en nada, Gunny. Cálmate —dijo Toby—. Sólo vamos a mirar detalladamente algunas cosas.

—¿Sí? Pues no me gusta que miréis nada detalladamente —dijo Gunny sospechando y mirando detenidamente a Fitch. El corazón de Fitch latió con todas sus fuerzas. ¡Si pudiera hacer saltar la chispa entre Toby y Gunny! Miró a hacia Toby y dijo:

—No comprendo para qué quiere un cerdo como éste, tan inhumano, entre los Rebeldes.

Como esperaba, Gunny saltó sobre él, pero ya estaba presto al

violento ataque de Gunny. Arrancó el revólver de su mano mientras Toby iba hacia ellos y Fitch ponía a Gunny frente a él a modo de escudo. Gunny sacudía la cabeza violentamente pero Fitch le tenía su brazo alrededor del cuello mientras que con la otra mano apuntaba a Toby.

—¡El que grite lo dejo seco aquí mismo! —dijo.

Toby le miraba:

—¿También te atreverías a dispararme?

—¡No lo dudes!

Abrió la puerta, tiró a Gunny contra el suelo y echó a correr por el pasillo. Sabía que le perseguirían despiadadamente. Gunny apareció de nuevo ante la puerta. Disparó dos veces contra Fitch pero éste se mantenía pegado al muro. Luego fue a parar a otro pasillo. Allí había una oquedad donde se metió. A los pocos minutos Gunny pasó corriendo por allí. Ruidos de pasos de otros Rebeldes llegaron hasta él. Eran hombres que acudían a la llamada urgente de Toby. Fitch empezó a pensar en qué sería lo mas conveniente para él. Estaba indeciso. Se arrepintió de no haber cogido a Gunny como rehén, pero luego pensó que hubiera sido muy difícil de manejar. Con rapidez se decidió buscar el estudio de Toby.

Empezó a buscar por el muro el mecanismo de abertura que encontró fácilmente. El muro se abrió y entró en el pequeño vestíbulo, e inmediatamente la puerta se cerró tras él. La primera parte de su plan se había desarrollado con éxito, pero la segunda parte era la más importante. Tenía que encontrar a Sloat y Mandy. Tenía que encontrar la salida de los cuarteles generales de los Rebeldes antes que lo atrapasen. Se apoyó contra el muro para recuperar la respiración y entonces tocó el trozo de roca que abría la puerta de la habitación privada de Toby.

Oyó una voz y se irguió con el revólver preparado.

Era una muchacha. La reconoció en seguida. Era Janice, la muchacha que le había dado cobijo la noche de su fuga de la galería. Ella se sorprendió tanto como él. Pero con tono amigable exclamó:

—¡Tú! ¿Qué haces aquí? —Entonces frunció el entrecejo y dijo malhumorada—: ¿Bueno, vas a disparar sobre mí o no? Quiero salir de aquí.

Él respondió:

—No estoy seguro. Creo que será mejor que salgamos, antes de que nos encuentren los sabuesos de Toby. ¿Puedo preguntarte qué haces aquí?

—¡Oh! Ya te lo diré más tarde, pero no haré nada que perjudique a Toby.

—¿Y quién te dijo que lo hicieras? ¿Sabes cómo salir de aquí? Quiero recoger antes a dos amigos. Sloat y Mandy. ¿Sabe dónde guarda Toby a los prisioneros?

—Sí —ella le cogió por el brazo y dijo angustiada—: Pero tienes que llevarme contigo. Ya te explicaré más tarde.

Se oyó ruido de pasos por el pasillo. Se detuvieron. Fitch contuvo la respiración. La voz de Toby se dejó oír clara y aguda:

—No hace falta mirar en mi despacho. No se habrá escondido allí. —Los pasos se alejaron.

Janice dijo:

—Toby no quiere que me encuentren. Muchacho, has tenido suerte... ¡Oh!, deja de pensar eso. No es lo que tú crees.

Esperaron un poco más. Janice parecía ensimismada. Luego dijo:

—Bueno, vamos. Gracias a Dios que tienes un revólver. Si yo lo hubiera tenido, ya haría tiempo que estaría fuera de aquí. —Salieron al vestíbulo y se detuvieron—. No oigo nada —dijo ella. Fitch se estrechó contra el muro y oprimió algo. La puerta se abrió. Salieron al pasillo de entrada. Janice avanzó rápidamente y él la siguió hasta una roca que estaba disimulada a un lado.

—Aquí están los prisioneros —susurró ella—. ¡Date prisa!

Entraron por allí con el mayor sigilo posible. Las luces brillaban a los pies de las escaleras desde una de las puertas de madera.

—¡Chist! Hay un guarda un poco más allá del final de este muro. Tendrás que saltar sobre ellos pero no hagas ningún ruido porque hay otro en el interior y se enteraría en seguida.

Ella le miró con impaciencia y él vio cómo sus ojos se mostraban enormes y preocupados por la angustia de aquellos momentos. Él se fue hacia adelante. El guarda gritó una vez antes de que Fitch pudiera desembarazarse de él. Le dio un uppercut, luego otro, y el guardia se derrumbó sobre el suelo.

Janice le cogió las llaves mientras Fitch luchaba con él. Por un momento la lucha parecía igual. Fitch no quería emplear el revólver a menos de verse obligado a hacerlo, pero mientras el guardia se

revolvía a sus pies, Fitch le golpeó en la nuca con el revólver. Él y Janice corrieron hacia la habitación de al lado.

Había siete celdas pero todas estaban vacías excepto dos. En estas se hallaban Sloat y Mandy asidos a los barrotes en espera de ver lo que ocurría.

—No sé si dejaros salir o no —dijo Fitch.

—No creo que sea el momento oportuno para bromear —dijo Janice—. De prisa, por favor, ¿quiere?

—Es... ¡ah!, una amiga de Toby —Sloat dijo rápidamente.

—Sin ella no hubiera llegado a tanto ni tan lejos —dijo Fitch—. ¿Cómo saldremos de aquí, Janice?

Empezó a responder y luego se detuvo, para susurrar más tarde:

—Sentí una corriente fría de aire que azotaba mis piernas. Alguien abrió la puerta frente a las escaleras. Han debido registrar el despacho de Toby y descubierto que ya no estaba allí. Seguidme. Estarán sobre nuestros pasos en un minuto.

Fitch abrió las celdas. Corrieron todos por la puerta del extremo, yendo a la cabeza de todos Janice. El pasillo estaba oscuro y el suelo resbaladizo. Corrían con la mayor rapidez posible y haciendo el menor ruido posible. Mientras el ruido de sus perseguidores se acercaba.

—Nunca lo conseguiremos —dijo Janice.

—¡Espera!

Antes de que Fitch pudiera detenerla, ella dio inedia vuelta y se lanzó rápidamente al pasillo y cerró la puerta.

—No sé si esto servirá de algo o no. Tendrán que volver sobre sus pasos y coger el otro juego de llaves —dijo ella.

El pasadizo se había convertido en un túnel. Había rocas que colgaban peligrosamente de los muros. Por detrás les llegaban gritos coléricos. Los Rebeldes habían descubierto la puerta cerrada.

—Espero que no lleven consigo el juego de llaves de repuesto —dijo Mandy.

De pronto observaron que el suelo del túnel hacía pendiente. Aire frío entraba por las grietas.

—Ahora vigilad —dijo Sloat—. Es posible que haya guardas por aquí.

Apenas había terminado de decirlo, cuando las rocas de los muros desaparecieron y el túnel alcanzó el exterior. Estaba oscuro.

Estaban en la falda de una montaña mirando directamente hacia tres guardas que vigilaban. De momento nadie se movió y luego todo fueron gestos y aspavientos. Les estaban persiguiendo y los guardas estaban buscándoles, mientras que Fitch y su grupo ya estaban cansados de correr. Los guardas corrieron tras ellos. Janice escapó de uno de ellos. Sloat aplastó a otro sobre las rocas. Fitch dejó fuera de combate a uno de los guardias. Sloat estaba todavía debatiéndose con el tercero, mientras Fitch y Mandy venían en su ayuda. Janice, por su parte, estaba haciendo correr tras ella a un cuarto, pero Fitch tuvo que venir en su ayuda. Se oían gritos procedentes del túnel. Janice empezó a correr hacia la parte más baja de la colina. Uno de los guardas casi le dio alcance. Pero tuvo que dejarla, por fin.

—Tenemos que llegar hasta los camiones —gritó Sloat.

Fitch y Mandy le siguieron. En aquel momento los hombres de Toby salían por la boca del túnel. Sonaron algunos disparos.

Janice y Sloat llegaron al final de la pendiente con Fitch y Mandy tras ellos.

—¿Por qué no nos siguen ahora? —dijo Sloat. Entonces Fitch se dio cuenta de que sus perseguidores se habían detenido. A pesar de todo corrieron tal vez más deprisa para cogerles ventaja en el caso de que quisieran reanudar la persecución.

—Esto no me gusta. ¿Por qué se han parado? —murmuró Sloat—. Fitch miró hacia atrás. Los Rebeldes discutían entre sí. La palabra «peste» se había extendido. El miedo era el muro que les detenía. Tenían miedo de exponerse mucho al exterior. Entonces Toby gritó:

—¡Seguid tras ellos, idiotas!

Unos cuantos de los más valientes se adelantaron. Después siguieron todos. Como si se hubieran repuesto de su miedo y parecían haber logrado mayor fuerza y agilidad. El bando completo se extendió por la ladera.

De pronto las luces se encendieron. Los camiones no estaban más que a unos pasos de distancia, pero el velo de las sombras se había extinguido.

—¡Rápido o no lo lograremos! —gritó Fitch.

Eran Sloat y él quienes iban delante. Sonaron nuevos disparos. Se dieron cuenta del nuevo peligro que les acechaba y corrieron con

todas sus fuerzas hacia los camiones.

X

Los hombres de Toby se lanzaron hacia adelante, pero aquellos momentos de duda les habían perdido. Fitch y Sloat alcanzaron uno de los camiones. Mandy y Janice les seguían. Sloat puso en marcha el motor. El camión se movió acelerado a fondo. Los hombres de Toby apuntaban a las ruedas, pero el camión seguía su marcha hacia la salida, una estrecha abertura en las rocas que conducía al otro extremo de la montaña y la carretera. Sloat añadió:

—Esta condenada entrada tiene una roca en el centro. Tú y Mandy saltad y apartarla a un lado mientras yo reduzco la velocidad.

Tras ellos otros camiones les seguían. Fitch y Mandy saltaron del camión y pusieron la roca a un lado de la carretera en el momento preciso. Volvieron a subirse en el camión y Sloat aceleró de nuevo la marcha para sacarles de allí. Ahora los tiros se oían más cerca. Por un momento el camión resbaló. Fitch pensó que era una de las ruedas que había sido alcanzada, pero no había sido otra cosa que Sloat había cogido una curva demasiado cerrada. Fitch miró hacia atrás. Los hombres de Toby se habían unido a la salida.

—Toby no nos sigue. No quieren correr el riesgo de exponer a ninguno de ellos, a la peste.

Dijo Sloat:

—Lo hemos conseguido.

Fitch se volvió hacia Janice. Ella estaba sentada delante mirando a través de la ventanilla hacia la oscura carretera.

Al cabo de unos instantes Fitch preguntó a Janice.

—Sí eres tan leal a Toby, ¿cómo es que me advertiste de lo que ocurría en mi lecho? Porque fuiste tú, ¿no es eso?

—Tú me salvaste la vida una vez —dijo ella defendiéndose—. Tú

me sacaste del camino cuando alguien me arrojó una piedra. Además me sentía culpable, porque sabía quién eras. Toby no iba a hacer otra cosa más que enviarte a su cuartel general, pero tú te empeñaste en salir en busca de un médico, aparte de otras cosas estúpidas que se te ocurrieron.

—No dejes nunca que un médico te vea —dijo Sloat.

Fitch hizo una mueca. Estaba exhausto, pero alerta. Mientras corrían a toda velocidad trató de perfeccionar el plan que había ido elaborando en su mente.

Sloat dijo:

—Cuando hayamos llegado al Municipio, ¿dónde iremos?

—Al edificio principal donde está el Mayor. Vamos a entrar directamente en la boca del lobo.

—No os servirá de nada. No os dejarán entrar.

Habían llegado a un sector que estaba poblado. En algunos momentos el camión era más un impedimento que una ayuda. Por regla general las masas que llenaban las calles por las noches caminando de un lado a otro de un modo errante, les impedía la libre circulación. La gente rehusaba abrir paso al camión, hasta que Sloat apretando el acelerador les amenazaba con atropellarles. Se abrieron paso a través de los grupos inmensos que llenaban la plaza. Los altavoces gritaban:

—¡Trabajo, trabajo, trabajo. Adelante, adelante, adelante!

Los cuadros seguían colgando con su movilidad grotesca que le infundían las bombillas de neón.

—Es increíble —dijo Mandy. Su rostro estaba blanco y Fitch terminó riendo. Esta era la primera experiencia de Mandy con el borough. Él había sido llevado directamente al cuartel general de los Rebeldes desde la galería. Sin embargo, entró cerca de Janice como si quisiera protegerla. De cuando en cuando, ella lo miraba con el rabillo del ojo.

—Aquí está —dijo Sloat señalando. Aunque era la noche muy entrada, el edificio del Municipio estaba inundado de luz. Se elevaba a una altura de unos veinte pisos por encima del caos que mostraba la plaza. Sloat no pudo contenerse y soltó una imprecación. En aquel lugar había tanto ruido que muchas de las gentes no habían oído siquiera el camión y tenían que pararse y hacer sonar el claxon, acelerando el motor hasta que la masa de

gente se hacía a un lado.

Fitch dijo:

—Ahora veo por qué el vehículo con el que fuimos hasta el cuartel general de Toby, aquel que volaba, era una ventaja tan grande. Se puede pasar por encima de toda esta gente sin rozar el suelo.

—Los camiones son más fáciles de alcanzar —dijo Sloat.

—¡Eh!, ¿qué ha ocurrido? Mirad. La muchedumbre se hace menos densa —gritó Janice.

De pronto un trozo grande de la plaza quedó vacío. Los altavoces gritaban, las pinturas seguían mostrando su colorido, pero la gente parecía desvanecerse en el aire. El área que quedaba vacía era un amplio bloque. A ambos lados la masa de gente estaba como de costumbre.

—Qué demonios... —empezó a decir Fitch; pero Mandy le interrumpió.

—¡Mira allí! —gritó Mandy.

Sloat se detuvo. Un cuerpo yacía sobre la acera donde había caído con un trozo de pan seco al lado de sus manos.

—No bajen —dijo Sloat rápidamente— puedo decirles que es la peste, sin acercarme. Mirad el color púrpura de la piel. No es una sombra. Si le dieseis la vuelta veríais que sus labios están azules.

Mientras miraban horrorizados, una mujer salió de un lado del edificio y corrió hasta el muerto.

—¡Peste! ¡No lo toque! —le gritaba Sloat a la mujer.

Pero mientras ellos miraban ella se volvió con su rostro de amargura y desesperación. Con un rápido gesto cogió el trozo de pan seco del suelo que estaba al lado del cuerpo y desapareció. Todo ocurrió en un segundo.

—Se lo comerá. Seguro que sí. Tal vez esté ya infectada —dijo Sloat—. Corren cualquier riesgo con tal de tener algo de comer.

—Lo mismo harías tú si tuvieses tanta hambre —explicó Janice. Pero su rostro estaba blanco. Su pelo negro parecía colaborar intensificando su palidez—. Nunca pensáis que tal vez os ocurra a vosotros —dijo—. Cuando esto ocurre, siempre habláis de un modo despectivo pensando que nunca os pasará.

—Toby te ha vacunado, ¿verdad? —preguntó Fitch.

—Oh, claro que sí que estoy vacunada —dijo ella. La plaza

estaba llena de gente nuevamente pero Janice continuaba mirando hacia atrás. Siempre he tenido mucho miedo a la peste—. Eso es todo. Yo vivía en esta plaza y no en ningún departamento oficial como Sloat. —Ella le dedicó una mirada colérica y dijo—: No iba a quedarme encerrada en aquellos sótanos. Los odiaba. En ellos parece que no tienes bastante aire para respirar.

Mandy hizo un ruido característico con la boca y puso sus brazos alrededor de la muchacha.

—¡Cuidado! —gritó Mandy de pronto.

Un camión del Gobierno venía corriendo a través de la calle. Estaba pintado de negro y tenía los signos de huesos blancos de la muerte. Gritando la gente se hacía a un lado. Era el camión de la peste. Mientras seguía su camino, forzó a Sloat a meterse por una calle hacia una muchedumbre que llegaba en dirección contraria.

—Ajá, éste nos ha pasado cerca —dijo Sloat—, al menos éstos están recogiendo los cuerpos de las víctimas que hace la peste. Esto ya es algo.

Se acercaron a otra plaza. «Trabajo, trabajo, trabajo», dictaban continuamente los altavoces. Un hombre de unos tres pies de alto cayó al suelo, tanto por estar exhausto como por enfermedad.

Fitch dijo malhumorado:

—¿No podemos ir más deprisa?

Sloat le miró sorprendido. Al fin se aproximaron al edificio del municipio y se detuvieron en la puerta. Todas las luces estaban encendidas. Masas de gentes curiosas estaban en el exterior.

—Es extraño —dijo Sloat—, antes nadie venía por aquí. Seguidme y veremos lo que ocurre.

Sloat mostró su carta de identidad a un guarda.

—Estos vienen conmigo.

El guarda los dejó pasar a una sala de espera desierta. Un ascensor estaba abierto sin ayudante y entraron en él.

El ascensor se detuvo. Caminaron por el pasillo. Todas las luces estaban encendidas pero no se veía a nadie. El rostro de Sloat adquirió cierta preocupación. Las puertas abiertas de los pasillos dejaban ver las sucias mesas ante las ventanas. Al fin se oyeron voces viniendo del final del pasillo.

—Debe de ser una reunión general —dijo Sloat. Pareció tranquilizarse y su rostro se hizo más normal. Él y Fitch iban

delante con Mandy y Janice detrás. Janice miraba alrededor, impresionada por aquel lujo. De pronto un grupo de hombres atravesó una puerta abierta en la distancia y fueron hacia Fitch y Sloat.

Sloat llamó a uno de ellos.

—¡Eh, Bob!, soy Sloat. ¿Qué ocurre? ¿Discutiendo las medidas a tomar contra la peste?

Bob pareció molestarse.

—No seas loco —dijo el hombre brevemente.

—Es un miembro del concilio de la ciudad —dijo Sloat.

Y entraron por una puerta del final del pasillo.

—Mayor —dijo Sloat. Y como el hombre no se volviera, repitió —: Mayor Lyle. —Él y Fitch entraron en la habitación.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo el Mayor en tono apagado.

—Queremos hablar con usted acerca de la peste —dijo Fitch.

—Hablad. Es algo más de lo que cualquiera hará —dijo el Mayor. Era pequeño y de estrechos labios. Se volvió dedicando una extraña sonrisa y sentándose detrás de su mesa.

—Tenemos un medio para combatir la peste —manifestó Fitch con soberbia—. Sabemos que más de ciento setenta hombres han muerto aquí hoy.

—Ciento ochenta y siete exactamente —dijo el Mayor—. Pero mañana el total será mucho más elevado. Ahora, decidme cuál es vuestro plan, si perdonáis mi curiosidad, y cuál es el significado de esas camisas de noche que vestís.

—Ropas de los Rebeldes —dijo Sloat—. Estos dos eran prisioneros de los Rebeldes. Siempre visten de este modo.

—Siento no poder distinguir en ellas ninguna mejora —dijo secamente el Mayor Lyle—. Ahora decidme de vuestro plan.

—Yo dejaré que hable Fitch —comenzó Sloat—. Es un artista...

—No me importa lo que es o lo que sepa —explotó el Mayor—. No he dormido desde hace una semana. El Municipio me necesita. No he pensado en otra cosa que en la peste, hasta casi volverme loco. De modo que si tenéis alguna idea hacédmela saber. Si os sirve de algo, os diré que escucharía a cualquier idiota que me trajese alguna sugerencia.

Fitch se inclinó hacia adelante y comenzó a hablar firmemente y con rapidez. Este era el hombre a quien tenía que convencer. Sloat

le miraba inquisitivamente y Janice entró en la habitación, deteniéndose solamente cuando la palabra de Fitch le dejó inmóvil.

—Propongo que convierta la galería en un albergue hospital. Se vacune a los artistas contra la peste y se les movilice para ayudar a combatirla. Podríamos extender una barrera tan larga en extensión como pudieran nuestras fuerzas, para evitar que la peste se extienda. Sloat me dijo que refugios antiguos contra los bombardeos hay por todo el Municipio. Desinfectarles, limpiarles y evacuar tanta gente como sea posible. Tenéis un producto que repele a las ratas. Debéis extenderlo por todas partes. Haced que el Estado del Gobierno o el Gobierno Nacional declare este lugar como un área de emergencia. Debe dirigir un ataque contra los Rebeldes para forzarles a añadir sus provisiones a las nuestras. Vacunar a cada uno.

—Supongo que usted estará por aquí para supervisar —dijo el Mayor Lyle.

—Así lo espero.

—Sin embargo —continuó el mayor—, hay unas cuantas cosas que usted debería saber. Sloat le ha debido decir que hay una dificultad para vacunar, a la masa de la gente. Estas gentes prefieren caer muertos antes que confiar en los médicos.

—Vacunaremos a todo el pueblo —dijo Fitch con firmeza.

—Eso es lo primero —dijo el Mayor.

Fitch continuó:

—Yo digo que los Rebeldes tienen provisiones. También tienen buenos médicos y científicos. Tenemos un grupo de hombres que están fuertes y vacunados para luchar contra todo. Con los Rebeldes y los artistas juntos, tendríamos una oportunidad para vencer. Tendríamos una esperanza si nuestro ataque tuviese éxito, si pudiésemos limpiar completamente los refugios contra los bombardeos, si pudiésemos extender una barrera para separar a las gentes que están infectas de las que no lo están, si antes de hacer todo esto, nosotros mismos no hubiésemos muerto ya.

El Mayor Lyle se puso en pie.

—Mirad esa ventana —dijo—. En el Municipio sólo tenemos setenta mil personas y no es una entidad geográfica. Coge a setenta mil personas y únelas a otros millones y di: «Ahora esto es un Municipio». Están medio muertos de hambre, van de una parte a

otra por no tener alojamiento y se alimentan cuando las condiciones se lo permiten. No tienen defensas naturales. Las noticias que del Gobierno Nacional han llegado, son de que la epidemia se está extendiendo por toda la Nación. ¿Sabe usted lo que esto quiere decir?

Dio media vuelta:

—Se lo diré. Quiere decir que nuestros planes no sirven para nada. No importan lo que queramos hacer. Esta epidemia ha tomado caracteres gigantescos. No hay manera de contenerla. Tenemos un verano caliente por añadidura. Tenemos bastantes vacunas en mano para la gente, si ellos lo quisieran. Pero no querrán. Están enloquecidos.

—¿Pero por qué? —preguntó Fitch—. ¿Acaso no le importa lo que le ocurre a la gente? ¿No ha sido usted vacunado?

—Sí, lo he sido, pero no confío en las vacunas. Cada vez que admitimos algún virus por nuestra boca, la peste se desarrolla nuevamente. Y no me diga que no tengo sentido de la responsabilidad. No hay ninguna esperanza para la masa de gente y es estúpido sugerir que sí la hay. Sí mis oficiales se salvan, entonces podremos reconstruir. Dejar que me mate la epidemia no ayuda a la gente y no conduce a nada. Es seguro como que hay infierno, que tampoco servirá de nada ni a mi esposa ni a mis hijos. Si usted quiere ser un héroe, adelante. Tiene mi bendición.

Hizo una pausa y sonrió irónicamente a Sloat.

—En verdad todos tus amigos idealistas se han ido, Sloat. Fueron los primeros en abandonar.

—El líder de los Rebeldes me dijo que usted dejaría al pueblo —dijo Fitch—. No quise creerle. Nunca se me ocurrió que el Gobernador del Municipio abandonaría.

—A la gente no le importan las oportunidades —gritó el Mayor—. Cuanto antes se meta usted esto en la cabeza, mejor le irán las cosas. Por eso, si acaso ve las cosas de otro modo y decide abandonar, le daré facilidades de evacuación.

Todos estaban en silencio en la habitación. Sloat se volvió hacia la ventana y se le veía desmoralizado. Mandy miraba de un modo extraño. Janice miraba al Mayor y éste miraba a Fitch inquisitivamente. Fitch paseaba arriba y abajo con impaciencia. Se sentía desmoralizado por los planes del Mayor.

—Yo me quedo —dijo con rabia Fitch—. He estado demasiado alocado para las cosas que veía en el exterior, desde que salí de la galería. Esa es la verdad. Los Rebeldes capturaron a Mandy, pero yo escapé. Creía que las cosas irían mejor y no peor en el exterior. No hice cosas mejores en la galería, pero esta vez por el respeto de mí mismo voy a hacer cuanto pueda. Esperad y veréis. De un modo u otro haré que los Rebeldes nos ayuden.

Mandy se adelantó y dijo:

—Te agradecería que sacase de esto a Janice, Mayor Lyle. Yo me quedo con Fitch. Es un refunfuñador tan grande que necesita alguien que le controle.

—¿Acaso piensas que soy una cobarde como él? —dijo Janice señalando al Mayor—. He vivido en este puerco Municipio toda mi vida y aún no he muerto.

Pero el Mayor estaba mirando a Sloat con sarcasmo y éste dijo tranquilamente:

—Yo también me quedo, Mayor. Sabe usted... ni siquiera el líder de los Rebeldes tenía mucho partido a sacar de nosotros, y estoy empezando a pensar que tenía razón. No hemos hecho mucho. Creo que ya es hora de que dejemos de hablar del estado de los asuntos y tratemos de hacer algo práctico.

—Hay algo que deberíais saber todos —dijo el Mayor—. Sólo los campos químicos separan un Municipio de otro. Ahora que estáis advertidos, sabréis que los datos que nos llegan de Binghamton borough dicen que allí están en peores condiciones que nosotros.

—Bonita excusa —dijo Janice.

—Escucha. Pareces alguien de esos que quieren ser diputados del Municipio según su forma de hablar —dijo irónicamente—. De todas formas podéis usar los apartamentos oficiales en este edificio. De momento la gente aún no ha sido informada de la epidemia. Mis hombres evacuarán a todos del modo más racional para evitar amotinamientos. La gente no podría comprender un éxodo en masa. Sin embargo, os daré una lista de cada uno de los que se quieren quedar de los que podrían ayudarlos.

Cuando terminó de hablar, sonó un ruido. Fitch miró alrededor con aire sospechoso y el Mayor dijo:

—Jumpy, ¿eres tú? Me están advirtiéndome de que alguien me llama al fonovisor.

Tocó un botón que había sobre la mesa y la pantalla del fonovisor que había en la otra parte de la habitación se iluminó. La imagen de un hombre joven apareció en ella y dijo con voz tajante:

—Señor, una gran masa de personas está llegando desde Binghamton borough, tratando de propagar la peste. Van armados. Ya sé que usted ha dado órdenes de alejarlos, pero... —Se detuvo. El rostro del joven hizo de pronto una mueca extraña. El grupo en la oficina del Mayor miró horrorizado. Janice volvió su rostro y Mandy trató de protegerla.

Otro rostro apareció en la pantalla. Señales de la terrible enfermedad y redondeces negras, se veían en las manos y mejillas de aquel hombre, que les dijo gritando:

—Nos expulsaron del Municipio. Necesitamos comida. Tenemos que comer como otro cualquiera. ¿Me oye? ¡Llegamos!

Por detrás del muchacho, una voz chilló:

—De acuerdo, adelante, adelante. No intentaré deteneros. Pero no me toquéis. No me contagiéis la peste. No os acerquéis más. ¡No, no! El hombre hizo una mueca triunfal y luego apagó el aparato. El rostro desapareció.

—Ya comienza —dijo el Mayor—. Que Dios nos ayude a todos.

XI

A pesar de su desilusión y su cólera, Fitch durmió bien aquella noche. Durante un rato estuvo mirando a través de la ventana del edificio del municipio, hacia la centrópolis. La enormidad de la tarea que se había impuesto le apesadumbraba, pero la visión de los cuadros en su mente de la vieja galería, le daban una idea de cómo deberían ser las cosas. Había sido incapaz de actuar durante sus años de encierro en la galería. Había sido incapaz de actuar durante los primeros días de contacto con el exterior, pero ahora estaba dispuesto a todo.

El Mayor les había dado a todos ellos trajes nuevos, y por la mañana Lyle se puso en contacto con Fitch y su grupo, en el despacho.

—He puesto a vuestro servicio un vehículo aéreo-terrestre —dijo—. Os hará falta. Dios sabe cómo reaccionará la gente. Son capaces de amotinarse ante la vista de un vehículo oficial.

Estaba tras la mesa de su escritorio.

—Tanto si me creéis o no, os deseo mucha suerte. Perdonadme si no veo la posibilidad de que salgáis con éxito de vuestro proyecto.

—Pensé que os habríais ido en el alba —dijo Janice.

—No me importan los insultos, jovencita —dijo Lyle, moviendo la cabeza—. Es más razonable y más juicioso abandonar en algunos casos, que mostrarse alocado por una idea.

—¿Le dijo al jefe responsable que nos esperara? —preguntó Fitch.

—Sí. Te verá. Eso es cuanto puedo prometer.

—Quizá no nos vuelvan a dejar salir —dijo Mandy con una mueca—. En realidad si nos comportásemos convenientemente,

quizá consiguiéramos nuestra habitación otra vez y estuviéramos a salvo.

Janice le miró sorprendida como si no supiera si hablaba en serio o en broma.

En el momento que abandonaban la oficina, el Mayor dijo a Sloat:

—Bueno, buena suerte.

—Muy tarde para lamentaciones —dijo Sloat—. Tuvimos la oportunidad de hacer algo y no lo hicimos. Usted tendrá que cuidarse de su conciencia, Mayor.

Sloat estaba ya en el ascensor. Fitch dijo:

—Todavía estás pensando en lo que te dijo Toby, ¿verdad? Es tanto como llover sobre mojado.

—Tenía razón —dijo Sloat— y tú también.

—Más vale reconocerlo tarde que nunca —dijo Janice con muestras de contento—. Pero te diré una cosa. Siento mucha simpatía por vosotros. No me quejo, pero la vida en el municipio es bastante dura. Nadie antes intentó ayudar a la gente, al menos que yo sepa. Lo único que os digo es que no esperéis de mí que haga lo más mínimo por perjudicar a Toby. No lo haré. No hace mas que lo que cree que está bien hecho.

Estaban fuera.

—Vayamos hacia el corazón del municipio —dijo Fitch—. Al diablo la seguridad. Quiero saber hasta que punto van mal las cosas y no se puede saber si no nos metemos entre la gente.

Lo que vieron les horrorizó a todos menos a Janice. Esta no pudo resistir la tentación de mortificar un poco a Sloat.

—¿Por qué se te cambia el color? —le dijo—. ¿Has estado en el exterior toda tu vida o es que tu exterior era diferente al mío?

—Me merezco esto —dijo pausadamente—. Durante las pestes anteriores nunca estuve tan cerca de la gente. Ninguno de nosotros estuvo. Nos limitábamos a encerrarnos en nuestros apartamentos hasta que todo había terminado.

—Sí, ya sé —dijo ella—. ¡Cuando comparo los apartamentos oficiales con los agujeros en que yo viví! ¡Eh! ¡Mira allí!

Había un pequeño refugio en la plaza, frente a ellos. Con letras garabateadas confusamente decía: «No contagiosos:».

—Es el único remedio qué ponen a la Infección. Ya lo he visto

otras veces. Su sistema es que aquellos que han sobrevivido a la peste, salen a la calle o se mezclan entre los que todavía no la han contraído, creyendo que de ese modo inmunizan a los demás contra ataques epidémicos más fuertes.

—Un bonito método de combatir y matar el «suspense».

—Pero muchas veces son ellos quienes mueren.

—Agárrate fuerte —dijo Fitch. Se metieron en el vehículo aéreo-terrestre y se elevaron a unos doce pies sobre el suelo entre los edificios y las cabañas fabricadas con palos y trapos.

—Llegan los limpiacalles —dijo Janice—, para la inmunización.

A distancia Fitch vio los camiones de los limpiacalles con su runruneo. Sintió cómo se le revolvía el estómago, al recuerdo de su propia experiencia. El suelo estaba cubierto de gentes débiles y exhaustas. Unos encima de otros. Fitch dijo con rabia:

—Hay un libro en la galería que describe los tiempos de la Edad Media en que toda decencia y comprensión estaba olvidada. Solía pensar al leerlo que era ficción. Entonces me decía a mí mismo: «Bueno, pero todo aquello con sus horrores ya pasó». —Hizo una nueva pausa para controlar sus nervios y dijo más calmado—: Sloat, me gustaría saber una cosa. ¿Se vacunarán estas gentes?

Sloat sacudió la cabeza:

—Probablemente no. Los médicos creen que la mayor parte morirán a causa de la mala nutrición. ¿Para qué malgastar, pues, una buena vacuna? Ese es su punto de vista.

Fitch no podía apartar los ojos de la escena que se presentaba a sus pies y a continuación dijo:

—Aunque sea lo último que haga en este mundo, obligaré a Toby a que nos ayude. Con su poder de convicción, su don de gentes, quizás les pueda convencer para que se vacunen. También podríamos ir a la galería y sacar todo el partido que podamos de cuanto en ella hay. Hombres, albergue, etc. Seguidme la corriente diga lo que diga.

Se acercaron a la galería, sirviéndose del vehículo a modo de coche esta vez. Miraba a lo alto del muro con cierta nostalgia. Su vida en la galería la recordaba como si todo hubiera sido un sueño. Los guardias vieron el coche policial y se acercaron.

Entraron en el primer piso e inmediatamente se les condujo ante la presencia del jefe. Fitch había visto aquel hombre unas diez veces

durante su larga estancia en la galería y le reconoció al instante. El jefe Graham daba la impresión de mayor fortaleza viéndole de cerca. Tenía el pelo lacio y llevaba gafas.

—Bueno —dijo el jefe jovial—. Gary Fitch y Mandy Brail. La vuelta de los hijos pródigos.

—¿Ya le explicó el mayor por qué? —preguntó Fitch.

—No, sólo me sugirió que les viera. También me dio órdenes para que no se les detuviera.

—Sería el último sitio donde vendríamos a escondernos —dijo Mandy.

—Pues no está tan mal, muchacho —dijo Janice mirando a su alrededor de modo admirativo—. Siempre me intrigaba cómo era la galería. Creo que desde el exterior a todo el mundo le inquieta esto. Creí que los artistas eran enemigos de la guerra.

El jefe le sonrió condescendiente.

—Iré directo al asunto —dijo Fitch—. Se nos ha conferido autoridad para hacer cuanto esté en nuestra mano y podamos para proteger el pueblo durante la crisis. Queremos vacunar a los artistas y luego servirnos de ellos para ayudar a combatir la peste. Serán muy útiles en muchos aspectos. También queremos aprovechar la galería para servirnos de ella como hospital.

El rostro del jefe mostró sorpresa, escándalo, incompreensión y duda. Su sonrisa se desvaneció y se levantó con rapidez.

—No. Absolutamente no. En mi vida había oído nada tan ridículo. Me opongo radicalmente. Eso es todo.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? Vosotros habéis estado aquí en la galería durante unos veinte años. Hice una inspección en el archivo acerca de vuestra personalidad cuando el mayor me dijo que ibais a venir. Sabéis muy bien que el índice de afectados aquí en el interior, era mucho mas bajo que fuera. Aislamiento es la respuesta. Ahora queréis que abra las puertas y que envuelva a los artistas en un proyecto que podría tener fatales consecuencias.

—Sloat les entrenará —dijo Fitch.

—¿Y en qué cabeza cabe llegar a pensar o confiar en que los artistas volverán a la galería después de haber disfrutado de la libertad? —preguntó el jefe.

—Por eso no se preocupe —dijo Mandy—. Una mirada al

exterior y estarán implorando por volver aquí.

Fitch hizo una pausa. Quería que todos los de la habitación oyesen perfectamente lo que tenía que decir, aunque lo descabellado de su plan le sorprendiese a él mismo. Dijo:

—No los volveremos a traer aquí. Mi plan cuenta con eso.

El jefe Graham no pudo impedir que la sorpresa se reflejase en su rostro.

—¿Pero es que usted está loco? —dijo. Sloat miró a Fitch sorprendido también. Pero en este momento Fitch estaba completamente convencido de que tenía razón. Dijo con firmeza:

—Cuando esto haya terminado nosotros compartiremos nuestros conocimientos con el pueblo. Leerán todos esos libros y verán los cuadros y descubrirán lo mucho que la civilización ha perdido y lo que tienen que recuperar.

Sloat dijo con el ceño fruncido:

—Nunca pensé que llegaseis a tomar en serio...

—Te puedes volver atrás cuando quieras —dijo Fitch fríamente —, y lo mismo digo a los demás.

—No me vuelvo atrás —dijo Sloat.

—Esta galería es mi responsabilidad —dijo Graham con irritación. Sus ojos parecían que iban a saltar tras sus gafas—. No voy a abrir este lugar al público ni ahora ni nunca. Antes cerraré herméticamente y moriremos todos dentro.

—Tampoco sería mala solución —dijo Fitch con ironía.

Fitch hizo una pausa. Sabía que tenía que aparentar y esperaba poder salir adelante con sus pretensiones. Sin los artistas de su parte, todo lo que hiciera sería inútil. Mintió con determinación, con calma y jugándose todo a una carta.

—Los Rebeldes se han unido a nosotros. Los oficiales de la ciudad abandonarán el municipio. Como seguramente ya se habrá supuesto, la policía les seguirá. Los pocos que se queden estarán con nosotros. Asaltaremos entonces la galería y cogeremos lo que nos haga falta, de todos modos. Sólo hay una pega y es que si usted se resiste mucho, cuando se decida tal vez no tengamos vacuna como para inocular a todos los hombres.

La boca del jefe quedó abierta de par en par. Mandy se puso blanco. Fitch miró a Graham fríamente. ¿Pero daría resultado la argucia? Y aunque así fuera, era de una necesidad absoluta que los

Rebeldes se unieran a él inmediatamente antes de que Graham descubriera que le habían tomado el pelo.

—Voy a llamar al mayor para verificar lo que usted dice —dijo nervioso el jefe.

—Llámele. Averígüelo por usted mismo —dijo Fitch.

Mandy no pudo evitar el tragar saliva. Sloat miró a Fitch con el ceño fruncido.

—Llámelo —insistió Fitch con aire de estar muy seguro de sí mismo.

Para su sorpresa, el jefe se encaminó hacia un aparador que había al lado de la mesa.

—Veo que no tiene que molestarse mucho para hacerlo. Lo tiene bien a mano.

—Bastante a mano —respondió el jefe—. Todas las oficinas del. Gobierno tienen estos aparatos. —En un momento todos los puntos del mundo podían ser vistos con tal de que hubiese un aparato receptor, naturalmente. Los satélites que se habían lanzado a las capas de aire más altas de la tierra, hacían posibles los televisores, pero habían sido puestos en órbita mucho antes y en los tiempos actuales no hay medios para repararlos. Por otra parte, algunos de ellos eran casi indestructibles—. Gracias a ellos podremos ponernos en contacto ahora. Vamos, pues, a ver lo que el Mayor tiene que decirnos. ¿Le parece bien? —dijo significativamente.

Fitch no movió ni un músculo. Tenía miedo de delatarse.

—Este es mi método para cuidar de mi conciencia —había dicho anteriormente Sloat al Mayor Lyle. Ahora le daba al mayor la misma oportunidad, pero... ¿se aprovecharía de ella? Esta pregunta que se hacía a sí mismo Fitch, le martilleaba el cerebro.

—¿Mayor Lyle? —dijo el jefe de la prisión. El rostro preocupado del mayor apareció en la pantalla. Graham dijo malhumorado:

—¿Van a unir sus fuerzas los Rebeldes con este grupo que me envió aquí? Sé que la idea que se proponen es ridícula, pero me han explicado sus proyectos y querría verificar si lo que dicen es cierto.

Mandy volvió la cabeza. Sloat y Fitch se miraron sin decir palabra. Fitch se apoyó en el respaldo de la silla. De pronto tuvo la esperanza de que el mayor le ayudase en aquellos momentos y permitiera aquel «bluff». Lyle sabía con toda certeza que los Rebeldes no estaban dispuestos a unirse a nadie.

El mayor empezó a hablar. Lleno de angustia Fitch se dispuso a escuchar.

XII

Era evidente que el Mayor Lyle podía ver al grupo que rodeaba al jefe de la galería. Por espacio de unos segundos sus ojos se encontraron con los de Sloat. Entonces dijo:

—Los Rebeldes se unirán a las fuerzas con Fitch, sí. No puedo ofrecer más ayuda que las defensas de policía. Si abandono mi puesto no puedo esperar que los que están por debajo de mí se mantengan en los suyos. Sugiero que aceptéis condiciones de Fitch.

Fitch se sintió tan aliviado que apenas podía hablar. El jefe Graham estaba tan encolerizado con el Mayor, que miró a Fitch y le dijo:

—¿Cómo pudo este hombre haber hecho esto? No tenemos bastantes preocupaciones y embrollos con todas estas cosas, para que él ahora venga a complicarlas más. No obstante, me voy a poner de acuerdo con ustedes. Pero solo lo hago porque no tengo otra elección. No puedo comprender cómo pudo admitir esto.

Fitch no osaba mostrar lo que le hacía sentir su victoria. Ahora que él había convencido a Graham de que los Rebeldes estaban con él, era mucho mas importante que convenciese a los Rebeldes mismos antes de que Graham viese el truco de que se había servido. Se detuvo impacientemente:

—Sloat, ¿puedo contar contigo para traer aquí la vacuna? Ya sabes dónde está todo puesto. Pregúntale al Mayor todo lo que quieras saber. Si no vuelvo a tiempo de que tengas a todos los artistas vacunados, entonces empieza a ponerles al corriente. Dales clases de orientación. Recuerda lo inexpertos que son en lo que al exterior se refiere, de modo que adviértales de todo cuanto sepas y creas conveniente. No des por sabido nada. Será una verdadera transición para ellos. Janice, ve a la oficina del Mayor. Escucha

todos los informes que le den a él. Mandy y yo tenemos algo que hacer. ¡Ah! Janice, pon mucha atención a todas las noticias que traigan de Binghamton. Quiero saber el momento exacto en que la peste empiece a venir hacia aquí.

Janice asintió. Ella empezó a hablar, pero cambió de opinión. Algo en su rostro hizo que Fitch la mirara de un modo que la hizo callar.

—Ya sabes dónde voy, ¿no?

Ella asintió con solemnidad.

—¿Sabes algún medio de llegar allí más fácilmente?

Ella hizo una pausa y mirándole al rostro dijo:

—No.

El jefe estaba recuperándose de la sorpresa que había tenido. Se levantó y dijo:

—Sigo pensando que todo esto es ridículo. —Fitch le miró y el jefe continuó—: Vigila bien a nuestros muchachos, Sloat. —El jefe continuaba hablándole pero Fitch y Mandy acababan de traspasar la puerta.

Una vez estuvieron fuera, Fitch se sintió más aliviado. Con la inmediata crisis que se les avecinaba, se sentía nervioso y más aún por la palabra que había empeñado.

—Muchacho, esto está muy cerca —dijo a Mandy.

Ahora Fitch tocaba su pistola y decía:

—Bueno, al menos ya estamos armados, que ya es algo. Tendremos que hacerlo todo de oído. Sin embargo, te diré una cosa; sin los hombres de Toby nunca lo conseguiremos. Tampoco tenemos mucho tiempo. Si la peste se mueve más aprisa de lo que hagamos nosotros, estamos hundidos. Hacer que los Rebeldes se pongan de nuestra parte no es más que el comienzo.

—¿Crees que el Mayor pueda cambiar de opinión y quedarse? —dijo Mandy.

—No se puede decir. Aún no se ha ido, pero la peste va a ser muy mala. Peor de lo que creíamos. Por otra parte él no nos hubiese dejado todo en nuestras manos. Cuando todo haya acabado tal vez se proponga hacer recaer sobre sus espaldas todo el crédito de la salvación del Municipio y por otra parte, si las cosas no salen bien, achacarnos a nosotros la culpa.

—Y ahora supongamos que podemos llegar a un acuerdo con

Toby —dijo Mandy—. ¿Pero qué hay de Gunny? Creo que éste tiene ideas propias acerca de este asunto. Además, no me gusta mucho la idea de dejar sola a Janice en la centrópolis.

Sin poderlo evitar Fitch se puso a reír.

—Es una muchacha que sabe defenderse por sí sola. No te preocupes. Sólo quisiera que nosotros pudiéramos defendernos como ella.

—¿Qué es aquello? —dijo Mandy.

—Antiguas carreteras. Hace unos cien años la población general tenía coches particulares y la nación estaba cubierta de carreteras de un extremo a otro.

—¿Pero es que eres idiota? —dijo Mandy en tono burlesco.

—Ya te hablé de estas cosas cuando estábamos en la galería. Tú te olvidaste de todo.

Continuaban su vuelo bordeando un lago de la montaña. Los ojos de Fitch se posaron de pronto en algo que le sorprendió. Elevó el vehículo.

—¡En, mira eso! —La gente que ocupaba aquellos terrenos estaban elevando barricadas—. Van a defender su montaña contra... —Se detuvo. Frente a ellos una roca caía. Trató de evitarla pero era demasiado tarde. Hizo cuanto pudo por volar en otra dirección pero la roca estaba ya muy cerca de ellos y no pudo impedirlo. Con un ruido ensordecedor, una de las pequeñas alas ajustables del vehículo se rompió. La roca había caído sobre el ala y la había destrozado, Mandy dio un grito. La montaña rocosa estaba muy cerca de ellos. Cada uno de los salientes e incisos de la misma se veían perfectamente. En fracciones de segundo Fitch tenía que tomar una decisión rápida e inmediatamente se lanzó a ello. Pulsó uno de los mandos que hacían derivar el vehículo en otra dirección. El aparato se conmovió, conservando todavía su posición en el aire. Continuó bajando y de pronto se vieron muy cerca del suelo con el sendero rocoso a unos cuatro pies de altura. Dos rocas más cayeron, pasaron muy cerca de ellos pero sin tocar al vehículo. Fitch cambió los mandos del aparato convirtiéndolo en terrestre.

—¡Oh!, la gente de por aquí no bromea —dijo Mandy cuando hubo recuperado la respiración.

Fitch frunció el ceño tratando de averiguar los daños que les habían causado en el aparato. Tenía bastante dificultad para

dominarlo.

—Alguna vez pondremos las manos sobre ellos y nos vengaremos —dijo—. Pero ¡demonios!, no puedo acelerar el motor.

El Municipio de Binghamton desaparecía en la distancia hacia el Este. Los campos químicos y las cabañas de los trabajadores eran visibles para Fitch y Mandy desde la altura de la montaña. En el aire se veía el humo de algunas hogueras. Alguna de las cabañas eran incendiadas. Un grupo de figuras corrían marchando de allí hacia la subdivisión de Elmira. Dieron la vuelta a una curva de la carretera. El borde de la montaña en aquel lugar era muy estrecho. Hacia la izquierda se abría un despeñadero que formaba un valle en el fondo. Siete personas aparecieron de pronto en la carretera.

—Si este aparato funcionase bien podría remontarnos. Pero ahora no me importa —dijo Fitch—. No nos quedan más que dos soluciones. O seguir adelante o enfrentarnos a ellos.

Las personas se hicieron más visibles.

—¿Están armados? —dijo Mandy.

—No sé. Corramos el riesgo. Si nos enfrentamos a los Rebeldes durante el día correremos más riesgos. ¿De acuerdo?

Mandy asintió débilmente. El grupo era muy visible ya. Eran seis hombres y una mujer. La mujer vestía trajes muy sucios y su rostro completamente cubierto. Fitch se hizo hacia un lado de la carretera, utilizando el aparato a modo de coche como hasta entonces. Llevaba el revólver en la mano por si le hiciese falta usarlo, pero el grupo parecía bastante pacífico. Los hombres eran todos muy delgados. El que estaba más cerca del vehículo dijo:

—Queremos vuestro aparato. Nos lo dais o os lo quitamos. Somos seis contra dos.

La mujer quedaba al fondo. Fitch dijo:

—Estamos armados. Podemos defendernos.

—¿Oísteis esto? —dijo el hombre echándose a reír. Había algo en aquellas risas que estremecía. Miró a su alrededor rápidamente. El vehículo estaba rodeado—. Llevamos con nosotros un arma secreta —dijo el hombre.

—Ya te dije que no nos asustábamos.

—¿Ni contra esto? —Lentamente la mujer se acercó. Echó a un lado la tela que cubría su cabeza y sus hombros. Su rostro estaba lleno de manchas de la peste. Había algo en toda la piel que

producía cierta aprensión.

—¿Qué me diríais si os besara? —Ella sonreía al mismo tiempo que les miraba. El hombre que había hablado antes dijo con rudeza:

—¿Qué pensáis de eso? —dijo dirigiéndose a Fitch.

—Todos nosotros estamos infectos. Esta belleza que veis aquí es mi hermana. ¿Sabéis lo que estamos haciendo? Vamos al invierno de la Florida. Eso es. Vamos a ver sol y a ver las tierras del Sur antes de morir. Haremos nuestro último camino y queremos hacerlo confortablemente.

La mujer se acercó a ellos e hizo mención de acariciar el rostro de Mandy. Entonces habló con manifiesta hostilidad:

—Hubo un tiempo en que yo era bonita.

Mandy se echó hacia atrás lleno de terror y ella se rió. Después sus risas se convirtieron en lloros.

—Iba a tener un niño —decía entre gemidos. Fitch miraba conmovido, sintiendo a la vez compasión y horror. Los ojos de la mujer estaban llenos de desesperación y ésta se reflejaba en su rostro, pero Fitch sabía que iba a hacer lo que antes había amenazado. Un hombre dijo:

—De acuerdo. Así, ¿qué solución habéis determinado? O de otro modo Bertha os dará un apasionado beso a los dos.

Fitch intentó perder tiempo.

—¿Y cómo sabremos nosotros que nos dejaréis tranquilos si os damos el vehículo? —dijo.

Entretanto tuvo una idea. Él y Mandy estaban vacunados pero había diferentes clases de virus y no osaba correr el riesgo. Rápidamente apretó un botón. El vehículo empezó a elevarse. Dio un empujón a la mujer arrojándola hacia un lado. Ella cayó sollozando contra el borde de la cuneta. El vehículo se elevó unos cuatro pies. Fitch no podía conseguir que se elevara más. Usaba el ala que le quedaba como arma, lanzando el aparato de un lado a otro en un reducido círculo. Los hombres se abalanzaron hacia él. Fitch lanzó una imprecación. Intentaba conseguir algo de velocidad del vehículo pero no conseguía más que hacerlo roncinear y mantenerlo en un reducido espacio, terminando por caer de nuevo a tierra. Al fin los hombres cayeron sobre ellos. Fitch consiguió que el aparato se arrastrara unos cuantos pies suavemente.

El sendero formaba una pendiente un poco más lejos.

—Si consiguiéramos que el aparato se arrastrara hasta ella, estaríamos salvados —dijo Mandy—. ¿Pero podremos conseguirlo...?

Fitch miró hacia atrás. Los hombres iban corriendo tras ellos con la respiración entrecortada dispuestos a seguirles.

—La última curva —gritó Mandy—. ¡Atención!

Casi demasiado tarde, vio Fitch el corte que allí formaba la montaña frente a ellos y se hizo a un lado rápidamente. El vehículo formó un agudo ángulo en su dirección. Los hombres que iban tras ellos desaparecían en la distancia. Fitch continuó a la mayor velocidad posible. La tensión estaba al máximo.

—¡Eh!, si continúas en esa dirección estaremos pronto a donde salimos. La subdivisión de Elmira —dijo Mandy.

—¿Alguna otra sugerencia? —dijo Fitch—. Este aparato no sirve para nada y no veo otra solución. Pronto se hará de noche y si nos metemos en algún otro lío, no estoy muy seguro de que podamos salir con vida. Además, vi algunos otros grupos que venían desde el Municipio de Binghamton. Parecía que iban armados y posiblemente traen la peste con ellos. Tendríamos que volver atrás y formar alguna especie de barricada para tratar de contenerles. Pero volveremos para encontrarnos con Toby cuando se levante el día. Sólo deseo que no sea demasiado tarde.

Por un momento ninguno de los dos habló. Fitch estaba más impresionado de lo que quería demostrar.

—Deberíamos tomar otro vehículo y dejar este —dijo con rabia — al menos para salvarnos nosotros. Eso es lo que está haciendo todo el mundo.

—¡Eh! ¿No hueles nada? Un olor dulce, como de flores —dijo Mandy.

El rostro de Fitch estaba blanco.

—Es el olor de la peste. Sloat me lo dijo. La gente cree que cuando el aire lleva consigo un olor muy parecido a las flores entonces sobreviene la peste. Es la flor de la muerte.

El sol desapareció. Una belleza casi indescriptible formaba la tierra en aquellos momentos de tragedia.

—Pintaré esta escena cuando todo haya terminado —dijo Fitch—. Mira, la luz es fantástica. Y sin embargo la gente está muriendo como moscas. Nunca me sentí tan conmovido. Vamos a quedarnos y

veremos todo esto puesto que estoy seguro de que la peste con sus horrores transformará estos parajes en algo horrible que jamás tendré otra ocasión de ver.

Cuando se fueron el vehículo corría a pocos pies del suelo. El viaje de vuelta parecía eterno. Columnas de humo se levantaban por algunos sectores donde la gente hacía hervir algunas aves nauseabundas que después de muchos trabajos habían conseguido atrapar. Mientras pasaban por delante de un grupo de gente, Fitch miró sorprendido negándose a creer lo que veían sus ojos. Una mujer metía cuidadosamente una rata muerta en un bote de agua hirviendo. Mandy le gritó:

—¡No! Cogerán la peste.

La mujer alzó su puño amenazador, contra ellos.

Se estaban acercando a sectores más poblados. La gente miraba iracunda al vehículo.

—¡Puercos cobardes! —gritaban viendo la insignia oficial. Fitch no podía elevar el aparato a mayor altura de la que llevaban, lo que les hubiese dado mayor seguridad. Al fin desesperado le gritaban:

—¡La peste, tened mucho cuidado. La peste! —Y cada vez que lo decía, un grupo de gente se acercaba hacia ellos.

Era la noche cuando llegaron al edificio del Municipio. Las luces de neón brillaban por todas partes y los altoparlantes seguían dirigiéndose a las gentes. Janice les esperaba con ansiedad.

—¿Estás bien? —dijo Mandy.

—Estoy muy bien, pero muy preocupada. Sloat no se encuentra bien. Hice que se recostara. Trabajó muchísimo hoy. Los artistas están vacunados. Gracias a los cielos el jefe de la galería accedió a todo cuanto dijimos, pero sospecha algo y preguntó dónde estaban los Rebeldes. Llegan notificaciones de todos puntos de la nación. Y desde luego te puedo asegurar que hacen estremecer a cualquiera, los rumores que son cada vez peores.

—¿Pero estás segura de que te encuentras bien? —preguntó Mandy otra vez.

—Ya te dije que sí. —Ella tenía el cabello recogido detrás de la nuca y mientras se lo soltaba se esforzó por sonreír. El Mayor le había dado algunos vestidos de su esposa, se veía muy bonita y su cuerpo no estaba tan delgado.

Mandy silbó.

—Chica, estás muy guapa, debo confesarlo.

Ella le dedicó una sonrisa al mismo tiempo que la seriedad volvía a sus ojos.

—La gente habla del fin del mundo, la vacunas no parecen conseguir grandes progresos y los científicos no saben porqué —Janice parecía que iba a caer en un colapso, se volvió a Fitch con patetismo:

—¿Crees sinceramente que la peste puede extinguir a la raza? Eso es lo que dicen los reportajes, el resto del mundo está muerto. Solo quedan algunos grupos de gente que sobreviven a los rigores del hambre y están China, en África y Europa. Ha sido algo horrible estar aquí sentada todo el día escuchando esos reportajes.

—Todo cuanto podemos esperar es a que las cosas vayan mejor —dijo Fitch—. A mí tampoco me gustan esos reportajes. Sigo pensando que podremos tener algo de ayuda del Gobierno federal a pesar de lo que dijo el mayor.

Se miraron entre sí.

—¿Quieres decir que verdaderamente estamos solos en nuestro propósito? —comentó Mandy.

—Pero no te he dicho lo peor —dijo Janice—. Hace una hora la parte sur de la nación ha suspendido todas las comunicaciones.

El Mayor estaba de pie en la puerta.

—En realidad ustedes no sabían contra lo que se estaban enfrentando. —Se acercó sonriendo con sarcasmo—. Se me ha informado de que los supervisores de los campos químicos pretenden huir. Sería mejor que usted enviase a unos hombres allí inmediatamente si quiere mantener tranquilo aquel lugar. Si no, la gente se extenderá por todas partes. Además, la temperatura y las luces de control tienen que estar mantenidas dentro de los límites precisos para que todo vaya bien. De lo contrario se perderían las cosechas de aquellos campos. Al mismo tiempo, si usted enviase esos hombres evitaría que se contaminase aquel lugar.

—Quizá pudiese ir usted mismo y de ese modo implantar el ejemplo a los supervisores y a todos cuantos hay allí. —Dijo fríamente—. ¿No se le ocurrió esto antes?

—Sí que pensé en ello —dijo secamente el Mayor Lyle— pero sin embargo, les he ofrecido cuanta ayuda me ha sido posible.

—¡Cuánta ayuda le ha sido posible! —explotó Fitch—, siempre y

cuando usted haya mantenido su pellejo a salvo. Ya estoy harto de estar aquí. Con usted y con los Rebeldes también. Si ellos no se unen a nosotros por su propia voluntad, entonces atacaré con las fuerzas de los artistas.

—¿De verdad? —dijo el Mayor Lyle.

—Sí, ya sé que sería muy difícil, pero es posible —dijo Fitch lleno de cólera— usted ha sido vacunado, ¿no es verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no se queda? Haga que el pueblo sepa que usted no se está burlando de ellos. Que no les abandona.

—Usted está luchando contra una causa perdida. Suponga que logra salvar a todo el Municipio, que no lo veo probable. Las noticias que hemos recibido del resto de la nación dicen que se está hundiendo. Permítame que le haga una pregunta muy importante. ¿Cree usted realmente que las masas de gente que hay en la nación merecen la pena que se les salve?

—Claro que sí. Con todas sus cosas buenas y malas merecen salvarse —dijo Janice.

—Ahora me voy —aseguró el Mayor—. Sólo vine para ponerle al corriente de lo de los supervisores.

—¿Pero dónde demonios cree usted que puede ir? —dijo Fitch—. La peste está extendida por toda la nación.

Lyle sonrió y dijo:

—Por si le sirve de información, le diré que tengo un bonito aeroterrestre escondido, que puede mantenerse inmóvil en el aire durante períodos de tiempo extraordinarios. Lo tengo preparado y bien equipado con aprovisionamientos. Es verdad que la epidemia está extendida por todo el mundo, pero la peste aún no ha llegado a las capas más altas de la tierra. ¿No es verdad?

Fitch sacó el revólver que el mismo Lyle le había dado. Al mismo tiempo indicó a Mandy que cubriese la retirada del Mayor.

—Usted no se irá a ningún sitio —dijo—. Usted va a ir por todas las calles para que el pueblo sepa que no les ha abandonado.

—¡No haré tal cosa! —dijo tranquilamente Lyle.

—Coje su revólver —dijo Fitch. Mandy desarmó a Lyle que observaba aquel proceso con desdén.

—Esto es lo que yo llamo un verdadero hombre —dijo Janice al Mayor.

Lyle miró a Fitch con algo de compasión. Luego dijo:

—Mire, por una parte no sé lo que usted se cree. La gente no puede sacar ningún beneficio con mi presencia. No sé por qué digo todo esto, pero quizá en algún sitio encontremos el procedimiento de ayudar a otros. Tal vez logre usted el éxito donde nosotros fracasamos. No sé si usted logrará que la gente le tenga confianza, o a algún otro de ustedes, pero en mí no la tuvieron.

Fitch apartó el revólver de la dirección en que lo mantenía:

—Ya puede irse. Tiene razón. No sé si comprendo muy bien sus preocupaciones, pero debo confesar que en el fondo tiene razón —dijo.

El Mayor se fue. Mandy y Janice miraban por la ventana. La silueta solitaria del Mayor se veía desaparecer a lo lejos. Después su vehículo aeroterrestre dejó oír su ronroneo. La muchedumbre lanzaba piedras al aparato, pero éste desaparecía rápidamente.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo Fitch—. No necesitamos preocuparnos por lo que tenemos que hacer. Haremos sólo una cosa. Mandy ve a ver cómo está Sloat. Llama al jefe de la galería. Quiero que tantos hombres como sea posible estén estacionados en la parte norte de los campos químicos. Trata de forzar a los supervisores para que se queden. Si no lo hacen entonces Sloat puede dar instrucciones a alguno de los artistas en el modo de rodear el lugar. Tengo que apoderarme de los Rebeldes esta noche. No importa cómo. —Un murmullo enorme se levantaba por las calles. Otro coche oficial huía y el pueblo corría tras él gritando. Fitch miró por unos segundos y dijo:

—Esto me da otra idea. Dentro de una hora quiero que todos los aeropuertos estén cerrados y que sean incautados todos los aviones y aparatos aeroterrestres. Los necesitaremos. Todos los camiones también. Quiero que este Municipio esté bien cerrado. Y a partir de ahora, sea como sea, quiero que todos los Rebeldes nos ayuden en nuestra empresa.

Janice había estado mirando a Fitch. Al fin dijo:

—Es exactamente importante que te pongas en contacto con Toby tan pronto como sea posible.

—Claro que sí. Tan pronto como la gente se entere de que todos los oficiales se han ido se amotinarán.

Ella hizo una pausa y luego dijo:

—Yo... yo conozco una entrada secreta para llegar hasta Toby. Una entrada que va directamente hasta allí desde el centro del Municipio —dijo.

—¿Que tú...? ¿Y no me lo dijiste? ¿Te das cuenta de la cantidad de tiempo que nos hubieses ahorrado?

—No me atrevía. Toby ha sido muy bueno para mi durante muchos años. Este es un secreto que me prometí a mi misma que nunca revelaría, pasase lo que pasase. A cambio de esto sólo te pido que me prometas que no le harás ningún daño.

—¿Hacerle algún daño? —gritó Fitch— tiene a cuatrocientos hombres tras él.

Janice se dio cuenta del estado en que se encontraba Fitch, y dijo:

—Bueno, deja de hablar de ese modo y te lo diré —fue hacia la puerta, pero al mismo tiempo Fitch pudo ver que había lágrimas en sus ojos.

En el exterior las gentes se apretaban unas contra otras, gritando y moviéndose alocadamente. Fitch y Janice se abrieron paso hasta la plaza más cercana. Fitch miró a su alrededor para ver cómo iban las cosas y se dio cuenta de que los altavoces ya no lanzaban sus continuas instrucciones. El silencio era descorazonador. Fitch frunció el entrecejo mientras él y Janice corrían desesperadamente. Él siguió a la muchacha hasta la base de un viejo edificio. Una puerta rota pendía de una de sus bisagras. Ella le condujo al Interior y se puso de rodillas.

—No emplees todavía la luz —dijo ella— empezando a remover el suelo a su alrededor. Algo dio un chasquido.

—Es un suelo muy antiguo —dijo ella—. Hay que encontrar el agujero. Vamos.

Entraron. Él se volvió y cerró la trampilla por donde se habían introducido.

—Ya puedes usar la luz —dijo ella. Entonces él encendió la linterna.

Los reflejos de la linterna mostraban un lugar muy húmedo, con incluso unos centímetros de agua sucia en el fondo. Fitch se acostumbró inmediatamente a la suciedad y la oscuridad. En aquellos momentos todo le preocupaba; de pronto recordó con alegría el desratizador que era tan útil para los Rebeldes.

—De todos modos no tenemos que preocuparnos por las ratas.
—En aquel momento entraron por un canal bastante amplio. No obstante, tenía que avanzar por él a gatas. Janice empezó a gritar. El canal estaba lleno de roedores. Después sus gritos se convirtieron en lloros.

XIII

Fitch sacó el revólver y apuntó. Las ratas se movían de una parte a otra a su alrededor, sorprendidas por los chillidos de Janice. Fitch estaba a punto de disparar cuando ella le cogió por el brazo.

—¡No dispaes! Nos atacarían. Limítate a gritar. Haz tanto ruido como te sea posible, pero deja la salida libre.

La muchacha se estremecía de terror. La piel de Fitch estaba erizada. Las ratas seguían moviéndose, aunque bastantes de ellas empezaban a retroceder y sus uñas se rasgaban contra el suelo de metal. Fitch y Janice se pusieron a un lado del canal, por donde entraron, y se pusieron a chillar. Las ratas dudaban, luego corrían con un chillido horrible por el amplio espacio que les quedaba libre, hacia la parte posterior.

—Grita más fuerte —decía Janice. Las ratas se volvían y corrían alejándose. Luego saltaron por entre Fitch y Janice hacia el extremo del canal.

Una rata rozó la pierna de Fitch. Vio como en un relámpago el cuello y la cola pelados del bicho y un cuerpo cubierto con un pelo corto y gris. Estaban casi al final. Janice apretó un botón. Una puerta se abrió dejando atrás aquel horrible pasadizo.

Aquellos momentos les habían producido a ambos tanto horror que no pudieron por menos que apoyarse débilmente contra la puerta.

—No lo puedo evitar —dijo Janice—. Creo que he pasado más miedo del que había sentido en mi vida.

—Sin embargo, no lo comprendo —dijo Fitch—. Toby había cubierto con el desratizador todo el Cuartel General. Por eso me sentí sorprendido cuando vi las ratas.

Janice tembló.

—Bueno. Las ratas han desarrollado probablemente una inmunidad. Era todo cuanto necesitábamos. —Hizo una pausa y dijo —: Ya estamos. Me horripila tener que entrar. He traicionado la confianza de Toby comunicándote la existencia de esta entrada.

—Entonces, ¿quieres decir que ya hemos llegado?

Ella asintió con cierta vergüenza reflejada en el rostro.

—El largo camino que hay que andar por el otro extremo, es precisamente para engañar a los demás, pero este es el que usan directamente todos cuantos se hallan en los cuarteles generales de los Rebeldes, y de este modo pueden estar constantemente entre el pueblo y el Cuartel General. —Fitch tenía presto su revólver—. No hagas uso de él si no te ves muy obligado —recomendó Janice con ansiedad.

—No, no lo usaré si no me veo obligado.

La muchacha apretó otro botón. La puerta de hierro se abrió. Fitch miraba sorprendido. Estaban en un lugar un tanto angosto, mirando a través de unos muros de vidrio directamente al interior del despacho de Toby. Este estaba paseando por la habitación, con sus ojos estrechos, mirando inquietos por toda la habitación.

Toby estaba al lado de su mesa. Hizo un movimiento rápido, y antes de que Fitch pudiera esconderse, la parte de vidrio que estaba frente a ellos se deslizó hacia un lado, encontrándose, de pronto, frente a frente con Toby.

—Había otro cristal del cual nunca te hablé, Janice —dijo fríamente Toby—. En cualquier momento que cualquiera esté en esta pequeña habitación, yo lo sé.

—Fitch tenía que verte. ¡Es muy importante! Tuve que decírselo —dijo la muchacha rápidamente.

—Tenías que decírselo... —dijo malhumorado.

—Ella estaba más inquieta por la raza humana de lo que usted mismo parecía estarlo —dijo Fitch.

—Puedo tener a diez hombres aquí en un momento —dijo Toby.

—Llámeles si está dispuesto a hacerlo. Si no, escuche lo que tengo que decirle.

—Dudo de que me sienta interesado por ello. Pero dígalo y dese prisa —dijo Toby.

—¿Pero será usted razonable?

—Yo soy razonable. Eres tú quien no lo eres —dijo Toby—. De

momento, eres un loco por venir aquí. Te podría haber matado mientras estabas tras el espejo y no hubieses sabido quién lo había hecho.

—Pero no lo hizo. Yo también, cuando me arriesgo, lo hago con cierto cálculo —dijo Fitch—. Ahora escuche. Necesitamos a usted y sus hombres. El gobierno del Municipio está podrido. Usted tenía razón. Los oficiales escapan.

—¿Y qué te esperabas? Deja que la muerte entierre a la muerte —dijo Toby.

La puerta se abrió de golpe. Gunny entró con un revólver en la mano.

—Creí oír voces. ¿Cómo demonios llegaron hasta aquí? —dijo.

—Tira el revólver —dijo Toby—. Yo también tengo uno si quisiera usarlo.

—Bueno, pero yo quiero usar el mío —repuso Gunny—. ¿Qué es lo que quieren? —Se acercó a Toby y Fitch tomó la ventaja de ese desplazamiento para sacar su revólver.

—¿Y ahora qué? —dijo Fitch—. Siéntense y escuchen —continuó—: Los artistas han sido vacunados. Están bajo mi control, gracias a un poco de suerte y a una bonita estratagema. Sloat se cuida de ellos. Toda la Nación está azotada por la peste. Necesitamos su ayuda. —Fitch hizo una pausa y dijo—: Si no nos ayudan por su propia voluntad, tengo hombres para atacarles y es lo que haré, los superamos en número ¿eso es lo que quieren?

—Ya nos encontraremos algún día —dijo Gunny—. Sentiré mucho que tomes esa decisión. Te combatiremos hasta dejarte sin un solo hombre.

—¡Cierra el pico! —interrumpió Toby—. Primero escucha a Fitch, no servirá de nada, pero dejadle terminar.

—¿Pero contra qué están los Rebeldes? —preguntó Fitch, desesperado—. Las sucias condiciones de vida, la ignorancia, la enfermedad. Entonces haced algo. Si los Rebeldes no significan nada en absoluto tendrán que tomar una acción positiva y no esconderse en la arena mientras el mundo se derrumba. Hay una vacuna, si nosotros no salvamos a la nación algunos sicópatas como Gunny la derribarán. ¿Es eso lo queréis?

—Vete al diablo —dijo Gunny.

Fitch hizo como que no le había oído y continuó:

—Debo deciros que Sloat y yo estamos al mando de todo. Pero los muertos forman montañas. La gente se amotina, necesitamos más hombres. Si os unís a nosotros lo conseguiremos y habremos triunfado, entonces estaremos en situación de arreglar cuentas. Esta es nuestra única oportunidad. ¿Aceptáis o no?

—Tú antes no hablabas de ese modo —dijo despacio Toby—. Por primera vez creo que me estás convenciendo.

—Nunca había pensado de este modo hasta este momento —dijo Fitch—. Pero tenemos que continuar o todo nuestro trabajo habrá sido en vano. No se trata solo de salvar a algunas gentes de la peste. Es un asunto de salvar al pueblo de la situación en que se encuentra antes de que otra epidemia los extermine.

Toby no respondió, estaba mirando el rostro de Fitch, este dijo:

—En cierta ocasión le pregunté qué es lo que haría usted si se diese cuenta de que sus métodos eran falsos.

—Le dije que los cambiaría.

—¿Lo hará?

Toby no contestó.

Janice había estado escuchando con mucha atención, de pronto gritó:

—¡Toby, tú me ayudaste! Yo esa solo una de tantas de las que formaban la masa de gente.

—¿Y de dónde crees que procedían tus padres? La única diferencia es de que nosotros estábamos ayudados por una tercera persona. Al menos se nos daba una oportunidad.

Pero, de pronto, se volvió hacia ella fríamente:

—¿Pero por qué tenemos que ayudar a las masas cuando ellas no se ayudan a sí mismas?

—Tal vez lo quieran si les damos una oportunidad —dijo Fitch.

La habitación estaba tranquila. Gunny miraba a todos con malevolencia. Fitch dijo:

—Escuche, Toby. Todos somos Rebeldes, pero tenemos que unirnos en este momento.

La cabeza de Toby se irguió y miró varias veces con rapidez en todas las direcciones de la habitación.

—Abriremos las galerías, dando cuenta a las gentes de toda la información que en ellas está contenida —dijo Fitch.

Toby le miró sorprendido:

—¿Que abrirás las galerías? Siempre soñé con hacerlo yo mismo. Con todos mis planes, casi me olvidé de esto. ¡Que abrirás las galerías! Me temo que estoy resentido porque pienso que esta idea me la has robado. Y yo que censuraba a Sloat por hablar y no accionar...

—¿Acaso se ha puesto usted de su lado? —dijo Gunny—. Usted está entregándose en las manos de estos hombres.

—Gunny, Fitch tiene razón —dijo Toby—. En realidad, he estado pensando en todas estas cosas. Todos tendremos más oportunidades de sobrevivir, si unimos nuestras fuerzas. Hasta los animales se unen contra un peligro común. Tengo que admitir que lo que me hizo tomar esta determinación fue la aseveración de Fitch de no permitir que los oficiales vuelvan al poder.

—Pero si... si estoy intentando obrar por sus propios intereses —gritaba Gunny—. Si usted cree que salir al exterior y enfrentarse a la peste y a esas masas de gentes es lo que debe hacerse, entonces lo que ellos pueden decir es que usted ha perdido la razón. Usted ha estado demasiado influenciado por Fitch. Ha estado de su parte desde que se encontraron. Esto a mi me preocupa.

—De acuerdo —dijo Toby—. Convoca una reunión ahora mismo.

—¿Qué? —dijo Fitch—. Creí que ya la habían tenido.

—Los hombres tienen derecho a estar al corriente de todo esto —dijo Toby—, y no les forzaré ni les conduciré a ningún sitio contra su voluntad. No daría ningún resultado. Tienen que convencerse por sí mismos, como me ha ocurrido a mí.

—Ahora habla usted con sentido —dijo Gunny.

—Le advierto que atacaremos si nos vemos obligados a ello —dijo Fitch—. Tenemos que obtener su ayuda y no importa la opinión ni la decisión de sus hombres.

—Tengo que darles una oportunidad para que decidan por sí mismo —dijo Toby—. Al menos, Gunny tiene razón en esto. Gunny convócales en el auditorio.

La reunión duró una hora cuando menos. Toby insistió en una cosa solamente, que Gunny hablase primero, y entonces éste saltó rápidamente a la plataforma.

—Hemos estado siempre aislados, separados de todo el mundo. Toby quiere envolvernos en los asuntos del mundo exterior, pero yo

no estoy de acuerdo. Quiero seguir el plan que hemos mantenido hasta ahora desde que estamos unidos. Permanecer aquí y dejar que la centrópolis se vaya al diablo. Mi parecer es de que lo único por lo que debemos de preocuparnos es por añadir más provisiones a las que ya tenemos. Toby quiere incluso que evacuemos algunas gentes de aquí y las llevemos para mezclarlas con el pueblo. ¿Qué pensáis de esto? —Entonces miró a los hombres de un modo colérico.

Ellos empezaron a gritar. En la confusión general era muy difícil saber de qué lado estaban. Toby ocupó el lugar de Gunny en la plataforma. Estaba tan preocupado como Fitch por los resultados que se pudieran obtener. Fitch, desde el lugar que ocupaba, vio que, como siempre, la compostura y el aspecto de Toby ofrecía el mismo magnetismo y la misma atracción hacia los demás que había observado otras veces. No dijo una sola palabra hasta que toda la habitación no estuvo en silencio y luego empezó tranquilamente:

—No tuvimos una oportunidad para formar el mundo donde nacimos, para educarlo a nuestro modo, pero ahora se nos ofrece una ocasión de formar un mundo nuevo. Fitch ha movilizado ya a los artistas. Los oficiales del Municipio se han ido, han huido. El Gobierno Nacional no tiene fuerza suficiente para hacer frente a lo que se nos avecina. Siempre dije que cuando fuese el momento oportuno emplearíamos nuestras fuerzas y esta es la ocasión. Fitch tiene más redaños que yo, todavía. Nos ha ofrecido esta oportunidad. O nos ponemos de su parte o desaparecemos. Si seguís las ideas de Gunny, terminaremos todos siendo una cuadrilla de pordioseros desorganizados. ¿Es eso lo que queréis?

Los hombres escucharon con altivez. Muchos de ellos eran hombres que tenían una profesión, bien fuese en una especialidad o en otra. Toby esperó hasta que un último trazo de disgusto llegó a muchos de los rostros.

—Si no aprovechamos esta oportunidad, entonces no tenemos ningún derecho a protestar si nos ocurren cosas que no hubiéramos querido. Con los hombres de Fitch tendremos fuerzas suficientes para mantener el control.

Gunny saltó a la plataforma. Gritó:

—Preguntadle por qué está seguro que Fitch haya movilizado a los artistas. Solo confía en la palabra de Fitch. No tiene ninguna seguridad. ¡Adelante, preguntadle!

Las protestas se elevaron. Algunos de los hombres saltaron a sus pies. Otros miraban a Toby inquisitivamente.

Toby dijo:

—Sí. No tengo más que la palabra de Fitch, pero la creo. También ha prometido que si rehusamos unírnos a él se verá obligado a atacarnos con esas fuerzas que dice tener y que yo creo —y luego continuó—: Y estad seguros de que lo hará. Y si no nos unimos a él por nuestra propia voluntad, mereceremos el ataque del que nos ha hablado. He pensado en esto durante mucho tiempo, es la verdad. Fitch no ha hecho mas que poner mis propias ideas en palabras, de tal modo, que no me ha quedado otra solución más que la de aceptarlas. Ahora decidiréis. Ya tenéis expuesta la fría realidad.

Una conmoción general se formó en la parte posterior de la habitación. Un pequeño grupo de hombres se abría camino hacia la plataforma. Uno de ellos gritó:

—¡La gente de los poblados están atacando!

Otro chillaba:

—Han cogido a nuestros guardias como rehenes.

El hombre se acercó a la plataforma.

Gunny fue corriendo hasta la plataforma y dijo:

—¡Vamos tras ellos! —La habitación se llenó de gritos.

—No, esperad. No quieren más que hablar —dijo un hombre desde atrás.

Se oyó un tiro en la plataforma. Todos volvieron la cabeza hacia Toby. Llevaba un revólver todavía humeante en la mano:

—¡Quieto todo el mundo! Aquel que sepa algo concreto acerca de esto, que dé un paso al frente. El resto, escuchad.

Aquel grupo de hombres se adelantó hacia la plataforma. El que los conducía dijo rápidamente:

—Los hombres de los poblados llegaron muy sigilosamente en la oscuridad, saltaron sobre nosotros y cogieron a cuatro guardias como rehenes. A nosotros se nos liberó para que te trajésemos a los parlamentarios. No querían más que hablar con Toby.

—Traed al parlamentario aquí. ¡Daos prisa! —dijo Toby—. Veamos lo que se proponen.

Los Rebeldes fueron en su busca. Fitch se acercó a la plataforma cuando los guardias se fueron.

—Ya no estamos seguros aquí —dijo—. La peste ha azotado a las gentes de los poblados. Las noticias vuelan. Cualquiera que sepa que vosotros tenéis comida aquí vendrá a buscarla sin importarle cómo. Tenemos que huir con nuestras fuerzas pronto. Tenéis que salvar a los otros, para salvaros a vosotros mismos.

—Tienes razón —gritó uno de los hombres. El grito se extendió. Gunny estaba furioso y Fitch le dijo:

—A ti, Gunny, te advierto que, a mi parecer, solo no conseguirás nada. Esto no es más que un ejemplo —dijo con sarcasmo.

—¡Si sois Rebeldes, rebelaos! —gritó Fitch. A su lado Toby asentía. Pero entonces todos se hicieron a un lado. Entró un grupo de hombres.

—¡Los parlamentarios!

Con aparente nerviosismo los Rebeldes abrieron camino. Aquellos parlamentarlos venían formando un espeso grupo.

—¿Qué es lo que queréis? —gritó Toby fríamente.

—Esta condenada peste nos ha arrojado de nuestra colina —dijo el parlamentario—. Queremos ser vacunados. Sabemos que vosotros tenéis todo lo necesario para hacerlo. No podéis desatendernos.

—¿Por qué no vais al Municipio de Elmira? Están vacunando allí —dijo Fitch.

—Nosotros no vamos a los médicos —gritó el hombre—. Ya tuvimos una experiencia con la primera peste.

Algunos de los Rebeldes se rieron. La tensión se hizo más llevadera. Los parlamentarios estaban a la vista de todos. Toby dijo de pronto:

—Os vacunaremos.

—No queremos trucos —dijo el parlamentario con suspicacia—. Os podemos hacer muchísimo daño si intentáis algo contra nosotros. Si no volvemos en quince minutos vuestros guardias morirán.

Fitch tuvo una idea. Dijo a los parlamentarios:

—¿Queréis comidas y vacunas y un refugio donde cobijaros? —Le miraron como si estuviese loco y después se miraron entre sí, discutiendo entre ellos. Entonces el parlamentario dijo:

—¿Y qué nos pedís a cambio? ¡Debéis de querer algo! —Fitch se dio cuenta de que lo había conseguido. Gritó a los Rebeldes:

—Escuchad, dejad que estas gentes se unan a nosotros.

Necesitamos cuantos se quieran unir a nosotros. Formaremos un solo grupo y de este modo duplicaremos las oportunidades de éxito. Puede ser una alianza poco agradable, pero podemos trabajar juntos. ¿Qué decidís?

—Todos los que estén en favor, que levanten el brazo —dijo Toby. Él extendió sus brazos dramáticamente. Los parlamentarios le miraron con fijeza. Hubo unos momentos de silencio mortal y entonces alguien gritó:

—¡Yo!

El grito se oyó desde todos los rincones. En la habitación de pronto empezó a oírse un murmullo continuo. Tal como esperaba Fitch, la tensión y el temor de la peste se relajó de pronto ante la imperiosa necesidad de hacer algo y luchar. Los parlamentarios estaban muy sorprendidos pero se les veía contentos.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo Gunny—. Los habitantes de las cabañas de aquellos poblados por regla general son salvajes.

—¡Mírales! —susurró Fitch—. Hace cuando menos tres días que no han comido. Están agotados hasta tal extremo que no tardarían en morir. Llegaron hasta aquí empujados por la desesperación y esa es la razón por la que se unirán a nosotros.

Todo aquel lugar restallaba con los gritos. De pronto alguien gritó:

—¡Los guardias! —Toby palideció. Si los parlamentarios de aquellos grupos de gentes no volvían a tiempo, los guardias de los Rebeldes serían asesinados. Con aquella confusión la amenaza que les había sido anunciada por los parlamentarios se había olvidado.

XIV

La posibilidad de tal tragedia sobresaltó a todos a la vez. Amenazas y contra-amenazas se hicieron sentir por todas partes.

Aquellos que se hallaban en la parte posterior de la habitación corrieron hacia la entrada. Toby requirió silencio, pero el auditorio se vació en unos segundos. Gunny gritaba más fuerte que ningún otro. Los hombres se arremolinaban todos a la vez, dirigiéndose hacia el túnel. De pronto se detuvieron. Fitch y Toby les siguieron.

El otro extremo de la celda estaba repleto de gentes procedentes de las cabañas, con los compañeros de los parlamentarios. Aquel que parecía mandar el grupo corrió hacia ellos.

—¡Hemos llegado a un acuerdo! —gritaba desesperadamente—. Todo va muy bien. No haced ningún daño a los guardias.

Hubo un murmullo de indecisión e inquietud mientras les liberaban.

Toby y Fitch respiraron profundamente. Gunny dijo:

—¡Condenadas gentes!

Fitch rió.

—Les vacunaremos inmediatamente —dijo Toby—. No podemos correr el riesgo de infección antes de empezar nuestro trabajo.

Aquella noche, la gente de la calle principal de la subdivisión del municipio de Elmira de la centrópolis del noroeste fueron sometidos a la visión más extraña que hubieran imaginado. Desde la parte alta llegaban hasta seiscientos hombres vestidos con recios hábitos de lana. Iban gritando con las cabezas erguidas. Llegaron al centro del municipio caminando al modo militar y continuaron hacia el edificio del municipio seguidos por masas de curiosos.

Las gentes estaban sorprendidas por el orden de formación. A no ser por los cantos y los gritos, los Rebeldes se mantenían en el más

riguroso orden y una firme determinación se reflejaba en sus rostros. Dos de ellos, Fitch y Toby, desaparecieron en el edificio del municipio. Un minuto más tarde la voz recia y varonil de Toby se hizo oír por todas las calles a través de los altavoces. El efecto inmediato, tras el silencio de los altavoces, fue electrificante. Gritos de sorpresa se extendieron por todas partes. De todas partes salía gente corriendo para averiguar lo que ocurría.

—Este es vuestro nuevo Gobierno —decía Toby. El tono de su voz era deliberado, triunfal y autoritario de antemano—. ¡Vuestros propios oficiales os han abandonado! Los oficiales y los Rebeldes y hasta las gentes que como nómadas vivían en las cabañas de las afueras han unido sus fuerzas para ayudaros y ayudarse a sí mismos. Juntos haremos frente a la peste, será así si todos no ponemos de nuestra parte lo que podamos. No estamos aquí para hacer el trabajo que os corresponde a vosotros. Yo, personalmente, me niego a hacerlo. Estamos aquí, para ayudaros a hacer el trabajo vuestro. En primer lugar, el pueblo será dividido en unidades de trabajo. A aquellos que se nieguen a trabajar se les negará el alimento que les pueda corresponder procedente de los campos químicos. Por otra parte, la comida se distribuirá todos los días por las calles a aquellos que unan su esfuerzo para combatir la peste. Se vacunará a todos inmediatamente. Los médicos oficiales se han ido con los otros. No tenéis nada que temer de aquellos que os inocularán. Son miembros de los Rebeldes. Repito. Nada tenéis que temer de las inoculaciones, ni de los médicos. La vacuna es obligatoria. A aquellos que rehúsen esta medida no se les dará comida. Esta decisión es para vuestra propia protección. Nosotros controlamos. No estáis abandonados.

La voz de Toby era dramática y convincente. Una gran parte de los oyentes se conmovió al oír las indicaciones de la vacunación.

Por la mañana Fitch tuvo una reunión de emergencia en el viejo despacho de oficiales.

Estaba muy preocupado.

—Los limpiacalles han traído la relación de los muertos por la peste. Ayer cuatrocientos ochenta y siete. Las inoculaciones se están realizando normalmente, pero hay otro problema. Los limpiacalles se niegan a recoger los cuerpos. Su portavoz espera fuera.

Fitch hizo un gesto a Mandy y éste abrió la puerta. Un hombre

alto entró con muestras evidentes de nerviosismo.

—De modo que queréis dejar vuestro trabajo, ¿eh? —dijo Fitch fríamente.

El hombre se acercó. Toby y Gunny le miraron.

—Soy Ben Miller. Tenemos que pensar en nuestras esposas y nuestros hijos. Andar recogiendo a las víctimas de la peste es muy peligroso.

—¿Ha sido usted vacunado? —preguntó Fitch.

—Sí —Ben Miller pasó la lengua por sus labios secos, y se esforzó en continuar—: En realidad si hubiésemos querido no hubiéramos tenido que decírselo. Nos íbamos y en paz. Pero pensábamos que le debíamos algo y por eso he venido. Haremos cualquier otro trabajo que usted nos ordene.

La puerta se abrió. Janice entró rápidamente.

—La gente se está amotinando en los campos químicos —dijo con la respiración entrecortada. Sloat acababa de llegar—. Está tomando un cariz muy peligroso. Nuestros hombres no quieren disparar a menos que se vean muy obligados.

—¿Están los otros limpiacalles fuera? —preguntó Fitch a Miller.

El hombre asintió.

—De acuerdo, vamos —dijo Fitch. Él y Gunny y Miller, salieron corriendo de la habitación dejando solo a Toby. Gunny y Fitch saltaron en diferentes camiones. Dentro Ben Miller dijo:

—Siento mucho cuanto le he dicho. Y lo que más siento es haber sido elegido para darle la noticia.

—Olvédelo —dijo Fitch muy nervioso.

El paso por las calles cubiertas de peste le daba vuelcos al estómago. Mientras el camión pasaba por delante de las cabañas inundadas de suciedad, sintió algo en su interior que le hizo sentirse sin fuerzas. El camión estaba marcado con el signo de la muerte de la peste y la gente a su vista se retiraba en todas direcciones. Aunque los limpiacalles habían dejado el trabajo cuatro horas antes, nuevos montones de cuerpos estaban por todas partes. En un rincón contó Fitch veinte cuerpos yertos junto al muro de un edificio. Las moscas zumbaban a su alrededor.

Ben Miller dijo:

—Horroroso, ¿verdad? De todos modos es mejor cuando están agrupados de este modo. Es más fácil cogerles.

—¿No puede ir más deprisa? —gritó Fitch al conductor. El camión tomó la dirección del río. El agua estaba llena de toda clase de embarcaciones. Familias completas trataban de permanecer aisladas huyendo de la peste, tomando como única medida de protección el estar embarcados.

—Esas condenadas embarcaciones son trampas mortales. El inconveniente está en que a las ratas también les gusta vivir allí. ¡Cielos!, ya lo decía yo. —Mientras decía esto, miraba fijamente el agua.

—Vamos a quitar dé aquí todas las embarcaciones —dijo Fitch—. Es el peor sitio donde se pueda estar.

Miró después al hombre con aire de disculpa, como un tanto avergonzado de su impaciencia. Miller era un hombre alto y con el rostro lleno de pequeñas oquedades. Viendo el esbozo de sonrisa de Fitch dijo:

—Mira, la verdad es que tuve una idea. Quizá lo haya pensado usted antes, pero si enterrásemos a las víctimas de la peste entre los dos municipios, Elmira y Binghamton, ¿no cree usted que esto haría las veces de una barricada? La gente tendría más miedo a las víctimas de la peste que a la misma muerte. ¿No cree?

La idea de Miller sobresaltó a Fitch:

—¡Pues claro! ¡Usted ha dado en el clavo! Es una buena idea —dijo con nerviosismo—. Y al mismo tiempo esto dejaría en libertad de acción a muchos de nuestros hombres... —Se detuvo. El camión abandonó el camino que bordeaba el río y se inclinó hacia el Oeste. De nuevo los gritos y el ruido de lucha llenaban el aire. Los campos químicos se extendían como un enorme insecto con sus cabañas y sus rampas metálicas.

Por algunos lugares los amotinados se habían subido a las rampas que cruzaban de parte a parte los campos, pero la mayoría estaba concentrada en tierra. El camión se detuvo. Los limpiacalles saltaron del camión. Inmediatamente parte de los amotinados se lanzaron contra ellos, pero aquéllos habían sido elegidos por su talla y fuerza y se adueñaron de la situación. Una lucha cuerpo a cuerpo se extendía por todas partes. Fitch miraba escrutadoramente a los amotinados. Estaban muy delgados y pálidos y la mitad de ellos exhaustos, pero luchaban con encono y tesón.

Un grupo de ellos pareció haber olvidado el motivo por el que

habían sido reunidos allí. Abandonando todo razonamiento bailaban con movimientos histéricos chillando y gritando desesperadamente. ¡Era el comienzo de la Danza de la Muerte! Fitch ordenó a los guardias que en primer lugar deshicieran aquel grupo, por el propio bien de aquellos hombres. Piedras de todos los tamaños silbaban en el aire. Fitch dio la señal a los guardias de abrir fuego sin herir a nadie, pero esto no hacía más que enfurecerles.

Fitch trató de derivar la situación por otros derroteros. Habían llegado más gentes atraídas por la conmoción. Un hombre corría entre la muchedumbre gritando:

—¡Tengo la peste! ¡Os voy a contagiar! —Y reía corriendo tras las víctimas asustadas.

De pronto Fitch tuvo una idea. Se encaminó hacia los primeros escalones de las rampas, llevando tras él a tres guardias. Allí se detuvo a escasos metros por encima de la muchedumbre y ordenó a los guardias que abriesen la puerta de los campos químicos.

—¿Abrir la puerta? —dijo el guardia sorprendido—. ¿Se ha vuelto loco?

—Ábrala y ¡deprisa!

Unos minutos más tarde alguien gritó:

—¡Eh! ¡La puerta está abierta! —Los rostros se volvieron. Se corrió la voz.

—¡La puerta está abierta!

Pronto Fitch llamó la atención de todos. El guardia acercó los altavoces para que todos pudiesen escuchar la palabra de Fitch.

—Si queréis comida —empezó diciendo—, será mejor que escuchéis lo que tengo que deciros.

—No haced caso. Es una trampa. Mirad allí —gritó un hombre.

La gente dejó de prestar atención a la palabra de Fitch para mirar en la dirección que les indicaban. Sloat había dispuesto allí otra unidad de hombres procedentes de la galería. Acababan de llegar y habían adoptado posiciones estratégicas.

—¡Una emboscada! —gritó alguien.

—Escuchadme —insistió Fitch—. Estoy decidido a apoderarme de los campos químicos, y lo haré. Son vuestros aprovisionamientos. Tenéis que comer. Os diré dónde tenéis que ir a buscar comida.

Las cabezas se volvieron hacia él de nuevo.

—Cuantos de vosotros os habéis quedado sin comida, en el reparto que se ha llevado a cabo en las calles. —Luego gritó—: Los que no hayan comido que lo digan.

Nadie habló por un momento. Todos estaban indecisos y cabizbajos. Un hombre gritó en tono desafiante:

—Yo. ¿Y qué harás ahora?

Se levantaron murmullos y la gente empezó a chillar de nuevo. La masa de gente irrumpió de pronto en un canto monótono y cadente:

—¡Queremos comida! ¡Queremos comida!

—Pues la tendréis, pero sin amotinarse.

Después se miraron los unos a los otros. Estaban divididos casi equitativamente en dos grupos, los que querían escuchar y los que preferían luchar. Fitch sabía que si quisieran sublevarse y desbaratar aquellos campos, podrían hacerlo. Les dijo:

—Poneos en línea y bien ordenados. Se os darán unas cuantas onzas de comida y leche. Aquel que intente coger más cantidad de la que le corresponde, será impedido de hacerlo con fuerza.

—La comida está escasa —continuó— y todavía lo será más si no hay voluntarios que se decidan a trabajar en los campos.

Murmurando con cierto disgusto en la expresión la gente se alineó. Los guardias apartaban hacia un lado a los que alborotaban o mostraban su descontento y les vigilaban estrechamente. Fitch sabía que había atraído su atención y sofocado su energía hasta incluso abatir un tanto la desconfianza.

Una vez allí dentro la gente se tranquilizó. La suciedad de aquel lugar era horrorosa. Las máquinas les habían intimidado hasta tal punto, que incluso llegaban a bajar el tono de sus voces con una especie de reverencia temerosa. Un hombre gritó de pronto:

—Máquinas de muerte. La muerte sin que uno se dé cuenta. Ya os dije que era una trampa.

La muchedumbre se estremeció y elevó un grito de pánico al tiempo que buscaban la salida. Tan rápidamente como pudo, Fitch cogió una taza de papel que había en la máquina y movió unos resortes.

Salió leche, llenando la taza. Risas histéricas y la confianza vuelta a renacer se extendió por todos los rostros.

—Es una máquina de leche —dijo Fitch—. Mirad. Guisantes,

coliflores y otras hojas vegetales hay ahí. Las vitaminas se añaden en esta sección. Todo junto se amasa y puesto a punto.

Le miraron como si fuese un mago. Buscó el rostro de Sloat entre la muchedumbre y le hizo una seña. Sloat le había dado la información pero nunca llegó a sospechar que aquello pudiese apaciguar un amotinamiento.

De pronto la gente se arremolinó corriendo de un lado a otro para poner sus tazas bajo la enorme máquina que les daba leche. Ahora se veían sonrisas por todas partes. Fitch gritó:

—¿Hay entre vosotros algunos que quieran ser voluntarios para trabajar aquí? —Y se levantó una nube de manos.

La gente se extrañó. No sabían si creerle o no. Mientras pasaban por delante de los recipientes de leche se les daba unas pastillas vitamínicas. Por su agradable sorpresa de ver a la gente como amigos, Fitch se dejó llevar por sus sentimientos. Entonces dijo:

—Cuando todo acabe reconstruiremos el Municipio. Entonces crearemos una legislación de control de nacimientos, de tal modo que el pueblo pueda vivir teniendo comida suficiente. Entonces tal vez la tierra pueda dar frutos suficientes como para mantener animales también, como ocurría antes.

Este error fue casi fatal. Como si hubiese sido algo mágico, se enfrentaba de nuevo contra una cantidad de gente desconocida y asustada. Todos instantáneamente volvieron a su actitud anterior. Los grupos se habían unido contra él. Fitch vio el error que había cometido y trató de repararlo. Los guardias parecían bastante enojados. Sloat se abrió camino entre la muchedumbre para ponerse al lado de Fitch.

Una mujer gritó:

—¡Nos quiere llevar otra vez a los médicos!

Entonces comprendió con toda certeza lo que ocurría. No era el control de los nacimientos lo que la gente temía. Era la profesión médica.

—Pastillas —gritó con rapidez— nada de médicos. Todo el mundo podrá desentenderse de los médicos si lo cree oportuno. ¿Comprendéis lo que será, cuando toméis unas pastillas y de ese modo evitéis el embarazo?

Otra vez se elevaron los gritos. Sloat, que sabía de estas cosas más que Fitch trató de explicar:

—Escuchad —gritó— podemos inmunizar a las mujeres contra el embarazo del mismo modo que podemos inmunizaros contra la peste. La vacuna es en realidad un esperma y provoca anticuerpos. La vacuna resta toda acción invasora de los espermatozoides, inmunizándoos el embarazo. Lo hemos experimentado y podéis limitaros simplemente a tomar una pastilla en un vaso de agua. Pero no estamos seguros de la duración de los efectos. Necesitamos más tiempo para poder experimentarlo. Sabemos que la vacuna hará imposible que las mujeres queden embarazadas durante diez años como mínimo.

El rostro de Sloat estaba pálido, su voz temblaba. Estaba acostumbrado a hablar a los oficiales que tenían cierta educación y era difícil para él usar el lenguaje que aquellos grupos de gentes podían comprender. La muchedumbre le gritaba. Un grupo de hombres formaron una estrecha unidad y se acercaron amenazadores. Vociferaban.

Fitch gritó con todas sus fuerzas:

—Pensasteis que los recipientes de leche eran peligrosos, ¿no es verdad? ¿Acaso lo eran? Os dije que os daría comida y lo hice. ¿Por qué no nos creéis ahora? Ya os dije al principio que los médicos del Municipio se fueron con los oficiales.

Hubo murmullos de asentimiento y descontento. Otra vez la masa estaba dividida. Fitch dijo:

—¿Qué les ocurre a vuestros niños ahora? Tienen hambre, mucha hambre porque no hay bastante comida.

—Pasan mucha hambre y mueren —gritó una mujer. Todo el mundo lo sabe—. Su rostro tomó un tono sombrío al mismo tiempo que desafiante mientras gritaba:

—Ahogué a dos de mis niños en el río y sé que otras madres han hecho lo mismo. Y no me avergüenzo de decirlo.

El resto de las mujeres discutían y gritaban entre ellas. Alguien gritó:

—¡Queremos pastillas, queremos pastillas! —Pero decían esto de un modo doloroso y de una manera que les parecía imposible que pudiera llegar a realizarse, como si estuvieran pidiendo la luna. Sin embargo, la mayoría de la gente puso sus ojos en las pastillas vitamínicas como si tuviesen miedo de que aquellas reservas se acabasen. El peligro inmediato había terminado.

Pero había otro problema a solucionar. Fitch había reclutado trabajadores para reemplazar a los limpiacalles pues de otro modo el Municipio no sería más que un pozo de infección dentro de unas cuantas horas. La muchedumbre estaba bajo el control. Y decidieron irse. El rostro avergonzado de Ben Miller se cruzó en su camino:

—Me presto voluntario para hacer mi sucio trabajo otra vez —dijo.

Fitch lo miró sorprendido y respondió:

—Creí que lo abandonaba.

—Cambié de opinión. Nadie nos dio antes comida gratis.

—De acuerdo. Vámonos y gracias —dijo Fitch. En aquel momento llegó Sloat.

—¿A que no sabes quiénes se presentaron voluntarios para reemplazar a los limpiacalles? —dijo—. Las gentes de los poblados que vivían como nómadas.

Se miraron el uno al otro. Fitch dijo:

—Muy bien. No nos importan los motivos. Necesitamos que se haga ese trabajo.

Sloat dudó:

—Quiero ayudarle.

—¿Qué? Te necesito aquí.

—He enseñado a alguno de los hombres la manera de hacer funcionar este lugar. No tendré que venir aquí más que de cuando en cuando para supervisar —dijo Sloat.

—¿Por qué? Tú vales para hacer otras cosas de más importancia.

—Pero quiero hacerlo. —Había una nota extraña en la voz de Sloat.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Fitch.

—Sí, sólo que estoy cansado. Estoy como todo el mundo.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Fitch—. Ven conmigo al edificio del Municipio. Hay algunas cosas que quiero ver allí.

Se pusieron en camino.

Estaban mirando la misma fila de cuerpos que Fitch había observado antes. Un grupo de los que formaban las nuevas unidades de trabajo estaban recogiendo otro puñado de muertos y apilándoles en los camiones. De pronto Sloat contuvo la respiración, después respiró hondamente, saltó del camión y echó a correr.

—¿Qué es lo que sucede? —gritó Fitch corriendo tras él.

El rostro de Sloat estaba lívido. Su malestar y su malhumor repentino parecía lo más incomprensible porque normalmente él era muy tranquilo. Se abalanzó hacia el más cercano de aquellos hombres y de un violento empujón lo tiró al suelo.

Sloat dijo:

—¡Eres un cerdo asqueroso! Mira Fitch. —Se acercó al camión señalando. Fitch miró aquel montón de cuerpos y casi devolvió. Después saltó hacia atrás involuntariamente. Un cuerpo que había sobre el montón se movía. Una mujer había sido arrojada allí viva. Abría sus labios e intentaba hablar. A pesar de la palidez y de su agotamiento no mostraba señales de peste.

—Vi cómo la arrojaba aquí —dijo Sloat—. Ella todavía estaba consciente. Abrió sus ojos y gritó. Vio cómo se movían sus labios y sin embargo, éste la arrojó al camión con los otros muertos para que la enterraran ¡viva! ¡No me extraña que las gentes de los poblados que se han unido, hayan aceptado este trabajo!

—No oí nada —decía el hombre— no oí nada.

—Yo grité —dijo la mujer—. Él se reía, me recogió y me tiró aquí. Creo que me desvanecí. —Intentó sentarse, vio los cuerpos muertos y tuvo un atáquese histeria—. ¡No estoy muerta! —chillaba—. Sacadme de aquí.

La tranquilidad volvió al rostro de Sloat.

—Ya vemos que no estás muerta —le dijo secamente. Él y Fitch la llevaron a su camión.

—A partir de ahora, algunos de los Rebeldes serán asignados a cada uno de vuestros grupos nuevamente —dijo Fitch fríamente—. Aquel a quien se encuentre arrojando cuerpos vivos con los muertos, será severamente castigado.

—Nunca vi una cosa igual —dijo cuando estuvo de vuelta al camión. Pero Sloat parecía concentrado en sí mismo y no respondió. Se detuvieron en la galería y condujeron a la mujer al interior de la misma.

—Este lugar está maldito —dijo Granara—. Otro más. Ya no tenemos bastantes camas.

Se detuvo frunciendo el ceño y con un gesto hizo venir a uno de los ayudantes.

—¡Tú! —gritó—. Saca al hombre del segundo piso de la cama. ¿Qué se cree ese que está de vacaciones? Fitch ha traído otro

paciente, aunque esto no tiene nada que extrañar pues está todo lleno de ellos. —De pronto Fitch encontró todo aquello tan horrible que sin saber cómo se echó a reír.

—No veo nada divertido en todo esto —dijo el jefe. Pero éste era un manojo de nervios y de energía tal que incluso en medio del caos hizo acrecentar la risa de Fitch. Sloat le miró alarmado. Se acercó a él en el momento oportuno. Fitch se inclinaba de un lado a otro y hubiese caído al suelo si Sloat no le hubiera cogido a tiempo. La última cosa que oyó Fitch fue la orden tajante de Graham.

—¡Échanos una mano aquí!

Y se hizo de noche en la mente de Fitch.

XV

Cuando Fitch volvió en sí, yacía en un petate de su antigua habitación de la galería. Los dilapidados cuadros colgaban todavía del muro. Miró al mal cuidado Utrillo, como si fuese un viejo amigo. Luego frunció el ceño con rabia. Se dio la vuelta y vio la ventana con sus barrotes. Las colinas parecían desnudas como le habían parecido antes, pero ahora sabía de las masas hambrientas que se refugiaban en sus cuevas. Ahora sabía lo que había más allá del muro y de la ventana. Casi deseó por un momento encontrarse en su antigua ignorancia.

Había caído, le dijo Graham, a causa de su agotamiento. Le tuvieron en cama durante dos días. Se sentó. Fuera, en el pasillo, oyó la voz de Janice que decía impaciente:

—¡Tengo que verle!

Saltó de la cama y abrió la puerta en el momento que Graham decía:

—Un poco más tarde, pero no ahora. No podrá estar con nosotros para seguir con su trabajo si no le dejamos descansar.

—Ya estoy repuesto —dijo Fitch. Hizo entrar a Janice, ya que algo importante sucedía.

—Estamos muy contentos de que te encuentres bien. Temíamos que hubieras contraído la peste.

Él la miró de frente.

—Dime la verdad. ¿Qué es lo que ocurre?

Tras esto dio media vuelta, y mirando a través de la ventana se interesó por el tiempo que hacía. Parecía bastante caluroso.

—¿Es que no va a hacer frío nunca? Una helada contribuiría a matar la infección.

Janice respiró profundamente.

—Estamos volviéndonos locos, pero no queremos preocuparte por nada si no es estrictamente necesario. Además el viejo Graham ha sido como una madre para ti. No dejaba que nadie se te acercase. Hay una nueva ramificación del virus. Y lo peor de todo es que los científicos de Toby creen que la vacuna contra la peste original es totalmente contraria a la segunda.

Fitch le miró fijamente.

Janice hizo una pausa.

—Pero sin embargo, hay algo extraño y curioso en este nuevo virus. No creo que los hombres tengan que preocuparse. Ataca sobre todo a las mujeres. Principalmente a las embarazadas. Los últimos porcentajes de muertos nos dejan confusos. El número de muertos saltó de 550 a 900 en dos días, y la mayoría de las víctimas eran mujeres embarazadas que habían sido vacunadas. Los científicos están trabajando en una nueva vacuna, pero, a la velocidad que se desarrollan las muertes, no creo que tengan mucho tiempo para llegar a salvar muchas vidas que hoy se pierden.

Fitch todavía iba vestido. No había prendas de hospital.

—Vamos —dijo—. Iré contigo y veremos lo que podemos descubrir.

Graham les vio en el primer piso.

—No estás lo suficientemente bien como para salir a la calle.

Fitch le sonrió agradecido y continuó. Janice tenía un vehículo aéreo-terrestre en la puerta. Movi6 la cabeza. Aunque el frío debiera haber llegado hacía un mes, continuaba el buen tiempo. El humo se hacía espeso en el aire. Los cuerpos estaban amontonados formando un cuadro dantesco entre las sombras del día de noviembre que se apagaba.

—Daremos una vuelta por todos los sitios. Quiero ver los progresos que se han realizado durante mi estancia en cama —dijo Fitch. Janice empezó a protestar pero él dijo irritado:

—¡Estoy bien, estoy bien!

—Mandy tenía razón respecto a ti —dijo ella—. Es verdad que eres un gruñón. Dios, qué genio. —Él le sonrió y se elevaron por encima del Municipio.

—Los hombres de Mandy están quemando las embarcaciones —explicó ella.

Fitch miró hacia abajo. La gente que estaba al lado del río

levantaba los puños mientras una unidad de artistas les contenía. En el agua, negras humaredas y lenguas de fuego se levantaban de las numerosas embarcaciones destruidas y con ellas todas las ratas que albergaban.

—En cierto modo no podemos censurar a la gente —dijo Janice—. Esas asquerosas embarcaciones eran los únicos cobijos que tenían.

Les llegó un viento suave procedente de las montañas y tanto ella como Fitch sintieron frío: el olor dulzón se hizo sentir de nuevo con su símbolo de muerte.

Dieron la vuelta y se encaminaron hacia el edificio del municipio. Por toda la extensión que se alzaba ante sus ojos, se veían fuegos, mientras cabañas y albergues infectos caían entre las llamas como obra de los Rebeldes. Grupos de hombres corrían tras las ratas disparando, cuando escapaban de entre las llamas.

—¡Qué espectáculo! ¡Es increíble! —dijo Fitch—. Esto tenía que haberse hecho hace muchos años, y no ahora, cuando la nación entera está plagada. —Tras una pausa añadió—: ¿Hay algo más que querías decirme? Te encuentro un poco extraña y demasiado tranquila.

—No, ¿qué otra cosa puede haber? —Se puso pálida de pronto. Echó a correr, dejando atrás a Fitch en las escaleras del edificio. Arriba, Toby estaba leyendo unas relaciones.

—¡Oh! De modo que ya te has repuesto —dijo sin poder ocultar la satisfacción que le producía ver a Fitch de pie nuevamente, Fitch le sonrió. Cuando Toby se puso en pie había lágrimas en sus ojos.

—Janice me habló del nuevo virus —dijo Fitch—. ¿Alguna novedad?

—Hasta ahora no —dijo Toby—, pero vamos a la habitación de comunicaciones. —Entraron en una habitación, donde dos especialistas en fonovisores habían emplazado su equipo—. ¿Nada todavía?

Los hombres eran dos artistas. Fitch les reconoció vagamente.

—Nada. No me gusta —dijo uno de ellos—. El mundo entero ha muerto. Pueden hacer sus propias deducciones.

Toby frunció el ceño:

—Volveremos luego para ver qué te pasa, pero si algo nuevo hubiese entre tanto, decírmelo enseguida.

Cuando estuvieron de vuelta en el despacho del mayor, Fitch dijo:

—No puedo creerlo. ¿Quiere decir que no se ha recibido ninguna comunicación? Es casi imposible.

—¿Eso cree usted? —dijo Toby.

—Desde cuando no han recibido ninguna señal.

—Desde hace treinta horas.

—¿No habrá algo que funcione mal en nuestro equipo?

—No lo creo —dijo Toby—. El último mensaje que hemos podido recoger procedía del Centro Oeste. Era realmente horrible. La gente mató a los oficiales, asaltó los campos y comieron desordenadamente durante una semana. Se comieron también las reservas. Se mataban los unos a los otros, por un trozo de comida aun cuando agonizaban por la peste. Creo que los alimentos tenían una influencia epidémica, aunque el artista no supo decirnos lo que era. Dijo que se mantendría en contacto. Este fue el último mensaje que oímos o vimos de él.

—¿Y no habría la posibilidad de que se hubieran formado otros grupos como los Rebeldes? —dijo Fitch—. Creo que en cierta ocasión me dijo que había muchos de ellos escondidos bajo tierra por toda la nación.

—Acostumbraba a llegarnos alguna información, comunicando que existían otros grupos. Tal vez se han mantenido alejados de todo como pensábamos hacer en principio. Si es así, las ratas o la peste o los otros hombres en su desesperación les han matado.

Fitch se detuvo. Luego dijo despacio:

—¿Trata de convencerme de que los que estamos aquí, somos los únicos que habitamos este planeta?

—Lo único que digo es que somos los únicos en enviar mensajes, o al menos capaces de hacerlo. Eso es lo que afirmo. Pero si quieres mi opinión personal, te diré que creo que somos los únicos supervivientes, excepto quizás, unos cuantos grupos aislados e individualidades. Es extraño. Acostumbraba a imaginarme a los Rebeldes como los únicos sobrevivientes del mundo. Solían pensar que sería un beneficio para la raza, la destrucción de la misma. Pero ahora veo las cosas de otro modo y a decir verdad me siento terriblemente avergonzado.

Llegó Janice.

—Las mujeres están muriendo en un porcentaje más elevado que antes. ¿Ya lo sabéis, no?

—Dejaremos de vacunar inmediatamente, si eso contribuye a la propagación del nuevo virus. Por el momento no se me ocurre otra cosa.

Se oyeron gritos en el exterior. Toby dijo nervioso:

—¿Fitch, por qué no vas a ver si han recibido alguna noticia en los fonovisores? Tal vez sepan algo.

—¿Qué ocurre fuera? —dijo Fitch.

—Los limpiacalles con la relación de los muertos de hoy.

—Entonces esperaré a oír sus noticias primero.

—¡Oh! Ahora me acuerdo de que Mandy quería verte en la galería, Fitch —dijo Janice. Después volvió el rostro.

—¿Qué demonios tratáis de ocultarme? —dijo. Fue hacia la ventana y la abrió—. ¿Por qué envían a un mensajero? —dijo. Pero nadie respondió.

Miró al exterior. Unos treinta hombres con trajes de rebeldes estaban bajo la ventana. Crudas marcas pintadas de blanco sobresalían de sus trajes de lana, haciéndose más visibles en la oscuridad. Lo que significaban aquellas marcas en los atuendos sorprendió a Fitch y se inclinó para ver mejor. Una voz gritó:

—Cuatrocientos muertos por el primer tipo de peste y unos quinientos veinte de la segunda, según hemos podido apreciar. La mayor parte mujeres.

La voz le era muy familiar. Por un momento Fitch se sintió intrigado. Le dijo:

—¡Identifícate!

Nunca olvidaría la respuesta.

—¡Sloat! —dijo la voz.

El grupo se volvió y empezó a alejarse.

—Espera —dijo Fitch—. Vuelve, Sloat.

Una de las figuras se volvió un momento y luego desapareció con los otros. Fitch se volvió y dijo con amargura:

—¿Qué significa esto? ¿Acaso esos hombres tienen la peste? ¿Y qué hace Sloat con ellos?

—Tiene la peste —dijo Toby—. Queríamos ocultártelo, pero tarde o temprano tenías que saberlo. —Toby le miraba reflejando en su rostro una firmeza de carácter que no había visto nunca Fitch en

él—. Nada se puede hacer —continuó—. Trata de olvidarlo. Te mentimos, esperando que te recuperaras mientras Sloat se iba con los otros. Hemos tenido que echar de sus trabajos a los de los poblados, por su salvajismo. Mezclaban a los muertos y a los vivos en los camiones. Eran demasiado sicopáticos. Tras ellos nadie quiso ocupar el puesto de limpiacalles, y tuvimos que forzar a algunos para que lo hicieran...

—Ya me di cuenta de que Sloat actuaba de un modo extraño el otro día —le interrumpió Fitch—. Me pidió que le dejase ocupar el puesto de los limpiacalles y yo pensé que estaba loco.

—No estaba loco, pero él se sospechaba que había cogido la peste —dijo Toby—. Entonces organizó otro cuerpo de asistencia y ayuda, con otros hombres que también tenían la peste. Han hecho un buen trabajo. Por otra parte... han sido mucho más heroicos que cualquier otro.

—Si, porque saben muy bien que todos terminarán del mismo modo —dijo Fitch. Luego continuó—: Creo que todo esto me ha cogido por sorpresa y me ha impresionado.

—Mandy me hizo prometer que no te diría nada —dijo Janice.

—Dicho sea de paso, creo que ese... Mandy y una tal Janice se llevan muy bien —dijo con sarcasmo Toby. Janice se ruborizó—. No tienes por qué sentirte molesta. Tuve una oportunidad y la perdí. Además soy diez años más viejo que tú; no lo he olvidado. —Había una nota de brusquedad en su voz.

—¡Eh, hemos conseguido comunicar! —Uno de los operadores del fonovisor entró corriendo—. Unos tipos del municipio de California. Hay un centenar de tipos allí y creen que podrán salir adelante. Estábamos locos de contento cuando conseguimos establecer contacto. Muchacho, allí hay un centenar de gente. ¡Eso ya es algo!

—Ya es algo. ¡Un centenar! —dijo Fitch amargamente.

Las noticias llegaron hasta los Rebeldes, pero la alegría no duró mucho. El ocho de noviembre la muerte alcanzó los 1.850. La población del municipio había descendido en una cuarta parte de lo que había representado en julio. Los Rebeldes trabajaban noche y día sin descanso. Las mujeres caían muertas casi de repente. El nuevo virus les advertía. Sólo aparecían una o dos manchas pocas horas antes de morir. Ellas formaban grupos aparte, temerosas de

dormir con sus maridos, por temor mortal de quedar embarazadas.

Los Rebeldes se habían acostumbrado, a ver la alta figura de Sloat moviéndose entre las víctimas, con signos inequívocos de cansancio en su rostro. Cada noche daba el número de muertos ante el edificio del municipio y cada noche Fitch le llamaba y nunca recibía respuesta. Una vez Fitch dijo:

—¿Por qué no quieres ser tratado médicamente? Podríamos tener una esperanza. ¿Por qué te comportas así?

Toby estaba junto a Fitch, su rostro contorsionado mientras miraba a Sloat.

—Nunca hice muchas cosas que merecieran la pena cuando esto empezó —dijo Sloat—. Para millones de gente no hubo ninguna oportunidad y yo era parcialmente culpable. Esta es mi redención.

—¿Dije algo que te hiciera tomar esa determinación? —dijo Toby.

—No.

Intentaron hacerle continuar hablando, pero se fue con los otros. Toby dijo con pesar:

—¿Recuerdas la noche que tuvimos aquella discusión y que le dije que no servía para nada y que era inefectivo? Eso quedó grabado en su imaginación.

—No te culpes —dijo Fitch—. Trata de hacer penitencia por el mayor y todos sus amigos que huyeron... —Pero Fitch no pudo continuar hablando con Sloat.

—Creo que tienes razón —dijo Toby. Pero a partir de aquel día nunca volvió a la ventana a escuchar el parte que trajera Sloat.

Gunny trabajaba con Mandy en la galería. De cuando en cuando, en sus rápidas visitas al edificio, le gustaba hablar socarronamente de los que amaban sufrir por los demás, refiriéndose a Sloat, pero en cuanto aparecía Toby, Gunny cambiaba el tema de conversación. Cada noche Fitch sentía cómo se cortaba su respiración cuando las familiares siluetas de las víctimas de la peste se mantenían en pie bajo la ventana. Sabía que una noche Sloat no estaría con ellos.

Fitch y Toby vivían en el despacho del mayor. Los científicos de Toby trabajaban noche y día para aislar el nuevo virus. Fitch visitaba los lugares más atacados por la peste. Dos veces al día Toby hablaba a la gente a través de los altavoces. Fitch había hecho retirar los cuadros grotescos que colgaban de los edificios.

Llegaban noticias aisladas de otros grupos de la nación y esto le daba la esperanza de que la situación no fuese tan desesperada como había pensado en un principio. Pero en realidad pocos sobrevivían.

En el municipio, intentaron lo mejor posible cuidarse de los enfermos, pero muchos de ellos morían por falta de asistencia médica o medicamentos. Mucha gente tenía tanto miedo todavía a los médicos que se apercibían de la muerte que se les avecinaba antes que de sus síntomas. Fitch se sentía muy nervioso cada vez que se apercibía de esto, porque por lo general recobrase en un caso avanzado era casi imposible.

Estaba un día ayudando a las unidades de demolición cuando se sobresaltó alarmado. Cuando iba a dar la orden de hacer volar un grupo de antiguos edificios, vio algo que se movía en el interior de uno de ellos. Dio la orden de detenerse a los hombres y corrió hacia allí. Una familia completa estaba escondida en su interior. Había dos hombres y una mujer, y tres niños asustados. Les sacó de allí, reprendiendo la estupidez de los padres. Aunque advertidos con tiempo suficiente, algunos de ellos se encerraban en aquellas casas rehusando abandonar su muerte. En el mismo momento en que sacaba al último niño, la voz de Toby se dejó oír por los altavoces.

Las unidades de demolición se detuvieron un minuto. La voz de Toby sonaba como siempre magnética y poderosa. En algunos momentos daba ánimos, en otros pedía, y en otros exigía.

Fitch se detuvo un momento y luego se encaminó hacia el edificio del municipio.

—Lo que necesitamos son trajes de plástico —dijo Janice.

—Sí —dijo Toby—, trajes de plástico como los de los hombres espaciales de otros tiempos, porque hemos ensuciado tanto nuestra atmósfera que no podemos continuar viviendo en ella.

Fitch se detuvo en la puerta.

—Sí, tienes razón —dijo Fitch—, podernos emplear los tejidos plastificados que hay en el municipio. Sé que los empleaban en los campos químicos, y designaremos a unos hombres para que trabajen en tejidos plásticos vegetales. Alguien debe saber cómo iniciar estos estudios.

Fitch se detuvo. Hasta allí llegó el ruido de pasos. Se oyeron tiros de advertencia que hacían los guardias, pero la masa de gente

continuaba su paso con decisión. Fitch y Toby miraron. Aquel grupo estaba compuesto por mujeres, armadas con lo que habían podido recoger. Piedras, trozos de madera y vidrios. Una mujer joven decía:

—¡No les preguntéis! ¡Decidles!

—¡Que Dios les ayude si es mentira! —decía otra.

—¿Si es mentira qué? —dijo fríamente Fitch.

Las mujeres entraron en la habitación. La que parecía conducir el grupo se adelantó y dijo:

—¡Callaos! ¿Cómo voy a decir nada si no os calláis? —Toby y Fitch se limitaron por el momento a mirarse el uno al otro.

La que dirigía el grupo era una mujer pequeña y delgada, pero enérgica. Le dijo a Fitch:

—Nos dijiste a muchas de nosotras en los campos químicos que tenías aquí pastillas que impedían que las mujeres quedasen embarazadas. Bueno, pues la peste está haciendo caer a las mujeres preñadas, como moscas. ¿Cómo es que no nos habéis dado de esas pastillas?

Las mujeres chillaban aprobando su discurso. Ella continuó:

—Tenemos miedo a dormir con nuestros hombres, pero no podemos estar siempre alejadas de ellos. Queremos saber por qué no se han distribuido esas pastillas. ¡Haremos cualquier cosa por conseguirlas!

Toby se levantó. Elevó las manos:

—Esas pastillas están todavía en un período experimental. No sabemos nada acerca de sus efectos a largo plazo. Han sido probadas en el pasado durante un breve tiempo, tal vez hace doscientos años; entonces de pronto todo se derrumbó. No podemos correr el riesgo.

—Lo correremos —gritó alguien.

—Conocemos los efectos de la plaga. ¿Qué puede ser peor que eso? —dijo la líder de las mujeres.

—Pero no nos ofrece ninguna seguridad —dijo desesperadamente Fitch.

—¿Acaso la peste nos ofrece alguna? —dijo la mujer con fiereza.

—Tal vez tiene razón —dijo de pronto Janice—. La vacuna no alcanza todavía el virus, pero la preñez parece alcanzarlo. Si evitamos que las mujeres queden embarazadas, entonces... —La mujer que había tras ella no oía.

—¿Qué es lo que está diciendo? —murmuró.

—Si no cierras el pico no lo oirás —dijo la líder, pero las otras mujeres estaban cada vez más reposadas.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿No oye? —gritó alguien—. Esto las acallará —dijo una voz. Una piedra atravesó la habitación y luego otra. Janice dio un chillido y cayó al suelo. Toby corrió a su lado. La mujer que estaba enfrente se asustó.

—¡Callaos, estúpidas! —gritó Toby. Él se adelantó—: Esta muchacha vale por diez de vosotras. Que la peste caiga sobre todas vosotras si la herida es grave. —Él gritaba con tal pasión que las mujeres se tranquilizaron inmediatamente. Algunas de ellas se acercaron para ver lo que había ocurrido. Cuando vieron que Janice estaba inconsciente se retiraron. La piedra le había golpeado por encima del ojo, junto a la sien derecha. La sangre fluía por la herida. Fitch se la iba limpiando.

—De acuerdo, tendréis vuestras condenadas pastillas —gritó Toby—, corred el riesgo. Os harán efecto. —En aquellos momentos parecía estar loco. Fitch intentó en vano hablarle.

Toby escribió algunas instrucciones en un trozo de papel y se lo extendió a la mujer que estaba más cerca.

—Dad esto a un guardia. Él sabe lo que tiene que hacer. Os daremos las pastillas abajo. —La mujer se mostró muy contenta pero cautelosa. Fueron saliendo de la habitación con miradas no dirigidas a Toby. Algunas trataron de disculparse por la herida de Janice. Uno de los guardias ya había ido al médico.

—¿Cómo demonios sabías dónde estaban las pastillas de esterilidad, o tal vez estabas mintiendo? —dijo Fitch.

—¡Demonios! Los Rebeldes robaron el aprovisionamiento del municipio para sus propios experimentos —dijo Toby—. No me importa el efecto que produzcan en esas imbéciles mujerzuelas.

—¡No es una palabra muy bonita! —Janice abrió los ojos—. Me desvanecí, ¿eh? Pero ya estoy bien. ¡Estoy sangrando! —Se levantó un tanto conmocionada, pero se encontraba bien.

Por su propia insistencia fue la primera en probar los efectos de las pastillas de esterilidad, Toby puso impedimentos, pero en esta ocasión ella fue tan tozuda como él. Setecientas mujeres las tomaron aquel día. Dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, un millar más las habrían tomado. El tanto por ciento de la

mortandad llegó a su punto culminante —dos mil— al día siguiente, y casi milagrosamente se rebajó mucho este número.

Fitch y Toby estaban alertas y se sentían incómodos.

—¡Dios mío! —dijo Toby—. Nadie sabe los efectos que eso pueda causar.

—Bueno, el nuevo virus ataca a las mujeres embarazadas. Ahora ninguna mujer estará embarazada; esto por el momento calmará la crisis inmediatamente —dijo Fitch—. Esto desde luego es curioso. Antes no se las podía llevar a reflexionar para que aceptasen el control de nacimientos. Y ahora, sin embargo, están suspirando por él. Es irónico, ¿eh? Tal vez es lo que la naturaleza necesitaba.

—Bueno, pues las pastillas no han hecho ningún efecto en mí —dijo Janice.

—No tenías por qué haber dado ese ejemplo. —Le dijo Toby—. Tú no estás casada; de todos modos, no tenías que temer estar embarazada.

—Pero cuando esto termine tal vez lo estaré. ¿Quién sabe?

—¿Mandy? —dijo Toby.

—O alguien a quien conocí hace mucho más tiempo. —Hizo una mueca y se volvió. De pronto dijo—: ¡En, mira! —Corrieron hacia la ventana. El verano indio había terminado. Los primeros vientos del invierno llegaban. Los tan deseados copos de nieve caían perezosamente—. Es una señal auténtica de que el invierno ya está aquí —dijo feliz Janice.

Mientras estaban allí mirando, los limpiacalles se aproximaron al edificio.

—Prácticamente ya no tenemos muertos —dijo una voz—. Hoy sólo son treinta.

—Gracias —dijo Fitch. Se volvió y se separó de la ventana—. No era Sloat —dijo—. Esta vez no era Sloat. Pudimos haber tenido una oportunidad para reconstruir todo lo que dejamos. Pudimos haber aprendido que solamente podemos existir como una parte de la naturaleza, y no como una cosa separada de ella. Podemos formar un nuevo Mundo —dijo—, pero si lo conseguimos, Sloat ya no estará aquí para verlo. Él nunca lo sabrá.

—Creo que lo hemos conseguido —dijo Janice— y bien creo que Sloat sabía que lo conseguiríamos.

—¿Qué? Sólo hemos conseguido salvar a una parte muy

pequeña de la población —dijo amargamente Fitch—. No hemos conseguido más que unos pocos buenos resultados, y ¿qué significa eso?

—El comienzo —dijo Toby.

FIN



Jane Roberts (08/05/1929 – 05/09/1984) fue una escritora estadounidense, poeta, médium y vidente, que canalizaba una personalidad que se hacía llama «Seth». La publicación de los textos de Seth, conocidos como el «Material de Seth», la estableció como una de las figuras preeminentes en el mundo de los fenómenos paranormales. La Biblioteca de la Universidad de Yale mantiene una colección de manuscritos y archivos titulada Jane Roberts Papers (MS 1090), que documenta la carrera y vida personal de Jane Roberts, incluyendo revistas, grabaciones, poesía, correspondencia, audio y video y otros materiales donados después de su muerte por su esposo, otras personas y organizaciones.